ESTADO, CLASES SOCIALES Y DEMOCRACIA
Un estudio crítico del pensamiento de Nicos Poulantzas

Jacinta Gorriti



ESTADO, CLASES SOCIALES Y DEMOCRACIA
Un estudio crítico del pensamiento de Nicos Poulantzas

Jacinta Gorriti

Gorriti, Jacinta
Estado, clases sociales y democracia. Un estudio ctítico del pensamiento de Nicos Poulantzas / Jacinta Gorriti. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Estudios Sociológicos Editora, 2018.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3713-30-9

1. Sociología. I. Título.
CDD 301

Diseño Editorial: Juan Ignacio Ferreras
Diseño de Tapa: Romina Baldo

Imagen de tapa: Silvia Manca. Sin título.

Mail: editorial@estudiosociologicos.com.ar
Sitio Web: www.estudiosociologicos.com.ar

Primera edición: Mayo 2018.
Hecho el depósito que establece la Ley 11723.
Libro de edición argentina.
El presente libro puede ser descargado desde el sitio web de nuestra editorial.

ESTADO, CLASES SOCIALES Y DEMOCRACIA
Un estudio crítico del pensamiento de Nicos Poulantzas

Jacinta Gorriti



Estudios Sociológicos Editora
Estudios Sociológicos Editora es un emprendimiento de Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (Asociación Civil – Leg. 1842624) pensado para la edición, publicación y difusión de trabajos de Ciencias Sociales en soporte digital. Como una apuesta por democratizar el acceso al conocimiento a través de las nuevas tecnologías, nuestra editorial apunta a la difusión de obras por canales y soportes no convencionales. Ello con la finalidad de hacer de Internet y de la edición digital de textos, medios para acercar a lectores de todo el mundo a escritos de producción local con calidad académica.

Colección tesis
Esta colección busca difundir en formato libro las tesis doctorales producidas en el marco de distintas disciplinas de las Ciencias Sociales. Pretendemos con esta iniciativa abrir un canal efectivo de circulación de investigaciones de alto nivel que actualmente se realizan en Latinoamérica.

Las personas que integran este comité editorial participan en la selección de las obras a publicar. Este trabajo se complementa con la colaboración de los integrantes de los equipos académicos de las revistas Relaces, Relmis y Onteaiken.

Índice

Agradecimientos

Este libro es resultado de una revisión de mi tesis de licenciatura en filosofía, realizada entre marzo de 2016 y septiembre de 2017. Sería difícil nombrar a todas las personas que de alguna u otra manera contribuyeron a la elaboración de este trabajo con discusiones y comentarios enriquecedores o con la sugerencia de lecturas que me llevaron a explorar nuevas líneas de investigación. Quisiera, sin embargo, agradecer a algunas de ellas en particular: a Esteban Torres Castaños, quien dirigió mi tesis e impulsó la publicación de este libro, cuyas observaciones, preguntas y recomendaciones han sido fundamentales en el proceso de escritura. También a Luca, Pablo, Francisco, Mariana, Ramiro y Ana Cora, con quienes compartimos innumerables charlas en torno a los temas que conciernen a este escrito. Y a mis padres, Silvia y Esteban, por el acompañamiento afectuoso y el apoyo para llevar adelante la presente publicación.

Abreviaturas

(CD) La crisis de las dictaduras: Portugal, Grecia, España
(CSCA) Las clases sociales en el capitalismo actual
(EPS) Estado, poder y socialismo
(FD) Fascismo y dictadura. La Tercera Internacional frente al fascismo
(MPC) Modo de producción capitalista
(PCF) Partido Comunista Francés
(PPCS) Poder político y clases sociales en el Estado capitalista

Introducción.
Una relectura de la teoría del estado de Nicos Poulantzas

Como objeto de estudio, el Estado ha ocupado tradicionalmente un lugar preponderante en la filosofía política y, en general, en el ámbito de las Ciencias Sociales. Mucho se ha escrito acerca de sus formas, de sus funciones, de sus orígenes históricos, de su potencial emancipatorio y de su capacidad explicativa del orden social y político en el que se inscribe. De hecho, parece que esa posición teórica predominante del Estado sólo es inteligible en relación con una teoría más general de la sociedad, dada su interdependencia innegable con otras estructuras sociales. Sin embargo, este vínculo entre Estado y sociedad es quizás uno de los mayores desafíos con el que se topa una teoría del Estado pues, como sugiere Bob Jessop (2014), el Estado ocupa una posición paradójica como parte y como todo de la sociedad. Por un lado, el Estado "es sólo un conjunto institucional entre otros dentro de una formación social" pero, por otro lado, carga a su vez "con la responsabilidad general de mantener la cohesión de esa formación social de la cual no es más que una parte" (Jessop, 2014: 24). Esto significa que el Estado es continuamente demandado por las distintas fuerzas y grupos sociales para resolver los conflictos que surgen, incluso cuando éstos se sitúan más allá de su control. Mi interés en la obra de Nicos Poulantzas radica en este punto: en que conceptualiza esta tensión inherente al Estado entre su capacidad (casi totalizante) para darle cohesión a una sociedad y su imbricación con las estructuras y las fuerzas sociales que definen a esta última.

Nacido en Atenas en 1936, Poulantzas ha sido catalogado como el teórico marxista más importante del período de posguerra (Jessop, 1991). Su trabajo puso nuevamente al Estado en una posición central para comprender los procesos sociales, políticos y económicos que signan al capitalismo moderno, en el marco de una corriente de pensamiento que tradicionalmente lo había relegado a un lugar secundario. Dentro de la tradición marxista, el Estado ha sido siempre un punto problemático. Porque, si bien para los "clásicos" del marxismo (Marx,

Engels, Lenin, Trotsky y Gramsci) se trata de un elemento fundamental en el paso al socialismo, no habría una teoría sistemática del Estado en sus escritos. En la medida en que para ellos el Estado como tal estaba llamado a ser destruido en esa transición al socialismo, su interés en esta figura tenía una expresión más bien práctica (para dirigir la lucha) que teórica. Éste es al menos el diagnóstico de Poulantzas, quien se propuso elaborar esa teoría marxista del Estado a partir de los aportes de los clásicos y de teóricos contemporáneos. En esta tarea, dar cuenta de la relación existente entre el Estado y la lucha de clases resultaba elemental para entender los mecanismos políticos, económicos e ideológicos de dominación en el capitalismo así como sus formas de resistencia. La definición de Poulantzas del Estado capitalista (como el tipo de Estado característico del modo de producción capitalista) no sólo incluye una explicación de la interrelación entre éste y el conjunto de las estructuras de las sociedades capitalistas sino igualmente de la manera en que el propio Estado está atravesado y configurado por prácticas antagónicas de clase. En el marco de su teoría, el autor también se ocupó de otras cuestiones sumamente importantes que habían sido dejadas de lado por el *marxismo occidental* de los años '60 (Perry Anderson, 1987). Entre ellas se cuentan la pregunta por la naturaleza y la estructura reales de la democracia como el sistema estatal típico de las sociedades capitalistas; el problema de la estrategia revolucionaria adecuada para derrocar a esa forma histórica de Estado y el tema de la configuración mundial del imperialismo contemporáneo como un sistema de dominación no simplemente económico sino también político e ideológico.

Esto convirtió a Poulantzas en uno de los autores marxistas más estudiados durante los años '70. Su sistema teórico y su reformulación de algunos conceptos marxistas clásicos, como los de autonomía relativa y bloque en el poder, contribuyeron a refundar sobre nuevas bases a la teoría política contemporánea. De hecho, de acuerdo con Adriano Codato (2008), la magnitud y el alcance de la teoría *poulantziana* permiten que la trayectoria intelectual del teórico griego funcione como un punto de orientación, o bien para realizar una historia de las ideas políticas de la segunda mitad del siglo XX, o bien para hacer un balance de los aportes del marxismo al debate público. En efecto, Poulantzas vivió en una época de profundos cambios sociales, entre la posguerra y *les trente glorieuses* (el período de crecimiento económico ininterrumpido a lo largo de tres décadas) y el inicio de un período de crisis en el capitalismo de los años '70. En el momento en que el capitalismo avanzaba en la senda de la globalización, el marxista griego se abocó al estudio de las relaciones de dependencia socio-económicas de los Estados

europeos entre sí (unificados en la incipiente Comunidad Económica Europea) y respecto de los Estados Unidos. En la víspera del ascenso del neoliberalismo a finales de los años '70, Poulantzas se preguntaba por la especificidad de esta nueva forma de gobierno que veía emerger, en la que la democracia mutaba hacia formas cada vez más restringidas y alejadas de la realidad económica y social de grandes masas de la población. En los años de crisis de los modelos revolucionarios y de clausura histórica de los procesos de transformación radical de las sociedades, dedicó sus días a pensar la posibilidad de una transición democrática al socialismo y apostó por las luchas dentro y fuera del Estado para alentarla. Discutió con marxistas y no marxistas, con aquellos que identificaban las experiencias socialistas con el Gulag y con aquellos que confiaban en que una vía revolucionaria sólo puede tener éxito si no es capturada por las redes estatales. Tradujo en sus escritos a sofisticados términos teóricos las ideas estratégicas de la izquierda de la época, que veía nacer nuevos movimientos sociales y nuevas demandas que excedían el marco de los antagonismos de clase tradicionales. Sin embargo, quizás la "trágica paradoja" (García Linera, 2015: 9) de su obra es que a pesar de haber tenido tanta repercusión en su tiempo, a lo largo de muchos años después de su trágica muerte (se quitó la vida en París en 1979) pareció caer en el olvido de las Ciencias Sociales. A excepción del trabajo pionero de Bob Jessop en la difusión y en el desarrollo de los puntos más importantes de la teoría poulantziana, durante los años '80 y '90 la agenda de la teoría social y política privilegió otros autores y otras problemáticas que no se identificaban con la tradición marxista o que habían hecho un esfuerzo para incorporar en el seno de sus teorías nuevas cuestiones que los alejaban de esa tradición. Sólo recientemente asistimos a la revalorización de la teoría poulantziana desde ámbitos sumamente distintos, como la militancia de agrupaciones de izquierda y la teoría de las comunicaciones. Incluso su obra es retomada hoy en día para pensar cuestiones tan de actualidad como la configuración del poder en las redes sociales y su vínculo con el Estado (Fuchs y Trottier, 2014).

La trayectoria intelectual de Poulantzas a la que se refiere Codato cuenta con una vasta riqueza teórica, a pesar de que se desarrolló durante quince años, de 1964 a 1979. Comenzó con la publicación de su tesis doctoral en París, *Nature des choses et droit*, dedicada a la búsqueda de una síntesis, en el análisis del derecho moderno, entre el existencialismo y la fenomenología marxistas con el fin de superar el dualismo entre hecho y valor y, de este modo, otorgarle una base axiológica a la práctica política (Poulantzas, 1965). Los escritos de Jean-Paul

Sartre, de Georg Lukács, de Hans Kelsen y de Lucien Goldmann, son algunas de sus fuentes teóricas más relevantes en esta etapa. A pesar de que sus estudios de este período no estaban directamente enfocados en el tema del Estado, es posible registrar (en su tesis y en artículos publicados entre 1964 y 1967) una preocupación por el estatuto científico de las teorías del derecho y del Estado y por su relación con las consideraciones estratégicas (Poulantzas, 1973c, d). De hecho, en estos artículos aparecen elementos que permiten pensar que una transición clave en el pensamiento de Poulantzas ya estaba teniendo lugar: aquella que marcó el paso, sin lugar a dudas progresivo, desde el marxismo existencialista de Sartre hacia una recuperación de las tesis epistemológicas del estructuralismo de la escuela althusseriana. Transición que se evidencia, sobre todo, en estos tres aspectos: en la ponderación de las obras de madurez de Marx (*El Capital*, principalmente), en el uso de conceptos tales como modo de producción, relaciones de producción y estructuras objetivas, y en la crítica de las tendencias humanistas e historicistas presentes en el marxismo (Poulantzas, 1973b, c, d).[1] Esa apropiación del althusserianismo le permitió a Poulantzas justificar su proyecto de elaboración de una teoría autónoma (o regional) de lo político en el capitalismo y al mismo tiempo adquirir un arsenal teórico para situarse críticamente frente a las posiciones economicistas y voluntaristas. No obstante, los elementos sustantivos para su teoría del Estado no los tomó del propio Louis Althusser sino de Antonio Gramsci y el marxismo italiano (Jessop, 1991). Por eso, una de las contribuciones más destacadas de Poulantzas es su reinterpretación de la noción gramsciana de hegemonía y, con ello, del funcionamiento del poder político en el capitalismo. Ahora bien, aquella influencia del althusserianismo le trajo aparejadas una serie de críticas por el tenor abstraccionista o teoricista (Miliband, 1991a, b; Laclau, 1978, 1991) de sus escritos que lo llevaron, al igual que algunas transformaciones en la escena política de su época, a revisar profundamente su teorización sobre el Estado. En sus últimos años el teórico griego empieza a pensar al Estado como una relación social -al igual que el capital para Marx-[2] o, más precisamente, como

1 La reorientación de los estudios de Poulantzas que empieza a tener lugar luego de la publicación de su tesis de doctorado no supuso, empero, el abandono total de las problemáticas jurídicas ni de toda influencia sartriana. Para un estudio acerca de la relación entre derecho y Estado capitalista, que da cuenta de la supervivencia de problemáticas jurídicas en la obra de Poulantzas, ver: Motta, 2010 y Jessop, 1985.

2 Bob Jessop señala (1991), en un artículo dedicado a dar cuenta de la originalidad, el legado y la actualidad de Poulantzas, la similitud que existe entre su recorrido teórico y el de Marx: ambos habrían comenzado por la filosofía del derecho para pasar a ocuparse directamente del Estado y finalmente, se habrían volcado hacia una economía política materialista.

una condensación material de relaciones de fuerza. Como intento mostrar en el presente trabajo, esta nueva definición no supone una ruptura total con sus escritos previos en los que efectivamente existía ya una idea relacional del poder y del vínculo entre estructuras y prácticas en el Estado. En cambio, da cuenta de su acercamiento a nuevas fuentes teóricas, en particular a los análisis de Michel Foucault en torno a las disciplinas y la microfísica del poder (Poulantzas, 2005), y de su intento por darle primacía a la lucha de clases sobre las estructuras (en buena medida en respuesta a las acusaciones de Miliband y Laclau). Del mismo modo, esa nueva caracterización facilitó aún más la crítica a otras ideas sobre el Estado arraigadas en la tradición marxista y en la teoría social y política en general, como la idea de que el Estado es una especie de árbitro neutral que está más allá de los conflictos sociales y por eso mismo puede resolverlos, o la identificación del Estado con un instrumento manipulado por un sector o grupo económico en particular para asegurar sus intereses. Ni *cosa*, ni *sujeto*, el Estado es para el autor un campo estratégico que condensa las relaciones de fuerza de las clases dominantes y de las clases dominadas.

Interpelado por las urgencias políticas de su época, el teórico griego nunca descuidó la dimensión estratégica de sus obras, con las que esperaba incidir en los debates de los partidos europeos de izquierda, a pesar de escribir en el nivel de abstracción demandado por la teoría. Por consiguiente, su recorrido intelectual no puede ser comprendido más que a la luz de sus compromisos políticos y de su concepción de la estrategia adecuada hacia el socialismo, que fue modificándose *pari passu* con los cambios en su noción de Estado capitalista (Jessop, 1982). Así, mientras que en sus primeras obras era una estrategia de “doble poder” de tipo leninista la que subyacía, desde mediados de los años '70 adoptó una postura eurocomunista de izquierda como resultado de determinados fenómenos políticos, entre los cuales se destacan la caída de las dictaduras europeas (de Portugal, Grecia y España) y la posibilidad en Francia de la llegada al poder estatal de una unidad de partidos y agrupaciones de izquierda. Porque entendió que el Estado no es una especie de fortaleza que sólo puede ser penetrada desde fuera y derrocada por una lucha masiva sino un conglomerado de relaciones de fuerza que tienen expresión material en los aparatos, redes e instituciones estatales. De esta manera, así como las dictaduras habían caído finalmente por el peso de sus propias contradicciones internas, una transición democrática al socialismo requería exacerbar las contradicciones entre las distintas clases y fracciones del bloque en el poder para inclinar el balance de fuerzas en favor de las clases populares. Uno de los

elementos más relevantes en esta modificación de sus ideas político-estratégicas parece ser la valoración de la democracia en sus formas representativa y directa para esa transición que en todo momento debía garantizar, según Poulantzas, las libertades políticas y los derechos. Algo que no está exento de dificultades si se tiene en cuenta que en la tradición marxista superar el capitalismo implica la destrucción de las relaciones sociales y de las formas políticas burguesas, entre ellas la democracia parlamentaria-representativa. En los límites de esta tradición y desde una posición heterodoxa, el teórico griego asumió los desafíos que se le presentan a un gobierno de izquierda en un Estado capitalista contemporáneo; desafíos que aún hoy continúan vigentes y que encarnan los gobiernos progresistas alrededor del mundo. La teoría poulantziana enfrentó las contradicciones que surgen cuando un partido de izquierda llega a hacerse cargo del Estado, ya que se encuentra con una institución hostil organizada para frustrar sus planes. Por caso, el problema de cómo combinar la actividad electoral y la movilización popular, o cómo es posible transformar los mecanismos del Estado para que funcionen de otra manera radicalmente distinta en lugar de suplantarlos con presión popular desde afuera. De esta manera, las reflexiones de Poulantzas en torno al vínculo entre socialismo y democracia desarrollan un punto inexplorado anteriormente en su dimensión estratégica y teórica, que es el de las relaciones entre la izquierda y las instituciones del Estado en sociedades democráticas. La idea clave del autor de luchar a la vez dentro y fuera del Estado, es decir, de articular las transformaciones al nivel de los aparatos e instituciones estatales con la autoorganización popular y con luchas por fuera de esos aparatos, se plantea como un aporte fundamental para pensar una política emancipatoria.

En este libro, me propongo dar cuenta de las tensiones y paradojas que caracterizan a la teoría poulantziana del Estado capitalista en el período 1968-1978, que abarca sus desarrollos sustantivos sobre esta cuestión. Me interesa explicitar las variaciones y las continuidades en sus sucesivas caracterizaciones de este complejo elemento de lo social y al mismo tiempo explorar sus aportes para el pensamiento político contemporáneo. Despliego asimismo una lectura crítica sobre ciertos elementos problemáticos en su teoría, a la vez que examino hasta qué punto se produce una transición en sus obras desde una teoría regional de lo político hacia una teoría relacional del Estado, tal como afirma Jessop (1985). No es mi intención en este trabajo realizar un abordaje de la obra de Poulantzas en términos de una biografía intelectual, como hace Jessop en su libro de 1985,

Nicos Poulantzas. Marxist Theory and Political Strategy, que constituye un estudio global de sus escritos desde su etapa existencialista hasta su momento estratégico-relacional. Tampoco es mi propósito presentar una nueva periodización de aquella, objetivo de Adriano Codato en su sugerente artículo "Poulantzas, o Estado e a Revolução". Por el contrario, este libro expone los argumentos centrales de la teoría del Estado de Poulantzas y los inserta en el marco histórico en que fueron producidos, remitiéndolos a las discusiones teóricas y políticas en las que adquieren sentido en el debate europeo de su época. De igual manera, ensaya nuevas lecturas de los conceptos elementales de su teoría y propone un diálogo entre esta última y las disputas que especifican al campo intelectual y político actual en América Latina.

Con este objetivo, el primer capítulo está dedicado a revisar la inscripción de los trabajos de Poulantzas en la corriente estructuralista del marxismo, iniciada por la escuela althusseriana: ¿en función de qué aspectos y en qué medida se adecúa su obra al estructuralismo? ¿Qué retoma de esa corriente y qué elementos de ella critica? ¿Qué problemas abre su conceptualización del Estado, sobre todo en cuanto a la cuestión de la autonomía relativa? En base a estas preguntas me encargo de situar en el contexto académico y político francés de los años '60 el primer libro de Poulantzas acerca del Estado *-Poder político y clases sociales en el Estado capitalista-* y de exponer los argumentos y las nociones que lo van a acompañar en buena medida a lo largo de toda su producción teórica. En el segundo capítulo me detengo en su concepto relacional del Estado y en las consecuencias teórico-políticas que se desprenden de él y destaco las diferencias que pueden registrarse entre aquella obra y sus escritos posteriores de los años '70. En particular, vuelvo sobre el tema de la democracia y sus tensiones con la tradición marxista, que Poulantzas aborda en diálogo crítico con autores y corrientes marxistas y no marxistas. Finalmente, sugiero que esta reapropiación de la democracia en las obras más tardías del autor debe ser leída como un giro realista en su forma de entender el Estado y la política, en la medida en que el socialismo aparece como un desenlace posible a partir del estado de cosas actual y no en ruptura absoluta con el presente.

Capítulo 1.
Una teoría regional de lo político

> "El Estado fue siempre el protagonista de la historia porque en sus organismos se concentra la potencia de la clase propietaria; en el Estado la clase propietaria se disciplina y se unifica, por sobre las disidencias y los choques de la competencia, para mantener intacta la condición de privilegio en la faz suprema de la competencia misma: la lucha de clases por el poder, por la preeminencia en la dirección y ordenamiento de la sociedad" (A. Gramsci, *Escritos políticos*).

> "El Estado es el producto y la manifestación del *carácter irreconciliable* de las contradicciones de clase. El Estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase *no pueden*, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia del Estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables" (V.I. Lenin, *El Estado y la revolución*).

El interés de Nicos Poulantzas por el estudio del Estado capitalista estuvo presente a lo largo de toda su trayectoria intelectual desde sus textos más tempranos, que datan de principio de los años '60, hasta su última obra publicada en 1978. Ahora bien, los primeros se enfocaban en el sistema axiológico-normativo específico de las sociedades capitalistas y presentaban al Estado de manera secundaria como el factor represivo mediante el cual aquél apunta a la explotación de clase. En tanto que después de la publicación de su tesis doctoral en 1965, que podría entenderse como la culminación de esa línea de trabajo, el teórico griego empieza a desarrollar una perspectiva más integral del Estado. Los comentadores de la obra del autor concuerdan en que esta modificación gradual en sus escritos responde a una transición desde un momento en el que la influencia de Jean-Paul Sartre y Georg Lukács se evidenciaba en su objetivo de producir una

teoría del derecho natural fundada en la unidad dialéctica entre hecho y valor, a un momento estructuralista. En esta segunda etapa Poulantzas se aproxima al proyecto filosófico-político althusseriano, dentro del cual justifica su elaboración de una teoría específica de lo político. Sin embargo, el abandono de las posiciones sartreanas no se produjo directamente a partir de la crítica althusseriana al humanismo sino que fue suscitada por sus lecturas de la teoría política marxista italiana. En efecto, si bien Poulantzas ingresa a la tradición marxista a través de la filosofía francesa y puntualmente, de los textos de Sartre, es en la teoría política italiana y en especial en Antonio Gramsci y Galvano Della Volpe donde encuentra desarrollos teóricos importantes en el espacio de la política y del derecho. Es precisamente a través de los escritos políticos italianos que Poulantzas concibe su crítica de las nociones instrumentalistas del Estado -ante todo, la del capitalismo monopolista de Estado, la perspectiva soviética oficial defendida por el PCF- e incorpora la noción de un marxismo científico no humanista, preocupación que luego converge y es enriquecida con su adopción de las posiciones althusserianas.

Si el nombre de Poulantzas aparece frecuentemente asociado al de Althusser es en la medida en que compartieron durante algunos años una misma preocupación teórico-política: devolverle a la teoría marxista su carácter científico y revolucionario. Los escritos de Althusser de la década del '60 prometían reavivar el marxismo como empresa científica, apuntando a la ruptura epistemológica de Marx con el humanismo de sus años de juventud. De acuerdo con el filósofo francés, en sus trabajos tardíos se postularía un antihumanismo teórico que radicaría en su rechazo a fundar el análisis de la sociedad y de la historia en un concepto de *hombre* con pretensiones teóricas como sujeto originario y libre de autodeterminarse.[1] Althusser retoma algunos elementos de la corriente

1 Luego de la muerte de Stalin (en 1953) y del XX Congreso del PCUS (en 1956) -con la denuncia de sus crímenes-el pensamiento marxista parecía divagar en una ola de revisionismo que impedía pasar del reconocimiento de aquellos errores del estalinismo al conocimiento de sus causas o de las condiciones materiales de su surgimiento (Althusser, 1975). Este *impasse* llevó a Althusser a impulsar una crítica de las pretensiones teóricas de todo humanismo, por cuanto éste pretendería separar al marxismo del estalinismo a partir de la ponderación de los escritos tempranos de Marx donde éste se ocupa de los viejos temas filosóficos de la libertad, del hombre y de la alienación. En cambio, de acuerdo con Althusser, si se pretende devolverle al marxismo su dimensión científica es preciso tener en cuenta el *anti-humanismo teórico* del Marx maduro. En sus escritos tardíos, sobre todo en *El Capital*, el *hombre* desaparecería como noción teórica: los análisis marxistas de la sociedad y la historia no partirían de un sujeto humano libre de autodeterminarse sino de la relación de producción, que conforma la infraestructura de la sociedad y que no debe ser entendida como una relación interpersonal o intersubjetiva. Por el contrario, se trata de relaciones entre agentes de la producción que tienen una función determinada en la producción de bienes materiales y

estructuralista,[2] presente desde los años '50 en el trabajo de figuras como Roland Barthes y Claude Lévi-Strauss, con el propósito de reconstruir la problemática de Marx demarcando una línea entre el materialismo histórico rigurosamente científico y las formas no científicas e ideológicas que habrían tomado ciertas interpretaciones previas. En particular, el economicismo, el historicismo y el humanismo. Sin embargo, aunque Althusser proveyó las bases filosóficas para esta reconstrucción del marxismo, todavía estaba por verse cómo podía extraerse de esos cimientos un análisis socio-político más concreto. Es justamente esta extrapolación la que explora Poulantzas durante los años '60.

Su primera integración elaborada de las categorías althusserianas llega con la publicación de tres textos: el primero de ellos propone una discusión del concepto de *hegemonía*, donde el teórico griego examina su aporte para un análisis científico del Estado y la lucha de clases. "Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado" (Poulantzas, 1973c) ofrece una lectura crítica de la conceptualización gramsciana de la hegemonía, concebida ahora no como la proyección reificada de una conciencia de clase alienada sino como una práctica política que en el modo de producción capitalista tiene por objetivo a las estructuras del Estado. Rechazando la reducción del Estado a un mero instrumento de la clase dominante, Poulantzas indaga en el vínculo entre economicismo y voluntarismo como dos facetas de la concepción hegeliana de la idea-totalidad, y sugiere una comprensión más compleja de la instancia política fundada en una distinción entre el joven Marx y el Marx de madurez. Estas referencias claramente althusserianas en ese texto son complementadas con la publicación, en segundo lugar, de un artículo en *New Left Review* donde ataca el historicismo y el subjetivismo de Perry Anderson y Tom Nairn, quienes asociarían la hegemonía exclusivamente con una conciencia de clase unificada, algo que los llevaría a confundir la ausencia de una ideología burguesa diferenciada con el fracaso de esa clase para conseguir propiamente la dominación política (Poulantzas, 1973d). Además, publica al año siguiente en *Les Temps Modernes* un ensayo sobre *La revolución teórica de Marx*, donde indica las contribuciones de Althusser a la teoría marxista en su ataque al concepto hegeliano de totalidad y en su conceptualización de la causalidad

que depende, a su vez, de la forma en que éstos se relacionan con los medios de producción (si son propietarios o productores directos). De este modo, para Althusser el propio Marx definiría al humanismo como una ideología, sentando las bases para una crítica radical de las pretensiones teóricas de todo humanismo filosófico -o filosofía del hombre- (Althusser, 1975).

2 Para una caracterización del estructuralismo, ver: Pouillon, J., 1969; Godelider, M., 1969; Lefebvre, H., Sánchez Vázquez, A., Castro, N. y Luperini, R., 1970; Deleuze, G., 2004.

estructural, y enumera las consecuencias fundamentales de su empresa teórica (Poulantzas, 2008a). Estas serían la restauración del estatuto científico a la teoría marxista, el esfuerzo por dar cuenta de la determinación económica (sólo) en última instancia y las complejas variaciones en el desarrollo socio-económico y político que este enfoque ayuda a iluminar. No obstante, Poulantzas encuentra dificultades en la aproximación althusseriana a las relaciones entre estructura e historia y en su intento por conciliar la afirmación de la determinación en última instancia de la economía con las variaciones en la dominancia que, para Althusser, puede desplazarse entre los distintos niveles (y no corresponder, por lo tanto, exclusivamente al nivel económico). A su vez, la primera alerta sobre el peligro del funcionalismo en los escritos del filósofo francés y encuentra confuso su abordaje del nivel político, advirtiendo que los análisis de Althusser podrían tender hacia el historicismo que tan vehementemente rechaza.

A pesar de estas reservas, la influencia althusseriana se mantuvo firme debido a su interés en elaborar una teoría sistemática de lo político que estuviera a la altura del rigor científico que define a las obras más importantes de la tradición marxista, como *El Capital.*[3] De esta manera, hace suya la tarea emprendida por Althusser y sus alumnos (entre ellos, Étienne Balibar, Jacques Ranciere y Alain Badiou) de desarrollar los conceptos fundamentales y las tendencias teóricas implícitas en los trabajos de Marx, apropiándose sobre todo de tres elementos del althusserianismo, traducidos a su propio esquema conceptual: a) la separación

---

3 En los años '60, prevalecía la opinión de que Marx, si bien tenía pensado dedicar una parte de *El Capital* al análisis del Estado en el modo de producción capitalista, no pudo completar esta tarea, dejando en este ámbito un legado que constaría de una serie de reflexiones fragmentarias y asistemáticas, carentes del rigor conceptual y de la profundidad que distinguen a sus observaciones económicas (Jessop, 1977). Sus -así llamados- escritos políticos (entre los que se destacan *La lucha de clases en Francia*, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* y la *Crítica del programa de Gotha*) no tendrían un abordaje teórico minucioso del Estado sino que ofrecerían un conjunto de indicaciones generales sobre el tema y de observaciones coyunturales. Los demás *clásicos* del marxismo tampoco habrían logrado saldar esta deuda teórica. Aunque, sin duda, tanto Engels como Lenin y Gramsci se ocuparon en sus escritos del Estado en el capitalismo y de pensar una transición viable hacia el socialismo, como señala Poulantzas, al estar "entregados al ejercicio directo de su propia práctica política, no hicieron explícitamente la teoría" (1970: 12). De acuerdo con el teórico griego, esta desatención del pensamiento marxista hacia la teoría del Estado y del poder político se relaciona con las distintas fases del movimiento obrero, con coyunturas históricas particulares y, sobre todo, con el hecho de que el objetivo teórico principal de Marx era el modo de producción capitalista en el cual la economía desempeña la función determinante en última instancia y dominante al mismo tiempo. Por lo que aquél habría privilegiado el estudio de lo económico y no se habría ocupado de los demás niveles más que por sus efectos en éste (Poulantzas, 1991).

entre objetos formales-abstractos (conceptos) y objetos reales-concretos (hechos) y el movimiento de lo abstracto a lo concreto en el pensamiento; b) la noción de *todo social* y el tema de la autonomía relativa; y c) la *sobredeterminación* de las coyunturas concretas y el problema de la determinación en última instancia (Jessop, 1991).

1. La especificidad de lo político: el marxismo althusseriano en Poulantzas

La elaboración de una teoría que diera cuenta de la especificidad de lo político en el modo de producción capitalista se volvía urgente en los años '60, en un contexto de gran actividad política y social que sacudía a numerosas regiones del planeta. Poulantzas toma a su cuenta, de esta manera, la tarea de trasladar a sofisticados términos teóricos los debates conceptuales y programáticos sobre la naturaleza y las funciones del Estado que se estaban llevando adelante en el seno de la izquierda. *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista* (en adelante, PPCS), primera obra en que el autor se dedica exhaustivamente al análisis de esta problemática, tiene como ambición constituir en objeto de ciencia la estructura regional de lo político en el modo de producción capitalista. O en sus palabras, "la producción del concepto de esa región en dicho modo, y la producción de conceptos más concretos relativos a lo político en las formaciones sociales capitalistas" (Poulantzas, 1970: 7). Publicada en París en 1968, unos días antes del estallido del mayo francés, PPCS se presenta casi como un manual de teoría política marxista, de una riqueza y complejidad inusual, que sistematiza nociones, argumentos y problemas elementales para proceder al análisis más concreto de realidades históricas determinadas. Puede ser entendida, por tanto, como una obra propedéutica que elabora las herramientas teóricas necesarias para emprender el estudio de las formaciones sociales capitalistas, aunque sin detenerse en ninguna de estas formaciones en particular. Esto explica el nivel de abstracción en que se ubican sus observaciones, que tienen un claro objetivo científico: fundar una teoría marxista del Estado que recoja y desarrolle las contribuciones clásicas y contemporáneas, a fin de comprender los procesos sociales de su época y las estrategias de transformación posibles.

Si Poulantzas sitúa su proyecto teórico en la estructura *regional* de lo político en el modo de producción capitalista, es en la medida en que comparte el diagnóstico althusseriano respecto de la ciencia marxista de la historia. De acuerdo con Althusser, en sus textos de madurez Marx se habría distanciado radicalmente de todas aquellas teorías que fundan la historia y la política en la

esencia del hombre (y, por lo tanto, de las pretendidas raíces hegelianas de su pensamiento),[4] y habría provocado una ruptura epistemológica que abriría el campo de una nueva ciencia: precisamente, del materialismo histórico. El objeto específico de esta ciencia sería el modo de producción o, más bien, el estudio de su estructura, de su constitución, de su funcionamiento y de las formas de transición que hacen pasar de un modo de producción a otro (Althusser, 1966). A su vez, este estudio se desplegaría a través de tres niveles teóricos específicos: un nivel general que se ocuparía de todos los modos de producción posibles; un nivel particular que habilitaría el estudio de modos de producción particulares (como el capitalismo y el feudalismo) constituidos por combinaciones concretas de estructuras y prácticas (ideológicas, políticas, económicas y teóricas); y un nivel regional que se encargaría de cada una de estas instancias o niveles cuyas estructuras y prácticas configuran modos de producción particulares (Althusser, 1966; Althusser y Balibar, 1985). Conforme a esto, la teoría marxista tendría el carácter de un pensamiento en desarrollo, de algo que aun está por constituirse; pues, mientras que Marx en *El Capital* ofrecería una teoría general de los modos de producción y una teoría regional de lo económico, la tarea de avanzar en la producción de teorías regionales y particulares seguiría pendiente.

Asimismo, Poulantzas adopta el marco epistemológico propuesto por Althusser con el fin de especificar el rol de la ciencia en el marxismo, que se sustenta en la separación entre procesos reales y proceso de pensamiento. El filósofo francés explica que por más que la realidad objetiva defina los papeles y funciones del pensamiento, porque sólo es posible pensar desde problemas ya dados o que pueden plantearse en cada momento de la historia, este último constituye un proceso propio con objetos específicos que no pueden identificarse con objetos reales-concretos (Althusser *et al.*, 1985: 48).[5] El pensamiento es definido entonces

4 En su intento por separar a Marx de Hegel y de las interpretaciones humanistas e historicistas de su obra, Althusser (1975) implementa una nueva periodización de los escritos de Marx, a los que divide en *obras de juventud* (1840 a 1844), *obras de ruptura* (1845), *obras de maduración teórica* (1845 a 1857) y *obras de madurez* (1857 a 1883). De este modo, el filósofo francés abandona en su comprensión del marxismo las problemáticas y los temas característicos de las obras de juventud de Marx (por ejemplo, el tema de la alienación) y se concentra en sus obras de madurez, especialmente en *El Capital*.

5 En términos generales, se podría decir que Althusser toma partido en la clásica disputa epistemológica de la verdad como correspondencia o como coherencia. Sostiene que es falsa la manera en que la filosofía tradicionalmente ha planteado el problema del conocimiento como una coincidencia -o correspondencia- entre el conocimiento (poseído por un sujeto) y su objeto, y afirma que la misma práctica teórica contiene su propio criterio de cientificidad o sus propios

por Althusser como un sistema real propio consistente en una combinación particular entre el tipo de objeto sobre el cual trabaja (o su materia prima), los medios de producción teórica de que dispone (teoría, método y técnica) y las relaciones históricas en las que produce (sus relaciones con las demás estructuras de la sociedad) (Althusser *et al.*, 1985: 47). El proceso de producción de conocimiento funcionaría así como una práctica teórica que en lugar de trabajar a partir de objetos reales (como supondrían los empiristas) se desarrollaría desde una materia prima compuesta por concepciones e informaciones sobre ese real, a través de ciertos útiles conceptuales. Dicho de otra manera, para Althusser la

---

protocolos de validación de los productos de la práctica científica (Althusser, 1985) -suscribiendo así, a una versión coherentista de la verdad y del conocimiento-. No hay ya referencia al objeto real para validar una teoría pues ésta no tiene por qué adecuarse a la realidad. En palabras del filósofo francés, cuando las ciencias "están verdaderamente constituidas y desarrolladas, ya no tienen ninguna necesidad de la verificación de prácticas *exteriores* para declarar "verdaderos", es decir, *conocimientos*, los conocimientos que producen" (Althusser, 1985: 66, las cursivas son del autor). Sin embargo, como advierte León Olivé, es posible detectar aquí una fuente de contradicciones en la epistemología althusseriana -de las que Poulantzas no escaparía en PPCS- entre su monismo ontológico (la idea de que los procesos de pensamiento son tan reales como cualquier otro proceso real) y su dualismo epistemológico (por la distinción entre los objetos reales y los objeto formales, productos del proceso de conocimiento que tiene lugar totalmente en el pensamiento) (Tarcus, 1991). La cuestión radica en que, si el objeto formal no transforma ni afecta al objeto real que se busca conocer, ¿qué relación mantienen ambos entre sí? ¿Cómo es posible saber si el objeto del conocimiento es, efectivamente, el conocimiento de un objeto real? La escuela althusseriana parece pasar por alto este problema al concentrarse sólo en el objeto de conocimiento. En el caso de Poulantzas, esto lo lleva a descartar -en PPCS- el trabajo teórico sobre la realidad de hechos del empirismo y a establecer la cientificidad de su discurso a través de la producción de formas adecuadas. Ahora bien, su afirmación de que el Estado histórico concreto (objeto real) de una formación social dada resulta de una combinación de varios tipos de Estados salidos de los diversos modos de producción que se combinan en esa formación, conlleva un problema aun mayor: "¿cómo entidades cuya existencia solo se da en el pensamiento pueden combinarse para producir objetos concretos reales? (…) El texto de Poulantzas carece de un procedimiento para vincular los dos reinos (formal y real), de modo tal que la relación de su discurso son la realidad concreta no puede evaluarse (decidirse)" (Tarcus, 1991: 25). En escritos posteriores, Poulantzas revisa esta adhesión a la crítica epistemológica althusseriana e intenta abordar el análisis de formaciones sociales existentes (como la Alemania nazi, la Italia fascista y la España franquista), para escapar del teoricismo o formalismo que aquélla traía aparejado. Estas formaciones sociales dejan de comprenderse como combinaciones de diversos modos de producción (objeto formal-abstracto) y pasan a entenderse como el lugar de existencia y reproducción de éstos, desdibujando aquella distinción. A pesar de que sigue sosteniendo su ataque a las posiciones empiristas y neopositivistas (que en la tradición marxista estarían condensadas en el economicismo y el historicismo), advierte el modo en que lo concreto-real interviene en la teoría a lo largo de todo el proceso teórico y rechaza la categoría de *práctica teórica*, así como la idea coherentista de verdad que subyace en ella (Poulantzas, 1991b).

ciencia trabaja siempre sobre un campo dado de principios teóricos, problemáticas y conceptos ya procesados y transmitidos por prácticas ideológicas y científicas previas que pretende transformar, y no sobre hechos reales.[6]

Siguiendo estas indicaciones epistemológicas, Poulantzas establece como materia prima de sus reflexiones los textos de los clásicos del marxismo (Marx, Engels, Lenin, Gramsci), los escritos políticos del movimiento obrero y algunas obras contemporáneas de ciencia política tanto marxistas como no-marxistas, a los que somete a "un trabajo crítico sobre su método y sobre la teoría, muchas veces implícita, que les sirve de base" (1970: 11). El objeto sobre el que versa su investigación es el tipo de Estado capitalista. Solo que, si se tienen en cuenta las claves epistemológicas althusserianas, es preciso advertir que se trata de un objeto abstracto-formal que no existe como tal -en el sentido fuerte la palabra- pero que es condición para el conocimiento de los Estados capitalistas reales (objetos reales-concretos). No obstante, antes de definir este tipo de Estado y de analizar su funcionamiento, el teórico griego da un rodeo por el examen del modo de producción capitalista, puesto que es en la combinación particular de las instancias que lo caracteriza donde se juega la especificidad de este Estado. Es decir que la construcción teórica del concepto de Estado capitalista forma parte, para Poulantzas, de la teoría particular del modo de producción capitalista.

Por modo de producción Poulantzas entiende una determinada combinación de estructuras y prácticas que tiene diversos niveles o instancias (de manera esquemática, lo económico, lo político y lo ideológico) que aparecen como estructuras regionales, relativamente autónomas entre sí, de aquél modo. Estas instancias sólo existen como tales al relacionarse de manera específica en un modo de producción concreto, o lo que es lo mismo, no preexisten a su combinación.

6 De acuerdo con la terminología que Althusser emplea en *La revolución teórica de Marx* el orden del proceso de producción de conocimiento puede ser establecido del modo siguiente: *Generalidades I* sería la materia prima que la práctica teórica transforma en conceptos específicos, es decir, en la generalidad concreta (*Generalidades III*) que constituye un conocimiento. Las *Generalidades I,* por lo tanto, no son otra cosa que los conceptos existentes sobre los que opera una ciencia, cuyo trabajo teórico consiste "*en elaborar sus propios hechos científicos*, a través de una crítica de los "*hechos*" *ideológicos* elaborados por la práctica teórica ideológica anterior", lo que da lugar a las *Generalidades III,* a los conceptos producidos científicamente (Althusser, 1975: 151, las cursivas son del autor). De este modo, el trabajo de la ciencia supone la transformación de una materia prima en productos a través del empleo de medios de producción determinados. Son éstos la *Generalidad II*, constituida por el cuerpo de conceptos cuya unidad contradictoria conforma la teoría de la ciencia en el momento histórico considerado -teoría que define el campo en el que debe plantearse todo problema de la ciencia-. En síntesis, para Althusser, "la práctica teórica produce Generalidades III por el trabajo de la Generalidad II sobre la Generalidad I" (1975: 152).

Al igual que el tipo de Estado capitalista, la noción de modo de producción es un objeto formal que no existe en la realidad, porque solamente existen formaciones sociales históricamente determinadas (o bien totalidades sociales en un momento dado de su existencia histórica) que presentan combinaciones concretas de diversos modos de producción. La unidad del modo de producción está asegurada por el dominio de un nivel (que no necesariamente es el económico) sobre los demás que, a su vez, está determinado en última instancia por lo económico. Es decir que cada modo de producción puede definirse como "un *todo complejo con predominio*, en última instancia, de lo económico"; predominio para el que se reserva el nombre de *determinación* (Poulantzas, 1970: 5).[7] Como señala el teórico griego, lo característico del modo de producción es que una de sus instancias o estructuras regionales determina toda la estructura social global; "determinación que solo existe *en sus efectos* sobre las relaciones de los diversos niveles" (Poulantzas, 1973b: 97).[8] Esto quiere decir que el *todo* social marxista se funda sobre un tipo de causalidad estructural en la que cada instancia tiene autonomía relativa, eficacia particular y especificidad propia. A diferencia de las posturas hegelianas que propondrían un principio de causalidad lineal simple en el que la totalidad expresiva se fundamenta sobre una instancia central de las cual las demás instancias, como *pars totalis*, solo serían una simple expresión fenoménica.[9] En consecuencia, la determinación por lo económico no existe en el modo de producción como una especie de principio de génesis del que los demás niveles serían sus reflejos. Más bien, esta determinación se ejerce a través de las complejas relaciones que mantienen entre sí las estructuras regionales, por cuanto es la instancia económica la que regula el desplazamiento de predominio entre ellas o, en otras palabras, la que le asigna a tal o cual instancia el papel dominante.

7 Las cursivas son de Poulantzas.

8 *Ídem*.

9 Es preciso reparar en la diferencia conceptual que existe entre las nociones de *totalidad* y de *todo* para la explicación de las formaciones sociales. Según Althusser, la primera debe reservarse para la conceptualización hegeliana de la sociedad, por su suposición de que es posible abrazar "exhaustivamente todos los fenómenos, para reunirlos en la unidad simple de su centro" (2008b: 228). En cambio, se debe asignar la noción de todo a la concepción marxista de las formaciones sociales que postula una unidad compleja entre niveles con ritmos propios y autonomía relativa, determinada en última instancia por el nivel económico. En ese sentido, Althusser subraya la sustitución que realiza Marx de la metáfora hegeliana del círculo (unidad de un principio simple, la totalidad de cuyos elementos serían los fenómenos) por la del edificio, que implica que "en el orden de la determinación, la parte no es igual entre la base y la superestructura y que esta desigualdad dotada de instancia dominante es constitutiva de la unidad del todo" (2008: 228).

De esta manera, las instancias tienen entre sí una relación de *sobredeterminación*, en la que el lugar y las funciones de cada una en el modo de producción está determinado por su vínculo con las otras. Lo que distingue a un modo de producción de otro es justamente esa particular articulación de sus niveles (su matriz).

En PPCS Poulantzas no profundiza en la explicación de esta sobredeterminación y del tema de la determinación en última instancia por lo económico, pues parece dar por sentada la lectura de los textos althusserianos sobre la cuestión (Althusser, 1975; Althusser *et al.*, 1985).[10] Por lo tanto, es necesario volver aquí sobre los escritos del filósofo francés para comprender el funcionamiento del todo social y el lugar que ocupa lo político en ella. Inspirado en las observaciones de Mao Tse Tung (1968), Althusser considera a los niveles de este *todo* como distintas contradicciones, inherentes al mismo, entre las cuales una es principal y las demás secundarias. A su vez, indica que entre ellas es posible distinguir un aspecto principal y uno secundario, y que se desarrollan de manera desigual. Esto supone la existencia de múltiples contradicciones en un mismo proceso; contradicciones entre las cuales una es dominante. Así, de acuerdo con Althusser, la unidad del modo de producción está asegurada por el dominio de una de las instancias sobre las demás que, a la par, está determinado en última instancia por el nivel económico. Para esclarecer ese proceso complejo en el que intervienen múltiples contradicciones, entre las cuales una (no necesariamente la económica) es dominante, el filósofo francés introduce la noción de sobredeterminación, que tiene sus raíces en el psicoanálisis freudiano.

La sobredeterminación indica aquí la relación que mantiene el todo social con los procesos múltiples que la determinan al mismo tiempo que son determinados por ella. Este todo posee, según afirma el filósofo francés, la unidad de una estructura articulada dominante, es decir, que el todo complejo, sus contradicciones y sus aspectos no pueden pensarse unos por fuera de otros.[11]

10 Tal es así que en el debate que el teórico griego mantuvo entre 1969 y 1976 con Ralph Miliband, éste le reprocha al primero lo oscuro que resulta la lectura de PPCS para quienes no se encuentran familiarizados con la epistemología y el lenguaje althusserianos: “Es una pena que el texto resulte tan oscuro para el lector que no se haya familiarizado a través de una dolorosa iniciación con el peculiar código lingüístico y con el método de exposición de la escuela althusseriana, con la que Poulantzas está relacionado” (Miliband, 1991b).

11 Las nociones de sobredeterminación y de causalidad estructural o causa inmanente fueron asociadas a la tendencia estructuralista en ciencias sociales (cfr. Lévi-Strauss). Sin embargo, como enfatiza Althusser, éstas deben entenderse a la luz de la filosofía spinozista. En efecto, el filósofo francés propone un rodeo por Spinoza para separar a Marx de Hegel, por cuanto “su esfuerzo por

Por el contrario, "cada articulación esencial a la estructura, y la relación general de las articulaciones en la estructura dominante, constituyen otras tantas condiciones de la existencia del todo complejo mismo" (Althusser, 1975: 169). Esto es, así como las contradicciones secundarias son condición de existencia de la contradicción principal y no son simples fenómenos de la misma, esta última es condición de existencia de las primeras. Sin embargo, este condicionamiento no se da de manera arbitraria para Althusser sino que la existencia de cada contradicción que constituye la unidad del todo social está condicionada por una estructura dominante, que no es más que la determinación en última instancia por la economía. De manera que la contradicción principal entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, que constituye la estructura económica del todo social, está sobredeterminada por las contradicciones secundarias que constituyen el resto de las estructuras de la totalidad. En otras palabras, sobre esta determinación en última instancia existe una *acumulación de determinaciones eficaces* (o de contradicciones eficaces), surgidas de las superestructuras y de circunstancias particulares (nacionales e internacionales), que reflejan en sí mismas esa estructura dominante del todo complejo (Althusser, 1975).[12] En consecuencia, la eficacia de esa contradicción depende en todos los casos del conjunto de circunstancias sociales en las que opera. Si bien, como señala Marx, es en el nivel económico y particularmente en la relación entre los propietarios de los medios de producción y los trabajadores directos donde hay que buscar la base oculta de la construcción social (1990), no existe una determinación directa e inmediata de lo económico sobre los demás niveles. La campana de la última instancia no suena ni en la primera ni en la última hora, como ironiza Althusser, porque por sí sola no puede definir todo lo que acontece en una formación social.

Esto significa que las relaciones entre los diferentes niveles de la totalidad social no pueden explicarse a partir de un esquema de causalidad unilineal como una relación externa entre niveles ya constituidos, cuya especificidad es cancelada al ser reducidos a una base económica de la que serían sus simples efectos. La sobredeterminación indica, por el contrario, que la especificidad de cada nivel

---

pensar una causalidad no "eminente" (es decir, no trascendente), no simplemente transitiva (a la Descartes), pero también no expresiva (a la Leibniz), una causalidad que de cuenta de la eficacia del Todo sobre sus partes y de la acción de las partes sobre el Todo, un Todo sin clausura, que no sea sino la relación activa de sus partes", constituye a Spinoza en un antecedente del "inmenso descubrimiento teórico de Marx" esto es, de la causalidad dialéctica materialista (Althusser, 2008: 200).

12 Las cursivas son de Althusser.

depende de su posición como una condición de existencia en el todo complejo cuyo tipo de unidad refleja (Poulantzas, 2008b). Sólo que esta posición no está definida de antemano; en cambio, en la totalidad estructurada se producen desplazamientos y permutaciones en la dominancia que pasa de un nivel a otro, no azarosamente sino en función de las mismas interacciones reales entre niveles. El economicismo es "el que identifica, por adelantado y para siempre, la contradicción determinante en última instancia con el papel de contradicción dominante" (Althusser, 1975: 177). Contrariamente, la lectura althusseriana del marxismo considera que esa determinación es inseparable e indiscernible de las condiciones y circunstancias históricas en las que se manifiesta (del Estado y de las formas jurídicas, políticas e ideológicas; de la situación histórica nacional y externa, etc.). Este conjunto de condiciones no es otra cosa que la existencia del todo en un momento determinado, en un *momento actual* (en los términos de Lenin). La contradicción real se confunde así con el infinito conjunto de circunstancias particulares en las que se expresa, pero por sí sola no puede provocar una revolución. Solamente la fusión en una unidad histórica específica de la articulación de los distintos niveles del todo puede provocar un momento de ruptura revolucionaria o de inhibición histórica. Los escritos de Lenin sobre la revolución rusa son para Althusser un buen ejemplo de análisis de la estructura de una coyuntura histórica concreta "en el desplazamiento y las condensaciones de sus contradicciones, en su unidad paradójica, que constituyen la existencia misma de ese *momento actual* que la acción política va a transformar, en el sentido fuerte del término, de un febrero en un octubre 17" (1975: 147).[13] Aunque la economía sea determinante en última instancia, siguiendo a Lenin, el filósofo francés declara que es la lucha política la que permite desmembrar la unidad existente de la totalidad social para actuar sobre ella en pos de su transformación (Althusser, 1975). Dicho de otra manera, es la lucha política y no la lucha económica la que manifiesta "la *condensación* real, el punto nodal estratégico, en el cual el *todo complejo* (economía, política, ideología) se refleja" (Althusser, 1975: 179).[14]

Si las instancias se constituyen como tales al relacionarse en un modo de producción determinado -su autonomía (relativa) es solo una forma de su dependencia respecto de la totalidad (Althusser *et al.*, 1985; Althusser, 2008)- es su articulación la que define la extensión y los límites de cada una y le asigna su espacio a la teoría regional (Poulantzas, 1970). La construcción de una teoría

13 *Ídem*.

14 *Ídem*.

regional de lo político requiere, por lo tanto, una explicación de las relaciones que este nivel mantiene con los demás niveles en el modo de producción capitalista, especialmente con el nivel económico que aquí desempeña el papel determinante y dominante a la vez. Este modo de producción se caracterizaría además, por una autonomización (relativa) específica de lo político y de lo económico que le daría un carácter singular a cada una de estas instancias; carácter diferente al que revistirían en los modos de producción anteriores. Es decir el Estado y lo económico tendrían formas absolutamente distintas en el capitalismo y en el feudalismo, por caso.

De acuerdo con Poulantzas, el espacio de lo económico se define para Marx por la unidad de tres grandes regiones: distribución, consumo y producción, en la que esta última tiene primacía. En cualquier modo de producción, la producción se caracterizaría por dos elementos indisociables: por el proceso de trabajo, es decir, por las condiciones materiales y técnicas de la producción, y por las relaciones de producción bajo las cuales ese trabajo es ejecutado, que no serían relaciones intersubjetivas sino combinaciones particulares de agentes y condiciones materiales de producción. A su vez, entre estos agentes se pueden distinguir los agentes inmediatos o los trabajadores, cuya fuerza de trabajo es empleada en la producción, y aquellos que desempeñan un papel en el proceso de la producción como propietarios de los medios de producción. La producción específica de un determinado modo de producción se definiría entonces por una doble relación: la relación de *posesión* o de apropiación real, que concierne al vínculo entre el productor directo y aquellos medios y objetos de trabajo; y la relación de *propiedad* (económica, no jurídica), que asocia al no-productor (o propietario) con esos objetos y medios de trabajo. Poulantzas explica que en las sociedades divididas en clases esta última instaura siempre una separación entre el trabajador y los medios de producción (de los que no es propietario), mientras que la relación de posesión o de apropiación real puede instaurar o bien la unión del trabajador directo y sus medios y objetos de trabajo, o bien su divorcio. Así, en los modos de producción precapitalistas la propiedad de los medios de producción no estaba jamás en manos de los productores directos quienes, no obstante, estaban unidos a sus medios de trabajo. En el modo de producción feudal, por ejemplo, los trabajadores poseían la parcela de tierra que trabajaban aunque su producción se destinara como pago de la renta de la tierra al señor feudal. Por el contrario, en el modo de producción capitalista existiría una homología o coincidencia entre las dos relaciones: los trabajadores estarían separados tanto de

los medios de producción como de los objetos y medios de trabajo. Al no tener el control de los medios de producción, que serían propiedad del no trabajador, ni el dominio sobre el proceso de trabajo que solo puede ser puesto en marcha con la intervención del propietario, el trabajador está completamente desposeído. Sólo posee su fuerza de trabajo, a la que está obligado a vender como a otra mercancía.

Esta doble relación (apropiación real/propiedad) que especifica el nivel económico de cada modo de producción sería fundamental en la medida en que estaría profundamente relacionada con las diferentes formas políticas que caracterizarían a cada uno de ellos. En el caso del capitalismo, el teórico griego puntualiza que esa separación, que convierte al trabajador en un elemento del capital y al trabajo en una mercancía, le otorga a lo económico en este modo de producción el carácter de proceso de producción de plusvalía y determina la autonomía (relativa) específica de lo político y lo económico (Poulantzas, 1970). La homología de las relaciones económicas de posesión y propiedad en el capitalismo permite la separación de las instancias económica y política en la medida en que el trabajo se convierte en un elemento mismo del capital, no requiriendo de ninguna coerción directa sobre el trabajo para lograr la apropiación de sus productos en el espacio económico. Esto significa que en el capitalismo el proceso de producción funciona de manera relativamente autónoma, sin que sea necesaria la intervención de una coacción extraeconómica como sí sucedería en los modos de producción anteriores. En otros términos, mientras que en los modos de producción precapitalistas los intereses de la clase dominante se plasmaban de manera directa mediante la represión estatal, en el modo de producción capitalista la dominación y la explotación se presentan mediatizadas por el Estado, que aparece encarnando el interés general y abstracto de toda la sociedad. Como sugiere el teórico griego en un ensayo anterior a PPCS,

> A diferencia de los tipos de Estado esclavista y feudal, el Estado político no se presenta como la simple ratificación por la fuerza de los intereses económicos sociales, en el sentido estricto del término, de las clases o fracciones de clase dominantes. En sus relaciones con las estructuras objetivas del Estado, estos intereses no están traspuestos bajo su forma "inmediata" de intereses privados sino que deben revestir una forma mediatizada *verdaderamente política* y presentarse como encarnando el interés general de toda la sociedad. El propio Estado se presenta no ya como el lugar de constitución de la dominación "pública" de un

> "privado" privilegiado, sino como la expresión de lo universal y, a través de la constitución política de las clases dominantes, como la garantía del interés general (Poulantzas, 1973c: 53).

Que no haya necesidad de coacción extraeconómica en el capitalismo no significa que el Estado no intervenga de alguna manera en lo económico. Aunque el proceso de reproducción ampliado de las relaciones de producción esté determinado principalmente por la razón económica de producción de la plusvalía, y no por razones políticas, el tipo capitalista de Estado tiene una estructura que vuelve posible esa reproducción desde un marco jurídico-político específico que no precisa su participación directa en las relaciones de producción (Poulantzas, 1970). Esta autonomía relativa de las instancias económica y política permitiría además, el tratamiento teórico diferenciado de cada una de ellas.

¿Qué lugar ocuparía entonces el Estado en el modo de producción capitalista? Por más que lo económico sea en este modo determinante en última instancia y el nivel dominante, para el autor griego no es la economía la encargada de mantener la cohesión entre las distintas instancias. Como advierte Althusser, en cada modo de producción las instancias no tienen un desarrollo homogéneo sino que revisten temporalidades diferenciales, esto es, cuentan con diferencias de desarrollo en sus distintas etapas o fases (1985). Esta diferencia entre estructuras sería un elemento constitutivo de su unidad en una determinada formación social. Lejos de ser, como para el funcionalismo, un elemento anómalo que interrumpe la armonía del sistema, se trataría de su tipo de funcionamiento en el que el equilibrio estructural nunca está dado como tal sino que necesita de una estructura particular a fin de mantener sus condiciones de funcionamiento y de existencia. Para Poulantzas, esa estructura es el Estado. Las relaciones entre niveles con tiempos de desarrollo diferenciales, así como los efectos contradictorios de las prácticas de clase para el equilibrio estructural de una formación determinada hacen que potenciales tendencias de crisis estén siempre disrumpiendo su funcionamiento integral, precisando del Estado para conservarlo (Barrow, 2011).

Si bien la unidad de un modo de producción está asegurada en última instancia por el nivel económico, Poulantzas indica que es a través del Estado que es posible descifrarla y conocerla: la articulación de las instancias y de las prácticas que las conforman, que especifica a cada formación social, se vuelve inteligible a través del Estado en cuanto factor de cohesión de esa unidad. Así, las contradicciones que surgen entre los diversos niveles de una formación, por

las diferencias en sus desarrollos, se condensan en el Estado y lo convierten en "el lugar que permite *descifrar* la unidad y la articulación de las estructuras de una formación", dándole la función de garantizar la cohesión de aquellos niveles para conseguir que operen como un sistema integrado que asegure el dominio de una clase sobre otra (Poulantzas, 1970: 44).[15] El Estado detenta entonces, una función global de organización, en sentido amplio, de la unidad de una formación social. Sólo que esa función tiene modalidades específicamente políticas, económicas e ideológicas. En el caso del capitalismo, en el nivel político impide el estallido del conflicto político de clases, al mantener y restaurar el orden político y las condiciones para la explotación de clase, bajo el disfraz neutral de la ley. En el nivel económico se encarga de ordenar el proceso de trabajo y de regular los intercambios. Finalmente, en el nivel ideológico tiene un papel fundamental en la educación y en la legitimación del dominio de clase. Estas funciones corresponderían a los intereses políticos de la clase dominante en la medida en que la unidad de la formación social estaría basada en la explotación de clase (Poulantzas, 1970: 57).

Sin embargo, cabe preguntarse cómo se conjugan en el esquema poulantziano esta visión del Estado como principio de cohesión y regulación de una formación con el carácter de determinación en última instancia de lo económico. ¿Por qué a pesar de que lo económico, conformado principal pero no exclusivamente por las relaciones de producción, detenta el papel determinante es necesaria otra estructura, el Estado, para garantizar el funcionamiento de la formación? Porque, como señala el teórico griego, el nivel económico no es una instancia hermética capaz de autorreproducirse en función de sus propias leyes internas, de manera que en sí mismo no podría sostener el equilibrio estructural. Se trata, por el contrario, de un nivel relativamente autónomo de lo político y lo ideológico, pero no por ello independiente, que no puede funcionar más que ligado a esos otros niveles en una formación social determinada. Además, porque aquellas relaciones de producción no aparecen *ex nihilo* en la historia ni se reproducen a sí mismas a diario sin lucha y resistencia por parte de las clases subordinadas (Barrow, 2011). De modo que se hace necesaria una instancia que organice el proceso de producción y de trabajo al mismo tiempo que mantiene el orden político a través de la educación y del aparato jurídico. Por último, porque las formaciones sociales están constituidas, como mencioné más arriba, por una combinación concreta de modos de producción. Sin embargo, no se trata de

15 Las cursivas son de Poulantzas.

una yuxtaposición armónica de los distintos elementos de esos modos, sino que esa combinación se manifiesta como una relación de fuerzas entre los diferentes modos de producción presentes. El Estado cumple aquí, entonces, un papel clave en la cohesión de esa imbricación compleja de los diversos modos de producción en la que uno de ellos es dominante (Poulantzas, 1970).

Poulantzas reconoce que esta visión del Estado no había sido elaborada teóricamente por los clásicos del marxismo, aunque considera que existen en sus obras una serie de indicaciones a este respecto. Estaría presente, por ejemplo, en los textos políticos de Lenin en la idea de que a través de la lucha política de clases es posible descifrar, en una situación concreta, la unidad de la estructura del todo y actuar sobre ella para transformarla. ¿Por qué el problema principal de toda revolución es el poder del Estado? Pregunta central para el dirigente ruso que Poulantzas responde desde aquella concepción del Estado como factor de cohesión social. Como cualquier práctica, la práctica política consiste en "un trabajo de transformación sobre un objeto (materia prima) determinado" que tiene por resultado "la producción de algo nuevo (el producto)" que puede constituir "una ruptura con los elementos ya dados del objeto" (Poulantzas, 1970: 39). No obstante, lo específico de esta práctica según el teórico griego es que su resultado, la transformación de la unidad de una formación social, sólo puede producirse en cuanto tiene por objetivo el poder del Estado. En la medida en que versa en torno al momento actual, es decir, al punto nodal en el que se condensan las contradicciones de los diversos niveles de una formación social, la práctica política no puede apuntar más que al poder institucionalizado del Estado, que constituye un nivel estructural específico, al mismo tiempo que el nivel decisivo de una formación por ser el lugar de su transformación. Al ser el factor de cohesión de la misma, el Estado es igualmente el lugar en que es posible desbaratar la unidad que constituye a esa formación. Así, la práctica política puede, o bien tender a la conservación de la unidad de una formación social y dirigirse hacia el Estado como factor de cohesión de la misma, o bien intentar producir transformaciones en esta formación, teniendo como objetivo al Estado en cuanto estructura nodal de ruptura de su unidad. Si la práctica política se presenta como el motor de la historia para los clásicos del marxismo no es porque la acción política de los sujetos transforme la estructura; es porque "su *producto* constituye finalmente la *transformación* de la unidad de una formación social, en sus diversas etapas y fases" (Poulantzas, 1970: 39).[16] Es decir, en tanto que esta

16 *Ídem*.

práctica tiene por objeto la conquista de la superestructura jurídico-política como el lugar en el que se condensan las contradicciones estructurales.

De acuerdo con Poulantzas, el Estado constituye el dominio en el que las contradicciones de una formación social se condensan y cohesionan. Esto lo convierte en el nivel sobredeterminante de los niveles de la estructura. Si, como señala Althusser en su lectura de Lenin, la crisis revolucionaria como unidad de ruptura, como acumulación y exasperación de todas las contradicciones, funciona como revelador de la estructura social en un momento histórico determinado es en la medida en que esta sobredeterminación de las contradicciones se juega precisamente, como añade Poulantzas, en el nivel del Estado. De esta manera, el Estado es el lugar en el que se refleja el índice de predominio que caracteriza a una formación en una de sus etapas o fases. Esto es, que en él se hace evidente la modalidad en que la determinación en última instancia por la economía se expresa en el conjunto de circunstancias que constituyen sus condiciones de existencia. El potencial emancipador del Estado residiría en que, al mostrar qué instancia se erige como dominante en función de los desplazamientos en las contradicciones así como la unidad paradójica que emerge de su articulación, exhibiría al mismo tiempo el punto en que se vuelve posible quebrar esa unidad y producir una unidad nueva. Sin embargo, se podría decir que no hay una relación inmediata y menos aun necesaria entre la revelación del punto de articulación y unidad de las instancias de una cierta formación social y su transformación. Para que efectivamente acontezca una ruptura revolucionaria se precisa una acumulación de determinaciones eficaces (en palabras de Althusser) que constituyan condiciones favorables para desplazar las relaciones existentes y reestructurar la totalidad compleja.

Por eso es que para Poulantzas la lucha política de clases es "el nivel *sobredeterminante* del dominio de la lucha de clases -de las relaciones sociales-" pues concentra y refleja las relaciones de los otros niveles de la lucha de clases (Poulantzas, 1970: 87).[17] En otras palabras, la lucha política que tiene por objetivo el Estado revela la articulación y las formas en que interactúan los diferentes niveles de las prácticas de clase. Esta lucha es "el punto nodal del proceso de transformación" por cuanto condensa las contradicciones existentes en las relaciones sociales de una formación en una coyuntura determinada, mostrando la unidad que especifica la estructura y que hace posible actuar sobre ella para transformarla (Poulantzas, 1970: 88). No obstante, la lucha política de

17 *Ídem*.

clases no es el único nivel de las prácticas de clases o de las relaciones sociales; las luchas económica e ideológica de clases también son prácticas de clase. La lucha de clases no estaría reservada a los niveles político e ideológico que vendrían a "poner en acción" las leyes inconscientes de la economía, como presupondría la problemática histórica. En cambio, Poulantzas entiende que así como existen estructuras políticas, económicas e ideológica (y por lo tanto, que las estructuras no son exclusivas del nivel económico), existen igualmente prácticas de estos tres tipos, irreductibles unas a otras. Ahora bien, para el autor la lucha política debe mantener siempre la primacía por sobre los demás niveles de lucha porque concentra las contradicciones de todos los niveles de las prácticas, es decir, "es ejercida en los límites marcados por las otras prácticas y por el campo global de las prácticas de clase -lucha económica, política, ideológica- por una parte, en tanto que ese campo está circunscrito a su vez por los efectos de la estructura como límites, por otra" (Poulantzas, 1970: 113). Al mismo tiempo que las estructuras, cuyas contradicciones son condensadas en el Estado, establecen límites objetivos a las prácticas de clase, en el nivel propio de estas últimas las luchas económicas, políticas e ideológicas también delimitan el campo de las prácticas. Sólo que éstos serían límites en segundo grado, pues se erigirían sobre el nivel específico de la lucha política de clases, que concentra -en su unidad- el campo de las prácticas. En este sentido es que la coyuntura (o momento actual) aparece para Poulantzas como efecto de los distintos niveles estructurales, condensados en el Estado, sobre el campo de la luchas de clases concentrada en el nivel de la práctica política. De modo que la coyuntura, que no es una simple expresión de la estructura, circunscribe exactamente la acción de la práctica política sobre la estructura (Poulantzas, 1970).

Esta equivalencia entre el Estado y la práctica política como niveles sobredeterminantes no debería llevar empero, según Poulantzas, a una confusión de ambos niveles[18] (el de las estructuras y el de las prácticas) que no tendrían

18 Poulantzas registra esta confusión, por ejemplo, en el ensayo que Balibar publica en *Para leer El Capital* (Althusser *et al.*, 1985), en que trataría de forma ambigua las relaciones entre ambos niveles, corriendo el riesgo de considerar como estructura sólo a la instancia económica y dejando el ámbito de las prácticas o de la lucha de clases solamente a las prácticas políticas e ideológicas. Así, al considerar lo económico como una estructura sobre la que actúa la lucha de cases, Balibar "parece abonar aquí hasta el límite el viejo equívoco consistente en ver las clases sociales, y la lucha de clases aparecer en los niveles de lo político y de lo ideológico para "poner en acción" las leyes inconscientes de la economía" (Poulantzas, 1970: 104). El problema de diluir las estructuras políticas e ideológicas en los niveles equivalentes de prácticas y, análogamente, en desvanecer la lucha económica de clases al considerar a este nivel en su aspecto estructural, consiste para Poulantzas en que se arriesga la

entre sí homogeneidad teórica. Las estructuras no son lo mismo que las prácticas de clase: el Estado no es la lucha política, ni tampoco las relaciones de producción son las prácticas económicas de clase. Se trata, en cambio, de dos sistemas de relaciones distintos, que poseen sus estructuras propias (Poulantzas, 1970).

Es en la definición y en el análisis de las clases sociales que ofrece Poulantzas donde puede observarse particularmente la diferencia, a la vez que la relación, entre los niveles de las estructuras y de las prácticas. Las clases sociales son desde esta perspectiva efectos globales del conjunto de los niveles estructurales de una formación social y de las relaciones que mantienen esos niveles sobre las relaciones sociales. No constituyen, por lo tanto, estructuras en sí mismas sino los efectos de la articulación de las distintas estructuras sobre los agentes que constituyen sus apoyos (Poulantzas, 1970; 1973b). Estos agentes de la producción son entonces, los portadores [*Träger*] de un conjunto de estructuras y no su principio genético, ocupan lugares definidos por aquella matriz del modo de producción que, a su vez, establece sus formas de interacción. Las relaciones entre clases no pueden reducirse, por lo tanto, a relaciones interpersonales puesto que están determinadas estructuralmente. Sin embargo, las estructuras no delimitan exhaustivamente a las clases sociales, pues éstas suponen también relaciones de poder que no derivan directamente de la determinación estructural sino que dependen del balance de fuerzas en una coyuntura concreta. Los agentes de la producción pueden ser comprendidos, de este modo, a la vez como soportes o apoyos de las estructuras y como fuerzas activas en el campo de la lucha de clases, constituyendo un punto de intersección entre esos dos niveles diferenciados de forma analítica (Jessop, 1985). Al considerar a los agentes de la producción desde el punto de vista de esta doble determinación Poulantzas evita la problemática del sujeto en la que los hombres son vistos como los creadores de las estructuras, al mismo tiempo que muestra cómo aquéllos hacen y transforman la historia pero no en circunstancias de su propia elección.

Ahora bien, esto no implica que el campo de las estructuras y el de las prácticas constituyan dos niveles ontológicamente diferenciados. Por el contrario, se trata para Poulantzas de una división analítica que le permite combinar dos proposiciones fundamentales en la teoría marxista, a saber: el fundamento objetivo de las clases (su determinación estructural) y el hecho de que éstas no existen más que en el interior de (y mediante) la lucha de clases. Por más que las clases estén objetivamente determinadas, su definición no puede prescindir

incomprensión de las coyunturas.

de la consideración de la lucha de clases en todos sus niveles. Asimismo, aquella determinación no debe ser pensada como algo exterior a la lucha de clases, como si las estructuras vinieran desde fuera a modelar entidades preexistentes. Más bien, las clases sociales sólo pueden ser definidas teóricamente por la conjunción de las prácticas de clase en las que existen y por las estructuras que establecen límites objetivos a esas prácticas.

Los conceptos de clase, de práctica, de intereses y de poder son afines porque pertenecen al campo de las relaciones sociales. Si el concepto de práctica comprende un trabajo que se ejerce en los límites impuestos por las estructuras, los intereses delimitan el horizonte de acción de una clase en las relaciones de poder o los avances máximos factibles que pueden asegurarse frente a clases opuestas en una coyuntura concreta (Jessop, 1985). El grado en que cada clase puede realizar esos intereses depende entonces del grado de poder de las otras clases. Esto no supone, sin embargo, que para Poulantzas el poder sea una especie de suma cero en la que todo el poder que no tiene una inmediatamente se traslada a otra, como si fuera una cantidad determinada que puede dividirse. Por el contrario, se trata aquí de una relación específica que claramente delimita lugares de dominio y de subordinación. La noción de poder no puede aplicarse a las estructuras, ni siquiera a la estructura jurídico-política del Estado. Cuando se habla de *poder del Estado* no se estaría indicando el modo de articulación y de intervención del Estado en los otros niveles estructurales, sino el poder de una clase determinada a cuyos intereses corresponde el Estado. No obstante, como observa Poulantzas, esta capacidad de una clase para realizar sus intereses (que no dependen de su propia voluntad sino de la determinación estructural) no necesariamente coincide en todos los niveles de las prácticas (ya sean políticas, económicas o ideológicas). Pues una clase determinada bien puede tener la capacidad para perseguir sus intereses económicos y no sus intereses políticos, al carecer de una organización política autónoma. Igualmente, una clase puede ser políticamente dominante sin serlo ideológica o económicamente. Además, el teórico griego explica que los poderes de las clases en lucha dependen del nivel de organización en uniones, partidos, alianzas, etc. que conforman y que no puede derivar exclusivamente de su determinación estructural sino que tiene que ver con la posición que adoptan en coyunturas particulares. Sobre este argumento se desarrolla una idea central para Poulantzas: que la presencia de la burguesía como fuerza política específica depende del rol organizacional que el Estado mantiene respecto de ella y, análogamente, la necesidad de un partido que logre asegurar la presencia de la clase obrera en la escena política.

2. Hegemonía y autonomía relativa: una introducción al estudio poulantziano del Estado en el modo de producción capitalista

A partir de su definición general del Estado como factor de cohesión, el Estado capitalista aparece para Poulantzas como una estructura que tiene por función garantizar la reproducción de las relaciones de producción capitalistas y de las relaciones de dominación de la burguesía sobre las demás clases sociales. Como más arriba mencioné, el aspecto definitorio del modo de producción capitalista es, según el teórico griego, la separación del productor directo de sus medios y objetos de trabajo en las relaciones de posesión y propiedad que establece una autonomía específica entre las estructuras económicas y políticas del mismo y, de igual manera, entre los niveles económico y político de la lucha de clases. Esto no quiere decir, sin embargo, que el Estado esté completamente ausente de ese proceso, puesto que en su estructura jurídico-política produce efectos claves en lo económico. No sólo se ocupa de regular el proceso de trabajo y de fijar la propiedad formal de los medios de producción. Además instaura a los agentes de la producción distribuidos en las clases sociales en sujetos jurídicos y económicos, lo que tiene como efecto "sobre la lucha económica de clases ocultar, de manera particular, a los agentes de sus relaciones como relaciones de clase" (Poulantzas, 1970: 159). Dicho de otra manera, aquella doble separación del productor directo se refleja para Poulantzas en las estructuras jurídicas e ideológicas del Estado por la fijación institucionalizada de los agentes de la producción en cuanto sujetos jurídicos, es decir, en individuos-personas formalmente iguales entre sí, como si no pertenecieran a ninguna clase social. Las relaciones sociales económicas se manifiestan entonces a la manera de un fraccionamiento o de una atomización que toma la forma de una competencia entre obreros y capitalistas, en lugar de una lucha económica entre clases antagónicas.

Poulantzas explica que en las formaciones sociales capitalistas los valores jurídicos (libertad e igualdad, particularmente) burgueses se conjugan con la estructura económica capitalista -que, al determinar la parcelización del proceso de trabajo e imponer una cooperación desmobilizadora entre los trabajadores, induce a una atomización de los productores directos- produciendo un efecto de aislamiento sobre todos los agentes de la producción. El aspecto esencial del derecho capitalista es, precisamente, esta atribución a todos los agentes de la producción (independientemente de su lugar en el proceso de producción, como propietario o trabajador) de la condición de sujetos de derecho. Esto es, de su fijación como individuos libres e iguales a los que se atribuyen derechos y

una voluntad subjetiva. Como señala Décio Saes (1998a), esta individualización le confiere al proceso de explotación de plusvalía el carácter de un contrato de compra-venta de la fuerza de trabajo entre individuos libres o la forma de un acto de voluntad entre iguales; carácter que oculta la naturaleza de clase del mismo. De esta manera, se esconde a los agentes de la producción su pertenencia de clase y se los aísla de sus relaciones sociales económicas.

Ahora bien, las estructuras jurídicas y políticas del Estado producen igualmente un efecto de representación de la unidad social, en tanto éste se presenta como la encarnación del interés general del pueblo-nación, que no se compondría de los agentes de la producción divididos en clases sino de una masa de individuos-ciudadanos libres e iguales entre sí. De esta forma, el Estado "se da por representante del "interés general" de intereses económicos competidores y divergentes que ocultan a los agentes tal como éstos los viven, su carácter de clase" (Poulantzas, 1970: 163). Así, el tipo de Estado capitalista funciona a través de un mecanismo doble, de aislamiento (de los agentes de sus relaciones como relaciones entre clases) y de representación de la unidad social (de estos agentes despojados de su determinación de clase) que se refleja en una serie de contradicciones internas a sus estructuras. Este mecanismo es el que le permite operar como una instancia universalizante por sobre y por fuera del nivel económico. La idea que subyace aquí es precisamente que el modo de producción capitalista facilita y sobre todo necesita un Estado nacional-popular, democrático y representativo como su forma normal para mantener y extender las condiciones para la explotación de clase. Parece que sólo este tipo de Estado sería capaz de definir las condiciones "exteriores" para la reproducción del capital, no determinables ni realizables desde el punto de vista limitado de los capitalistas individuales. El Estado se establece como el lugar de lo universal por cuanto se supone que no representa tales o cuales intereses privados (o su suma) sino el conjunto político unitario del pueblo-nación. Se organiza efectivamente como unidad institucional del poder propiamente político (público) en la medida en que está fijado como "unidad de un conjunto de elementos (ciudadanos) cuya determinación económica, y por tanto, su pertenencia de clase, está sistemáticamente ausente de sus instituciones" (Poulantzas, 1970: 364).

A pesar de que el dominio político de clase está constantemente ausente de sus instituciones, como si la lucha de clases no existiera, el Estado capitalista es para Poulantzas un Estado-de-clase que funciona en vistas de garantizar la reproducción de la dominación de clase y la acumulación capitalista. Además, estas funciones

revisten caracteres distintos de acuerdo con la clase a la que se dirija el Estado. Así, con respecto a las clases dominadas el Estado tiene por función impedir su organización política a modo de mantenerlas en el aislamiento económico que es, en parte, efecto de sus propias estructuras jurídico-políticas. Mientras que en cuanto a las clases dominantes trabaja permanentemente en su organización política. ¿Cómo consigue operar diferencialmente el Estado capitalista respecto de las distintas clases? Para Poulantzas, esto se logra justamente en función de la autonomización de los distintos niveles de la lucha de clases. En efecto, como ya señalé, una clase puede tener la capacidad para perseguir sus intereses en el nivel político pero no en el nivel económico o ideológico, es decir, que los intereses políticos de esa clase no necesariamente corresponden ni se desarrollan a la par de sus demás intereses. En este sentido es que Poulantzas asegura que el Estado capitalista no representa directamente los intereses económicos de las clases dominantes sino sus intereses políticos: es el centro del poder político de estas clases y tiene por función su organización política. Por eso puede, en coyunturas particulares, permitir la satisfacción de ciertos intereses de las clases dominadas incluso si esto supone limitar el interés económico a corto plazo de las clases dominantes, en tanto no atente contra el poder político de las mismas.

Poulantzas advierte, sin embargo, que esta garantía de los intereses económicos de las clases dominadas, que depende de su lucha económica más que de la benevolencia del Estado, tiende frecuentemente a ser una herramienta de desorganización política de las mismas implementada por el Estado con el fin de que el aparato estatal y la dominación política de clase permanezcan intactas. De acuerdo con esto, la resistencia y la lucha de las clases dominadas no siempre constituye un polo opuesto a la dominación. A veces esa oposición puede ser incluso un instrumento a través del cual la dominación opera pues, como indica Judith Butler, ésta "aparece con mayor eficacia precisamente como su 'Otro'" (2004: 34). Esta constatación no debería llevar a pensar que para el teórico griego todas las conquistas sociales que emergen de las luchas populares sean a fin de cuentas simplemente otro instrumento de dominación. El hecho de que funcionen de esa manera depende de la coyuntura en la que se insertan, por lo que "siempre se puede trazar, siguiendo la coyuntura concreta, una línea de demarcación más acá de la cual esa garantía de intereses económicos de clases dominadas por el Estado capitalista, no solo no se opone directamente a la relación política de dominio de clase, sino que hasta constituye un elemento de esa relación" (Poulantzas, 1970: 242). Dicho de otro modo, es siempre una posibilidad inscrita en las estructuras

del tipo de Estado capitalista que está montado sobre una autonomía relativa de las estructuras económicas y políticas y, consiguientemente, de las prácticas económica y política de clases. El poder político institucionalizado en el Estado aparece, de esta forma, como un *equilibrio inestable de compromisos* (en términos gramscianos), porque se trata de un poder que, aunque corresponde a un dominio hegemónico de clase, puede eventualmente tener en cuenta ciertos intereses económicos de algunas clases dominadas y crear un campo de equilibrio que no es permanente sino que está fijado por cada coyuntura política (Poulantzas, 1970).[19] Por una parte, la autonomía del Estado capitalista respecto de lo económico "implica la posibilidad, según la relación concreta de las fuerzas, de una política "social", de sacrificios económicos en provecho de ciertas clases dominadas; por otra parte, es esa misma autonomía del poder político institucionalizado lo que permite a veces atacar el poder económico de las clases dominantes, sin llegar nunca a amenazar su poder político" (Poulantzas, 1970: 245). Más que el monopolio exclusivo de una clase o una fracción determinada, el Estado es así un campo relacional fundado en ese equilibrio inestable de compromisos entre fuerzas de clase.

Esta doble característica del Estado capitalista, que habilita la posibilidad de sacrificios económicos en favor de las clases dominadas y que permite a veces atacar el poder económico de las clases dominantes sin amenazar su poder político, lo convierte para Poulantzas en un Estado con dirección hegemónica de clase. Aunque se trata de un Estado dirigido por las clases dominantes del modo de producción capitalista, en vistas de conservar y expandir las condiciones de ese dominio y de la acumulación capitalista, este oculta en sus propias estructuras su funcionamiento de clase. En palabras de Poulantzas, "ese Estado existe como Estado de las clases dominantes excluyendo de su seno la "lucha" de clases" (1970: 240).[20] De hecho, se trataría de un Estado que constituye el interés político de las clases dominantes como si fuera representativo del interés general del pueblo. En los términos del autor, su contradicción principal está en que "se presenta como un Estado de la clase burguesa, subentendiendo que todo el "pueblo" forma parte de esa clase" (Poulantzas, 1970: 240); en que a pesar de funcionar organizando políticamente a aquella, aparece como organizador de una sociedad no dividida en clases.

19 Las cursivas son de Poulantzas.

20 *Ídem.*

El término hegemonía reviste aquí un significado particular, distinto del que le dio Gramsci en sus *Cuadernos* (1981): mientras que él lo apliacaba a la estrategia de las clases dominadas y al Estado,[21] Poulantzas lo circunscribe a "algunas prácticas políticas de las clases dominantes en las formaciones capitalistas desarrolladas" (1970: 173). Es un concepto que pertenece estrictamente al campo de la lucha de clases y no al de las estructuras, de modo que no es aplicable al Estado sino a las clases que ocupan los lugares de dirigencia en él. Esta noción reviste además dos sentidos en el ensayo poulantziano: en primer lugar, indica el proceso de "constitución de los intereses políticos de las clases sociales en su relación con el Estado capitalista, como representantes del "interés general" del cuerpo político que es el "pueblo-nación" y que tiene como sustrato el efecto de aislamiento en lo económico" (Poulantzas, 1970: 173). Es decir que se refiere a la característica mencionada arriba de representación de las relaciones sociales tal como se muestran en su aislamiento y fragmentación en el nivel económico. En segundo lugar, denota las relaciones que mantienen las clases dominantes en el seno del Estado capitalista en lo que Poulantzas denomina *bloque en el poder*. Se trata de una relación orgánica a largo plazo o de una unidad contradictoria entre diferentes clases y fracciones dominantes en la que una predomina y polariza los intereses de las demás. La clase hegemónica es, por lo tanto, la que concentra en el nivel político "la doble función de representar el interés general del pueblo-nación y de detentar un dominio específico entre las clases y fracciones dominantes" en el seno del Estado capitalista (Poulantzas, 1970: 175). La lógica de la hegemonía es, de esta manera, una lógica política que se vuelve posible por las estructuras de lo político en el capitalismo y que solo puede designar las prácticas de las clases dominantes pero no aquellas de las clases dominadas. Con esto, Poulantzas se diferencia radicalmente de una tradición gramsciana que planteaba como la estrategia revolucionaria del proletariado la construcción de una hegemonía que

21 En un ensayo anterior a PPCS, Poulantzas estudia el modo en que la noción gramsciana de hegemonía se inserta en el problema de las relaciones entre la base (económica) y la superestructura (jurídico-política), y de la especificidad del dominio político-estatal en una formación históricamente determinada. Así, el teórico griego pretende darle a este concepto un estatuto científico que le permita captar sus posibilidades operatorias para el análisis marxista del Estado capitalista. Tarea que lo lleva a criticar su aplicación en el dominio de la estrategia del proletariado (como proponía Gramsci) e igualmente, a aquellas concepciones voluntaristas y economicistas con las que se lo vincula frecuentemente (Poulantzas, 1973c). Este ensayo, titulado "Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado", constituye uno de los antecedentes más significativos de su tratamiento de la relación entre las estructuras del Estado capitalista y las clases dominantes. Para un estudio del uso poulantziano de la noción de hegemonía, ver: Waiman, 2015, y Sotiris, 2017.

pudiera competir y contrarrestar la hegemonía burguesa, aun antes de la toma del poder del Estado. Como indica Javier Waiman, en un mismo movimiento el teórico griego está criticando aquellas posiciones culturalistas de la hegemonía que la conciben como imposición de la propia concepción ideológica del mundo y las posiciones reformistas "que retoman los planteos gramscianos de la hegemonía, abandonando la tesis leninista de la toma del poder por la de una construcción gradual de la hegemonía proletaria en las instituciones de la sociedad civil" (2015: 15). Poulantzas refuerza, contrariamente, la concepción de hegemonía como forma particular de dominación burguesa en las sociedades capitalistas avanzadas y considera la toma del Estado como un momento necesario de la destrucción de aquella hegemonía en la medida en que las estructuras estatales son el punto nodal de constitución de la lógica hegemónica.

El Estado capitalista hace posible, por el juego interno de sus instituciones y su relación con el campo de la lucha de clases, la unificación del poder político bajo un bloque en el poder, que está compuesto de varias clases y fracciones dominantes.[22] Poulantzas explica que la burguesía no es una clase políticamente homogénea; al contrario, está constituida de capitales individuales que compiten entre sí y que están sometidos a fraccionamientos importantes, así como a un desarrollo desigual. El Estado opera como la instancia, formalmente separada de esas fracciones de clase, que organiza la cohesión y la capacidad de acción política de un bloque en el poder marcado por contradicciones internas y relaciones de hegemonía. Al diferir los intereses de cada una de las clases y fracciones de clase del bloque en el poder, éstas no coexisten en una unidad armónica sino en una unidad contradictoria bajo la égida de la fracción hegemónica,[23] que sería la que

22 Es preciso notar las diferenciaciones que hace Poulantzas en su tratamiento de las clases dominantes: en efecto, las clases políticamente dominantes -que conforman el bloque en el poder- no deberían confundirse con la clase o la fracción hegemónica del mismo -que detenta, en definitiva, el poder político y que tiene el papel de organización política del bloque-; ni tampoco aquéllas, con las clases reinantes -cuyos partidos dominan el espacio de la escena política- o con las clases mantenedoras del Estado -la burocracia- (Poulantzas, 1970: 434).

23 Poulantzas advierte que en las formaciones sociales no puede concebirse la existencia de solo dos clases antagónicas -como en el modo de producción "puro"- sino que ciertas clases diferentes aparecen con frecuencia en ellas disueltas o fusionadas con otras clases como fracciones -autónomas o no- de las mismas, o como categorías sociales precisas. Este fenómeno se explica por la coexistencia en las formaciones sociales de distintos modos de producción, entre los cuales uno tiene predominio. Justamente, como explica el teórico griego, "el predominio de un modo de producción sobre los otros en el interior de una formación social tiene muchas veces como efecto una *subdeterminación* de las clases de los modos no predominantes" (Poulantzas, 1970: 88, las cursivas son del autor). La fracción hegemónica del bloque en el poder es entonces aquella que logra

logra constituir los intereses económicos divergentes de las demás fracciones en el interés político general a largo plazo de las clases dominantes (la explotación económica y el dominio político). Esto no implica, sin embargo, que las fracciones dominantes se fusionen en esa unidad, diluyendo sus contradicciones, porque los intereses divergentes de esas clases conservan su carácter antagónico. La rivalidad y la lucha están allí siempre presentes y deben ser manejados a través del liderazgo de aquella fracción hegemónica (Poulantzas, 1970). En este punto el teórico griego discute igualmente con la concepción comunista ortodoxa del capitalismo monopolista de Estado, que afirma que este es un instrumento del capital monopólico en la fase imperialista del capitalismo. De acuerdo con Poulantzas, si bien la fracción hegemónica en esta fase corresponde a los intereses del capital monopolista, la dominación política en el Estado capitalista es mucho más compleja ya que el bloque en el poder se compone también de otras fracciones de clase correspondientes a otros intereses capitalistas e incluso a otros modos de producción que coexisten en las formaciones sociales capitalistas. No existe entonces una fusión entre el Estado y el capital monopolista; las contradicciones de clase atraviesan siempre al bloque en el poder.

Así pues, existen para Poulantzas dos tipos de hegemonía, concentrados en la misma clase o fracción: uno que se ejerce sobre las clases o fracciones dominantes (bloque en el poder) y otro que se ejerce sobre el conjunto de la formación social (pueblo-nación), que incluye a las primeras. Esta diferencia constituiría, por consiguiente, la línea de demarcación de los lugares de dominio y de subordinación que ocupan las clases sociales en una formación. En el caso del bloque en el poder, el interés general que la fracción hegemónica representa respecto de las clases dominantes reposaría, en último análisis, en el lugar de explotación que ocupan en el proceso de producción. Mientras que en el caso de las clases dominadas y en general del conjunto de la sociedad, esa hegemonía de la fracción predominante dependería de su función ideológica, es decir, de cómo logra representar su interés propio como el interés del pueblo-nación (Poulantzas, 1970: 310). Ahora bien, el éxito de esta representación no está garantizado sino que requiere una continua negociación de intereses en un equilibrio inestable de compromisos y concesiones materiales (aunque limitadas) a los intereses económico-corporativos de las clases

---

polarizar los intereses de las demás clases y fracciones que lo componen. Sin embargo, esta función hegemónica de polarización en rigor no depende de la voluntad de esta clase o de su capacidad de liderazgo. Más bien, según explica Poulantzas, es el Estado el que tiene el papel de organización política del bloque en el poder; el que, a través del privilegio de los intereses de una clase o fracción determinada, organiza el dominio de clase.

dominadas. De hecho, la aclamación del Estado de representar el interés general de las masas populares parece ser confirmada por esas concesiones, por más que éstas se entiendan como conquistas y como resistencia a las clases dominantes. La hegemonía opera entonces para Poulantzas a través de la capacidad de la clase o fracción hegemónica para presentar sus propios intereses y objetivos particulares como los únicos compatibles con el funcionamiento de la totalidad social, como aquellos que vuelven posible la realización de los objetivos universales del pueblo-nación y la reproducción de la dominación política de clase.

Aunque la clase dominante no sea un conjunto monolítico que posee y maneja el aparato de Estado de modo racional, planificado y sin conflictos, sino un bloque con intereses divergentes y en competencia, esa diversidad se materializa en instituciones y políticas que cuentan con una unidad propia que hace que las distintas ramas del Estado presenten una cohesión interna específica y que a su vez impide que el poder político se reparta en términos equivalentes entre las distintas clases y fracciones. De acuerdo con Poulantzas, las relaciones que guardan entre sí las clases dominantes y que mantienen con las clases aliadas o apoyos no son igualitarias. No hay en el Estado capitalista un reparto o una fragmentación del poder político sino que este corresponde a la capacidad de una de ellas (de la clase o fracción hegemónica) para realizar sus intereses específicos que, como señalé, establece como representativos del interés general del resto. Es decir que al contrario de una concepción pluralista del poder político donde este aparece parcelado en una multiplicidad de contrapoderes, grupos de veto y centros de decisión que se reparten sus piezas, el teórico griego lo concibe como unívoco del bloque en el poder, por lo que las clases dominadas no podrían ocupar lugares institucionales de ese poder. De hecho, incluso la clásica concepción de la separación de los poderes del Estado, elaborada por Montesquieu, es leída por Poulantzas no desde la idea del reparto del poder interno del Estado en múltiples centros equilibrados, sino como el funcionamiento de una "*unidad centralizada*, organizada partiendo del predominio de uno de esos poderes sobre los otros" (1970: 397).[24] Siguiendo la hipótesis althusseriana de que la teoría de Montesquieu no se refiere a la concepción constitucional-jurídica de la separación de las diversas esferas de legalidad sino a las relaciones de las clases sociales en lucha en el marco del período transitorio en que aquél pensaba (Althusser, 1974), el autor entiende que esa distribución de los poderes no compromete la unidad del Estado (Poulantzas, 1970). Por el contrario, presupone que uno de

24 Las cursivas son de Poulantzas.

esos “poderes” (sobre todo el ejecutivo o el legislativo) constituye el punto nodal que concentra, en la compleja estructura del Estado, el poder institucionalizado unitario reflejando así el índice de las relaciones internas de subordinación de los diversos “poderes” del Estado en el poder predominante.

Esa unidad es pensada por Poulantzas a partir del efecto de aislamiento y de representación, más arriba mencionado. En tanto se muestra como representante del pueblo-nación, compuesto por agentes aislados de sus relaciones económicas e instaurados como sujetos-personas políticos, en sus instituciones la lucha de clases no aparece en cuanto tal. En cambio, el Estado se presenta como “la *unidad* propiamente política y pública de los antagonismos económicos particulares y ‘privados’ del conjunto de la ‘sociedad’”, o dicho de otra manera, como el único que puede superar y unificar esos antagonismos en un cuerpo nacional-popular al no representar el interés privado de ninguna clase en particular (Poulantzas, 1970: 360).[25] Establecidos como lugar de lo público, de lo universal o del interés general, todos los órganos y ramas del Estado son fijados institucionalmente como una representación del conjunto político unitario del pueblo-nación. Sin embargo, y este sería el secreto del tipo capitalista de Estado, el que no se manifieste como representante de ninguna clase social en particular esconde su unidad propia de clase, el hecho de que constituye un poder unívoco de las clases dominantes. De suerte que el Estado encarnaría, en realidad, la organización y los intereses propiamente políticos de las clases dominantes en su lucha política con las clases dominadas.

Ahora bien, para Poulantzas esa unidad propia del poder político institucionalizado en tanto poder unívoco de las clases dominantes solo puede establecerse partiendo de la *autonomía relativa* del Estado capitalista respecto de aquéllas. ¿Qué entiende aquí el autor por autonomía relativa? No ya las relaciones que mantienen las estructuras económica (las relaciones de producción) y política (Estado) en el modo de producción capitalista, ni tampoco el caso en que las fuerzas políticas están prestas a equilibrarse, como la utilizan los clásicos del marxismo, sino un funcionamiento preciso del Estado capitalista en su relación con el campo de la lucha política de clases. De acuerdo con el teórico griego, la burguesía sería incapaz de erigirse (salvo en casos excepcionales) por sus propios partidos políticos en clase hegemónica debido al fraccionamiento de sus intereses que le impediría conformar su unidad política. Al naufragar en luchas internas entre sus diferentes facciones, ésta no podría por sí misma unificar en un interés

25 *Ídem*.

político general sus intereses económicos contradictorios. Al mismo tiempo, la lucha de las clases dominadas entorpecería igualmente sus tentativas de lograr su hegemonía política respecto de ellas, por lo cual las clases dominantes necesitarían que el Estado tome a su cargo sus propios intereses para realizar esa hegemonía. Para Poulantzas, este planteo ya se encontraba en los textos políticos de Marx y de Engels a propósito del bonapartismo que pondría en evidencia, según el autor, los rasgos teóricos constitutivos del tipo capitalista de Estado. Así, en *El Dieciocho Brumario,* Marx indica, a propósito de la burguesía, que la república parlamentaria es "la condición inevitable para su dominación *en común*, la única forma de gobierno en que su interés general de clase podía someter a la par las pretensiones de sus distintas fracciones y las de las otras clases de la sociedad" (2003: 83).[26]

El aporte novedoso a esta concepción que el autor incorpora es la idea de que el Estado debe revestirse de una autonomía relativa respecto de estas mismas clases para poder realizar su interés político, para poder intervenir según la coyuntura concreta contra los intereses económicos de tal o cual fracción dominante a modo de asegurar el compromiso con las clases dominadas que a la larga resulta útil incluso para aquellos intereses económicos. En función de lo cual, el Estado a veces se apoya en algunas clases dominadas de la sociedad y se presenta como su representante a través de un proceso ideológico complejo para que actúen contra las clases dominantes pero en provecho de estas últimas. No sería otra cosa lo que señala Marx a propósito del campesinado parcelario y de la pequeña burguesía respecto de la figura de Luis Bonaparte, quien llama a "hacer felices dentro de la sociedad burguesa a las clases inferiores del pueblo" (2003: 114). Para Poulantzas, en esto radica justamente el carácter paradójico del Estado capitalista que se recubre de una autonomía relativa respecto de las clases dominantes en la medida, precisamente, en que constituye un poder unívoco y exclusivo de éstas. Si, parafraseando la clásica pregunta de Paschukanis (1970), el aparato estatal no se constituye como el aparato privado de la clase dominante sino que se separa de ella y reviste la forma de un aparato de poder público e institucional separado de la sociedad, es porque esta relativa autonomía del Estado hace posible una red compleja de relaciones entre las clases de las sociedades capitalistas. En lugar de garantizar de manera abstracta la dominación, el Estado traduce y realiza bajo la forma de medidas concretas el interés de las clases dominantes en mantener esa dominación. Para lograrlo, no puede simplemente ignorar o negar los

26 Las cursivas son de Marx.

intereses de las clases dominadas ni sumar los intereses limitados de capitales individuales en competencia para llegar al interés político común de las clases dominantes. Por eso debe presentarse como una entidad relativamente autónoma de las clases sociales que puede arbitrar sus respectivos intereses, aunque en rigor esté fundamentalmente atravesado por los antagonismos de clase incluso en las relaciones complejas entre los aparatos que lo componen.

Esta caracterización del Estado capitalista no conlleva, empero, un enfoque instrumentalista del mismo como si este fuera simplemente una herramienta o una máquina al servicio de las clases dominantes. En este sentido, el Estado no es aquí un instrumento codiciado por las diversas clases que va a actuar de una manera determinada si lo manejan ciertas clases y de forma completamente distinta si está en manos de otras,[27] de modo que si no fuera la burguesía sino el proletariado este mismo Estado podría servir el interés de clase del último. Por el contrario, se trata de un conjunto de estructuras que al formar parte del modo de producción capitalista corresponden inevitablemente a los intereses políticos de las clases dominantes. En consecuencia, Poulantzas advierte que no les está permitido a las clases dominadas ningún tipo de participación efectiva en un seno. Por más que éstas puedan desempeñar algunas funciones y tareas burocráticas, jerarquizadas por el principio de la competencia (y no por la filiación de clase) y formalmente abiertas tanto a las clases explotadoras como explotadas, no solo no ocuparían lugares de decisión sino que tampoco podrían inducir una revolución desde arriba sin modificar radicalmente (o quebrar) el aparato de Estado capitalista. Aun así, las modalidades y las variaciones de esa autonomía dependerían fundamentalmente de la lucha política de las clases dominadas.

Sin embargo, esta concepción de la autonomía relativa y de la unidad del Estado no implica de ningún modo la concentración empírica de las diversas

27 Como subraya Ellen Wood Meiksins (1998), es ante todo una pregunta estratégica la que subyace a los argumentos teóricos de Poulantzas, que podría formularse de la siguiente manera: ¿es posible que el Estado tenga una autonomía tal respecto de las clases dominantes que el paso hacia el socialismo pueda lograrse sin que el aparato de Estado sea quebrado por la conquista del poder de clase? La respuesta negativa de Poulantzas estaría dirigida a dos tipos de instrumentalismo que coexisten en la tradición marxista: el que trata al Estado como una simple herramienta de las clases dominantes y el que considera que esta herramienta neutral puede servir a los intereses tanto del capitalismo como del socialismo. Poulantzas ataca así, explícitamente los fundamentos de las estrategias políticas reformistas y socialdemócratas, que comparten la visión pluralista burguesa según la cual el Estado puede pertenecer a múltiples intereses contradictorios y antagónicos -convencidos que, cuando los representantes de la clase obrera predominen, la revolución puede ser alcanzada desde arriba, tranquila y gradualmente, sin transformación del Estado mismo-.

funciones políticas en las manos de los individuos de una clase sino que explica la eventual descentración, según la forma concreta que adopta la lucha de clases en las diversas coyunturas y las estructuras políticas del Estado, de los lugares de dominación política que pueden desplazarse, por ejemplo, del legislativo al ejecutivo. Una conquista de la mayoría parlamentaria por parte de la clase obrera, por caso, no atentaría contra aquella unidad ni supondría un cambio en el tipo de Estado; solo conllevaría un desplazamiento del centro de gravedad del poder político institucionalizado hacia otra rama del Estado. De manera que este continuaría funcionando en beneficio de las primeras. Algo que Marx advertía en *La guerra civil en Francia,* donde asegura que "la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines" (2007: 64), como si fuera un instrumento.

En otros términos, la insistencia en la autonomía relativa del Estado capitalista le permite al autor discutir con las posiciones voluntaristas del marxismo que entienden al Estado como producto de una clase-sujeto, de la que sería un simple instrumento de dominio manipulable a voluntad por la misma. El problema con estas posiciones es para Poulantzas que el Estado no presenta ningún tipo de autonomía pues, o bien reducen la dominación política a un reflejo de la dominación económica, o bien remiten la unidad del Estado a la unidad previa de la voluntad de la clase dominante. Unificado por la voluntad única de dominio de esa clase no es para ella otra cosa que un mecanismo neutral. En caso de admitirse su autonomía relativa, esta "se interpreta inmediatamente como una ruptura de la unidad del poder político institucionalizado, como una fragmentación y parcelación de ese poder, del cual podría conquistar una "parte" autónoma la clase obrera" (Poulantzas, 1970: 333). Si el Estado no es para Poulantzas un instrumento es porque el fenómeno de la dominación de clase es mucho más complejo de lo que suponen las perspectivas mencionadas. El bloque en el poder que las clases dominantes conforman en su seno constituye una expresión de la correlación de fuerzas que caracteriza al Estado en una formación social determinada, más que una entidad homogénea y monolítica. Al estar atravesado por antagonismos existentes entre las diferentes fracciones de clase presentes en él así y por una negociación continua con las clases dominadas, el Estado no opera solamente como artífice de la voluntad de una clase particular. Antes bien, funciona incorporando en su agenda demandas e intereses de las clases dominadas, organizando su consenso y bloqueando de antemano el surgimiento de conflictos que arriesguen la dominación de aquel bloque; articulando los intereses en

competencia de las clases dominantes y promoviendo alianzas entre distintas clases y fracciones; desplegando un complejo sistema ideológico y jurídico para garantizar aquel dominio, que incluso establece las formas de participación y representación política posibles en su interior, de modo tal que hasta las formas de resistencia de las clases dominadas son establecidas por aquél.

La noción de autonomía relativa aparece en la teoría poulantziana en tres niveles de análisis. En primer lugar, hace referencia a la relación que mantienen las instancias (o regiones) en cualquier modo de producción (no solo en el capitalista) y a la posibilidad de producir una teoría regional de cada una de ellas dentro de la teoría particular de cada modo de producción. Poulantzas toma esta formulación del marxismo althusseriano que la concibe como una exigencia epistemológica: solo si se atribuye formalmente una cierta autonomía a las regiones de la totalidad social se vuelve posible fijarlas como objetos teóricos diferenciados y elaborar los conceptos referentes a ellas.[28] En segundo lugar, indica la forma específica que asumen las relaciones entre la estructura política y la estructura económica en el modo de producción capitalista (o entre el Estado y las relaciones de producción), que estarían caracterizadas por una no-intervención del Estado en el proceso de producción, que no precisa de la mediación de factores extraeconómicos para funcionar. Finalmente, en tercer lugar, la autonomía relativa señala el tipo de vínculo que mantiene el Estado con las clases y fracciones que componen el bloque en el poder. Esta autonomía se manifestaría fundamentalmente de dos maneras: a) el aparato estatal no estaría directamente relacionado con los intereses económicos de esas clases sino solamente con sus intereses políticos. Esto permitiría que el Estado se presentase como ajeno a los antagonismos de clase, como la única instancia capaz de mediar esos conflictos al no pertenecer

28 De acuerdo con Décio Saes (1998b), aquí se evidenciaría una diferencia importante entre el abordaje que Poulantzas realiza de la autonomía relativa y la formulación althusseriana de esta cuestión, que tendría consecuencias teóricas fundamentales en PPCS. En efecto, mientras que Althusser le conferiría un estatuto epistemológico -y no teórico- a la autonomía relativa de las instancias -esto es, que en el proceso de constitución del concepto de totalidad social el investigador debe proceder *como si* esas estructuras que la componen poseyesen autonomía relativa-, el autor griego presentaría la posibilidad de fijar las estructuras del modo de producción como objetos teóricos independientes en su conceptualización, como consecuencia de la autonomía *real* de las instancias en la práctica social total. La diferencia entre los althusserianos y Poulantzas radicaría entonces, según Saes, en que ahí donde los primeros concluyen que fijar las estructuras del modo de producción como objetos teóricos independientes y conceptualizarlas de manera separada significa darles un tratamiento relativamente autónomo, el segundo sugeriría que dicho tratamiento expresa de modo adecuado la autonomía real de las instancias (1998b).

a ninguna clase en particular sino al conjunto de la sociedad. Si para Poulantzas el Estado privilegia siempre los intereses de la fracción hegemónica del bloque en el poder es en la medida en que esta polariza los intereses de las demás clases que lo componen, a la vez que aparece como representante de los intereses del pueblo-nación. No obstante, para que esa representación sea eficaz, b) el cuerpo de agentes funcionalmente encargados de llevar adelante las políticas de Estado (burocracia estatal) debe organizarse y funcionar siguiendo una lógica propia, no coincidente con aquella de las clases dominantes.

Que la autonomía relativa se presente en estos tres niveles de análisis parece indicar, como señala Saes (1998b), que se trata más de un tema general que le permite al teórico griego apuntar y explorar una serie de problemas en distintos registros, que de un concepto teórico sistemático.[29] En ese sentido, el tratamiento de la cuestión de la autonomía relativa del Estado facilitaría la tarea de producir la jerarquía de conceptos en torno a lo político en el modo de producción capitalista que Poulantzas pretende llevar adelante. Por eso es que considero que es especialmente en el tercer nivel mencionado donde se ponen en juego algunas de las problemáticas más interesantes de la búsqueda teórica poulantziana, como las tensiones entre necesariedad y contingencia, la antinomia estructura-sujeto o la temporalidad de la coyuntura y de las transformaciones sociales, de las que me ocupo a continuación.

3. Necesidad/contingencia: notas sobre la coyuntura y la transformación social

Con relación a lo anterior, se podría decir que el tema de la autonomía relativa del Estado le sirve a Poulantzas para relacionar el campo de las estructuras y el de las prácticas que se encuentran diferenciados en su teoría. En efecto, ella le permite ubicar la lucha de clases en el seno mismo del funcionamiento del Estado capitalista y vincular sus mecanismos institucionales con las prácticas de clase. Por un lado, asegura la estabilidad de las estructuras del Estado en la medida en que, al ser relativamente autónomas de las clases dominantes, establece un límite más allá del cual la lucha de clases no tiene efecto en aquéllas. La garantía de intereses económicos de ciertas clases dominadas que no afectan las estructuras de dominación sino que en alguna medida la refuerzan, es ejemplo de esto. Si el tipo capitalista de Estado necesariamente reproduce la dominación de clase es

29 Según lo establece el propio Poulantzas cuando indica que “la palabra “autonomía” no debe tomarse, en sus diversas aplicaciones, en un sentido idéntico, sino que sirve aquí sobre todo para descubrir los problemas” (1970: 368).

porque existe una frontera determinada estructuralmente, pero que puede variar dependiendo del balance de fuerzas en una coyuntura particular, que impide la desorganización de ese sistema. Por otro lado, la autonomía relativa habilitaría al autor a introducir un elemento de contingencia en las estructuras del Estado, en tanto su eficacia para fijar el dominio hegemónico de la clase o la fracción dominante requiere de continuas negociaciones y compromisos inestables con las clases dominadas. Esto haría del Estado a la vez un conjunto de estructuras que cimentan y aseguran la dominación de clase, y un campo estratégico en el que su consolidación no está asegurada. La autonomía relativa funcionaría, por lo tanto, como un mediador entre las luchas de clases concretas y la matriz estructural del modo de producción.

De esta manera, la autonomía relativa del Estado remite en la obra de Poulantzas a la clásica antinomia necesidad/contingencia o, en otras palabras, al vínculo existente entre la determinación y la indeterminación causal. Si, de acuerdo con el teórico griego, el Estado capitalista necesariamente reproduce la dominación de la burguesía, independientemente del carácter específico que reviste en cada formación social, ¿es posible otorgarle a la lucha de clases una influencia real en la historia? En efecto, mientras que el autor insiste en que al referirse a la relación entre Estado y clases sociales (es decir, a la lucha de clases en cada formación social y al Estado correspondiente a cada una), las formas específicas que la autonomía relativa adopta solo pueden ser examinadas con referencia a un Estado capitalista dado y a coyunturas precisas, al mismo tiempo argumenta que este tipo de Estado no puede, a largo plazo, hacer otra cosa que reproducir la dominación burguesa de clase. Existe así, una tensión relacional entre el momento estructural de esta polaridad o los límites generales erigidos en la teoría del Estado por las características particulares del modo de producción, y el elemento de contingencia que Poulantzas intenta incorporar en su análisis al aludir a coyunturas particulares de la lucha de clases (a la configuración específica del bloque en el poder, al grado de hegemonía sobre ese bloque, a las relaciones entre la burguesía y las fracciones de clases dominantes, de un lado, y la clase obrera y las distintas clases-apoyo, de otro, etc.).

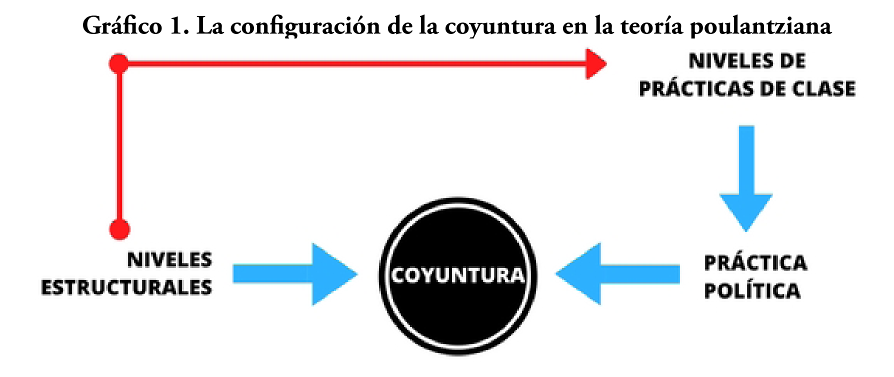
En PPCS, el teórico marxista sostiene que la matriz del modo de producción delimita el campo en el que se despliegan las prácticas de clase. Éstas se extenderían entonces en un espacio definido por la autonomización relativa de las instancias, por la eficacia propia de cada una de ellas en la estructura del todo y por el carácter determinante en última instancia de lo económico. Dentro

del campo marcado por esta determinación estructural, las prácticas de clase se desarrollan en el terreno abierto por las contradicciones de las instancias, pero no son reductibles a las mismas. Sin embargo, esta zona de indeterminación donde se juega la lucha de clases no estaría definida por una contingencia radical, puesto que la reproducción funcional del sistema lleva a que, mientras se trate del modo de producción capitalista (dominante en formaciones sociales capitalistas), la dominación de clase sea garantizada. Es decir, el desenlace de las prácticas de clase no es completamente aleatorio o azaroso en la medida en que no se quiebre la unidad que caracteriza al modo de producción. Las conquistas parciales de las clases dominadas no horadan el sistema de dominación que el Estado capitalista se ocupa de garantizar. Contrariamente, para Poulantzas, sólo una práctica política que tenga como objetivo desmembrar aquella unidad puede desarticular la dominación burguesa de clase.

¿Qué grado de contingencia habilita en consecuencia la teoría poulantziana al observar que el autor privilegia en PPCS el momento estructural? ¿Cómo analizar la coyuntura si el desenlace de la lucha de clases no es enteramente imprevisible? Según Poulantzas, la coyuntura debe entenderse como "los efectos de las estructuras sobre el campo de las prácticas *concentradas, en su unidad, en el nivel de la lucha política de clases*" (Poulantzas, 1970: 113).[30] Lo que tiene de singular la práctica política es que condensa las contradicciones existentes entre los distintos niveles de las prácticas de clase, teniendo como objetivo al Estado (factor de cohesión de una formación social) y como objeto sobre el cual versa a la coyuntura. Es precisamente en ésta, en el momento actual, donde se fusionan las contradicciones que surgen de las relaciones complejas entre los diversos niveles regidas por la sobredeterminación de una formación social, en cuanto reflejan la articulación que especifica a esta estructura con predominio. ¿Cómo se constituye, por lo tanto, la coyuntura? En primer lugar, por la determinación de los niveles estructurales sobre el campo de las relaciones sociales (o las prácticas) concentrados en la práctica política:

30 Las cursivas son de Poulantzas.

Gráfico 1. La configuración de la coyuntura en la teoría poulantziana



Fuente: elaboración propia.

En segundo lugar, por la acción combinada de las fuerzas sociales, término que Poulantzas retoma de Lenin: se trata de clases distintas, de fracciones autónomas o de categorías específicas que en el nivel de la práctica política se reflejan por *efectos pertinentes,*[31] y esto las caracteriza como fuerzas sociales. El espacio en el que éstas actúan no está exento de determinaciones, puesto que operan en medio de las limitaciones estructurales que conforman al campo de las prácticas y que regulan a su vez el juego de variaciones posibles de las fuerzas sociales. Esto no quita que

31 Poulantzas explica, siguiendo a Marx, que el lugar que ocupa una clase en el proceso de producción no es suficiente para considerarla como clase diferente y autónoma, es decir, como fuerza social en una formación social determinada. De hecho como se indicó anteriormente, para el teórico griego el criterio económico no basta para definir una clase social, porque cada una de ellas se constituye como efecto de la totalidad de las estructuras. Para que se la pueda considerar como una fuerza social, es preciso que su existencia económica se refleje en los demás niveles por una presencia específica. Esta presencia existe, para Poulantzas, cuando aquel lugar en el proceso productivo se refleja por efectos pertinentes o bien en las estructuras políticas e ideológicas, o bien en las relaciones sociales políticas e ideológicas. Estos "efectos" suponen la presencia de un elemento nuevo en estas estructuras o prácticas, que no pueden insertarse en una simple variación de esos límites, pues los transforman. Como establece el autor, estos efectos pertinentes se pueden manifestar "por una modificación importante de las relaciones de "representación" de clase, reflejándose la existencia económica de una clase por cambios importantes de estructura o de estrategia del partido de *otra clase*, de manera que pueda presentarse también como representante de la primera, en el caso en que ese partido tenga un papel importante en la lucha política de clases (...); o también por un desplazamiento de la contradicción en el marco de la lucha política de las otras clases; etc." (Poulantzas, 1970: 94, las cursivas son del autor). De manera que la existencia de una clase en una formación social involucra su presencia en el nivel político por efectos pertinentes que no necesariamente supone la construcción de una ideología propia de esa clase o la organización política en un partido autónomo.

exista un cierto grado de indeterminación en la coyuntura. Aunque el inventario de variaciones posibles de las prácticas de clase esté limitado por las estructuras, la participación efectiva de las clases en un momento actual (las condiciones particulares de su organización, las alianzas que tejen, su conformación en partidos autónomos, la batalla ideológica que establecen, en suma, su acción abierta y declarada) se define en la propia coyuntura.

De modo que el aspecto de indeterminación causal (o de contingencia) está dado en la teoría poulantziana por las relaciones de poder que constituyen a las relaciones entre clases sociales. Como la capacidad de cada una de ellas para realizar por su práctica sus intereses objetivos propios está en oposición con la capacidad y los intereses de otras clases, la acción de las fuerzas sociales se da en el campo complejo y variable de las relaciones de poder, que a la par determinan formas específicas de dominio y de subordinación (Poulantzas, 1970: 126). La estrategia que las clases, presentes en la coyuntura como fuerzas sociales despliegan en un momento singular (o su cálculo estratégico) está íntimamente afectada por la práctica política de las otras clases en presencia. Si se tiene presente la advertencia de Poulantzas de que estos intereses de clase no consisten en motivaciones de conducta sino que indican la extensión posible de la acción de cada clase en relación con las demás, se puede ensayar una lectura maquiaveliana de la acción de las fuerzas sociales, en el sentido de su capacidad para comprender e intervenir políticamente (virtù) en lo imprevisto de la coyuntura (*fortuna*). En su oposición estratégica de intereses, las fuerzas sociales tienen que saber "leer" en el momento actual las posibilidades que se les ofrecen para la consecución de los mismos: qué alianzas es apropiado establecer, qué tipo de organización puede inclinar el balance de fuerzas a su favor, cómo implantar un enfrentamiento ideológico eficaz, etc. En suma, cómo lograr un encuentro propicio a su proyecto entre las condiciones objetivas que caracterizan a la coyuntura y las condiciones subjetivas que ellas mismas moldean.

El carácter singular de la coyuntura (la *ocasión* en los términos de Maquiavelo) residiría así, en la manera en que las fuerzas sociales se comprometen en la lucha política de clases disputándose el terreno conflictivo abierto por las determinaciones estructurales e irreductible a ellas. Un ejemplo de esta comprensión de la coyuntura estaría en los textos de Lenin sobre la revolución rusa de 1917. Si fue en la Rusia zarista donde estalló fue en tanto esta constituía el eslabón más débil de la cadena imperialista al ser el Estado en el que más se concentraban y exacerbaban todas las contradicciones entonces posibles. No solo contradicciones de tipo económico,

como entre el grado de desarrollo de los métodos de producción capitalistas en las grandes ciudades y el estado feudal del campo, sino también políticas, por las guerras inter-imperiales y la exacerbación de la lucha de clases en todo el país (entre campesinos, pequeños nobles, grandes propietarios feudales, burgueses, obreros, etc.), e incluso ideológicas, por la formación "avanzada" de los líderes revolucionarios rusos que en su exilio recogieron toda la herencia de la experiencia política de las clases obreras de la Europa occidental y la transmitieron a la clase obrera rusa, por el descontento de las masas campesinas ante su situación de explotación, etc. (Althusser, 1975). Este entrelazamiento de las contradicciones interiores a la Rusia zarista se vio enriquecido a su vez por ciertas contradicciones externas al país. Por lo que no fue solamente la contradicción principal entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción la que otorgó las condiciones objetivas para el estallido de la revolución sino que fueron sus condiciones de existencia en esa formación social, ininteligibles en otro contexto distinto, las que al fusionarse llevaron a una situación revolucionaria. Sin embargo, no fue simplemente este conjunto de circunstancias heterogéneas lo que produjo la revolución. También existieron una serie de condiciones subjetivas otorgadas principalmente por el partido comunista que impulsaron este asalto general del régimen existente por parte de las masas populares. Se podría decir, por lo tanto, que si la revolución rusa triunfó fue en la medida en que las fuerzas sociales en las que se reunieron estas masas populares supieron tensar a favor suyo aquellas condiciones y circunstancias únicas que constituían el momento actual y lograron quebrar la articulación de contradicciones característica de la formación social zarista.

Ahora bien, la comprensión poulantziana de la coyuntura pone de manifiesto otro problema fundamental: la cuestión del tiempo histórico. ¿Cuál es ese momento actual en el que se establece la coyuntura? ¿Cómo entender esa actualidad que empero está íntimamente vinculada con la duración y la cristalización que encarnan las estructuras? ¿Habría para Poulantzas dos tipos de temporalidad, un tiempo vacío y lento de las estructuras y un tiempo pleno y breve de las prácticas de clase, o más bien existiría un tiempo propio de la coyuntura que los concentraría? Responder estos interrogantes requiere un rodeo por el abordaje althusseriano de la historia que el teórico griego reconoce como superador de la tradicional presentación de la misma como un devenir lineal simple. El concepto de historia que construye Althusser en *Para leer El Capital* se deriva de su noción de todo-complejo-con predominio a partir del cual emprende su sistematización

del materialismo histórico. En lugar de pensar un tipo universal y ontológico de historia, el filósofo francés concibe esta noción a partir del desarrollo desigual de los diversos niveles del todo social. Como los niveles de estructuras y de prácticas presentan en los modos de producción y en las formaciones sociales una especificidad propia, una autonomía relativa y una eficacia particular, a su vez presentan ritmos propios de desarrollo que son relativamente autónomos en su dependencia del todo. De este modo, a cada formación social le correspondería un tiempo y una historia específicos de las relaciones de producción, del Estado, de las producciones artísticas, de la filosofía, etc. que se articulan en aquel todo y que, según Althusser, solo pueden concebirse al determinar el concepto de la especificidad de su propia temporalidad (1985). En el interior de esta problemática, Poulantzas elabora la noción de tiempo característica de las estructuras políticas del modo de producción capitalista, que acompaña a la idea althusseriana de tiempo histórico como una articulación de las temporalidades diferenciales de los diversos niveles del todo complejo.

Un primer elemento que el teórico griego establece para concebir esa temporalidad propia de lo político es la distinción entre *tipos* y *formas* de Estado. De acuerdo con Poulantzas, existen tantos tipos de Estado como modos de producción que les corresponden. Así se puede construir el concepto teórico de Estado despótico, esclavista, feudal, capitalista, etc., con la precaución de no confundir la tipología marxista que aquí se presenta, que tiende a producir el concepto de una región de un modo de producción, con una tipología fundada en "esquemas", "modelos" o "tipos ideales". Esta última sería deudora de una concepción empirista del conocimiento, al presentar los tipos de Estado como generalizaciones y abstracciones de fenómenos reales concretos, que no admite la autonomía propia de la teoría y que forma parte de una problemática historicista.[32] En el caso del teórico griego, es la noción de tipo de Estado capitalista la que intenta construir; en vistas de lo cual, debe establecer una serie de características que permitan explicar las diferentes formas de Estado que pueden aparecer en las formaciones sociales capitalistas, como formas diferentes de este mismo tipo

32 El caso de Max Weber, por ejemplo, sería paradigmático a este respecto en tanto delimitaría sus tipos-objetos según los valores, ideales, proyectos y hasta las motivaciones de conducta de la praxis de los hombres-sujetos productores de esos tipos, evaluados además a la luz de sus propios valores. "Nada más claro, a propósito de las relaciones entre la relación epistemológica de los tipos ideales y de lo real-concreto, por un lado, y la problemática historicista, por otro -escribe Poulantzas-, que la concepción expresamente formulada por Weber de los tipos ideales como esquemas abstractos *que tuvieron la suerte de ser realizados* en lo real-concreto histórico" (1970: 183, las cursivas son del autor).

de Estado. Estas modificaciones, para que constituyan formas diferenciadas de un mismo Estado, no deben llegar a la matriz propia de las relaciones que lo constituyen. Como el tipo de Estado capitalista implica en primer lugar, como observa Poulantzas, "una autonomía específica de las estructuras económicas y políticas, que puede descubrirse en la autonomía del Estado y de las relaciones sociales económicas, las formas de Estado de ese tipo deberán percibirse según la modificación de la relación del Estado y de esas relaciones" (1970: 185). En el marco invariable de la autonomía relativa de las instancias política y económica, las formas de Estado se modificarían junto con las articulaciones entre las dos instancias por la intervención (o no intervención) de las primeras en las segundas y viceversa. A su vez, estas articulaciones impactarían en el campo de la lucha de clases por el efecto de aislamiento de lo económico que oculta a los agentes su condición de clase y por una configuración particular del bloque en el poder y de la hegemonía de clase.

Esta distinción entre tipos y formas de Estado no se derivaría, en rigor, de una periodización propia de las estructuras políticas sino que haría referencia a la periodización en fases y estadios de las formaciones sociales. En efecto, el problema de la tipología trae aparejado el de la transición de un modo de producción a otro: si a cada modo de producción corresponde un tipo de Estado, el paso de un tipo de Estado a otro responde a aquella transición.[33] Además, las formas de Estado se siguen de modificaciones en las relaciones entre las estructuras económicas y políticas de las formaciones sociales, que corresponden a estadios determinados de las mismas. Los términos de fases y estadios son retomados por Poulantzas de los escritos económicos de Charles Bettelheim y pueden definirse de la siguiente manera:[34] por fases se entienden los dos momentos principales

33 Es preciso apuntar aquí que, como enfatiza Poulantzas, así como en una formación social histórica coexisten varios modos de producción, el Estado de esa formación resulta de la combinación de varios tipos de Estado, salidos de los distintos modos de producción que se combinan en esa formación. Así, en una formación social determinada donde el modo de producción capitalista es dominante, el Estado capitalista real puede presentar características que derivan de los tipos de Estado correspondientes a otros modos de producción, que son parte integrante de él en la formación en cuestión. Puede hablarse de Estado capitalista cuando este es el tipo de Estado que predomina en el Estado real; no obstante, el teórico griego advierte que "por razón de las diferencias de desarrollo de las diversas instancias y de la complejidad de una formación social, si el modo de producción capitalista es el dominante en la formación no se sigue de esto necesariamente que, en el nivel de la superestructura política el tipo capitalista sea el tipo dominante de su Estado" (Poulantzas, 1970: 179).

34 Cf. Bettelheim, 1974.

del desarrollo de una formación social, sus comienzos, o la fase de transición, y la fase de la reproducción ampliada de la estructura. Cada fase se caracterizaría por una articulación específica de los niveles de la formación social y de sus contradicciones, con su desarrollo desigual y su autonomía relativa. A lo largo de la misma fase pueden darse desplazamientos entre las contradicciones (por ejemplo, una contradicción principal puede pasar a ser secundaria, o bien uno de sus aspectos secundarios puede convertirse en el aspecto principal) que ritman los diferentes estadios de una fase dada, y que están marcados a su vez por modificaciones de las relaciones entre las clases. Esta periodización en estadios corresponde de esta manera, a las relaciones del conjunto de las instancias de una formación social. Sin embargo existe para Poulantzas otro tipo de periodización concerniente a las estructuras específicas del nivel político que permite determinar las formas de régimen bajo las cuales se presentan aquellas formas de Estado: por caso, la forma de Estado liberal puede presentarse tanto bajo la forma de régimen de la monarquía constitucional (Gran Bretaña), como la de la república parlamentaria (Francia). Los regímenes políticos pueden variar en el interior de los límites marcados por la forma de Estado en el estadio concreto en que se encuentra la formación social y establecen las coordenadas propias del nivel político, como el sistema partidario y de representación política. Con respecto a esto, el autor observa que las relaciones entre partidos y su funcionamiento específico en relación con un régimen varían dentro de los límites marcados por el bloque en el poder, relativo a la forma de Estado de ese estadio. En el nivel de lucha de clases, el concepto de bloque en el poder tiene una función análoga a la del concepto de forma de Estado en lo que respecta a la superestructura jurídico-política ya que establece los límites de los desplazamientos de las contradicciones de clases (Poulantzas, 1970).

El tiempo propio de lo político se erige entonces para Poulantzas en la articulación de estas dos periodizaciones: la del conjunto de las instancias de una formación social en sus distintas fases y estadios, y la de las coordenadas específicas del nivel político (formas de régimen y las prácticas políticas de clase). Se trata de una temporalidad que está en relación con el campo conflictivo de las relaciones de poder y que no puede pensarse sin tomar en consideración la capacidad variable de las clases y fracciones de clase para perseguir sus intereses. El momento actual de la coyuntura sería de este modo un tiempo que reúne el carácter determinante de las estructuras que porta la estabilidad de la reproducción del todo social y el carácter indeterminado de las prácticas que traen consigo la contingencia del enfrentamiento de las clases en el terreno de la política.

Ahora bien, esta interpretación estructural de las transformaciones sociales, que se explican por modificaciones en las relaciones entre niveles estructurales relativamente autónomos y por los desplazamientos de las contradicciones de clase, parece correr el riesgo de desplazar la lucha entre clases dominantes y clases dominadas. Al explicar los cambios en las formas de régimen por efecto, en parte, de variaciones en el ejercicio de la función hegemónica en el bloque en el poder, el teórico griego parece desdibujar el impacto de las luchas de las clases dominadas en las alteraciones a nivel del Estado. Asimismo, aunque enfatiza constantemente que las formas concretas en que se dan esas transformaciones deben examinarse en formaciones sociales históricamente determinadas, a la luz de las fuerzas sociales presentes en esa coyuntura particular y de la articulación específica de las instancias de ese todo social, en ningún momento logra explicar satisfactoriamente cómo el Estado garantiza mediante la autonomía relativa la dominación política burguesa a pesar de la contingencia de la lucha de clases. Si más allá de la naturaleza imprevisible de la lucha de clases en coyunturas determinadas todo Estado capitalista necesariamente reproduce la dominación burguesa de clase, la especificidad coyuntural de la autonomía relativa (de la que solo podría establecerse cómo y cuán relativa es examinando formaciones sociales particulares) se pierde, como advierte Jessop, dando pie a una interpretación *sub specie aeternitatis* del funcionamiento de este tipo de Estado (1985).

Al tener al historicismo como punto privilegiado de sus ataques teóricos, Poulantzas niega la posibilidad de que una clase-sujeto sea la protagonista de las transformaciones sociales. En palabras del autor, "la lucha política de clases es el punto nodal del proceso de transformación, proceso que no tiene nada que ver con un proceso historicista -diacrónico- "actuado" por un actor: clase-sujeto" (Poulantzas, 1970: 88). De este modo, no serían los agentes los que hacen la historia sino las fuerzas sociales que intervienen en (y conforman a) la coyuntura. No obstante, cabe preguntar qué margen de acción les está permitido a las clases dominadas cuya organización política el Estado intenta de manera constante desarticular a través de ciertos mecanismos institucionales. ¿Pueden estas clases transformar las estructuras del todo social? Poulantzas, cercano en PPCS a la teoría leninista de la organización política, considera que esto solo es posible si la clase obrera se organiza en un partido autónomo que intente quebrar las estructuras del Estado y, con ello, quebrar igualmente la unidad de las diversas instancias en torno a la cual se ensambla la totalidad social. La clase obrera no podría conquistar progresivamente partes del poder del Estado hasta conseguir

revolucionarlo desde arriba gradualmente sin transformarlo. Al contrario, debería comprometerse en una lucha que tenga como objetivo el Estado en la medida en que es el factor de cohesión del conjunto de las estructuras de una formación con el propósito de romperlo y cambiar profundamente la realidad social. Sin embargo, se podría pensar que el objetivo largoplacista de la revolución tiende a restarle importancia a las conquistas parciales que se logran en el presente de la coyuntura. En otros términos, todo sucede en PPCS como si a las clases dominadas le restasen solo dos opciones: o bien hacer la revolución, o bien que sus conquistas sean reabsorbidas por el Estado mediante concesiones socio-económicas e integradas en la agenda del bloque en el poder. La revolución no está siempre empero, "a la orden del día" en la medida en que se requieren ciertas condiciones (como las mencionadas en el caso de la Rusia de 1917) que puedan dar pie a una situación revolucionaria. Mas si el Estado capitalista reproduce necesariamente la dominación de clase, incluso cuando en ciertas coyunturas particulares parezca atentar contra esa misma dominación o desarticule intentos de desestabilización, ¿cómo se puede llegar a aquella situación? ¿Cómo lograr esa acumulación eficaz de acontecimientos, fuerzas sociales, discursos, circunstancias nacionales e internacionales óptimas, que originen un proceso de transformación social en el seno de un Estado que funciona desarticulando las condiciones para esa conjunción aun (o sobre todo, según sugiere el autor) en su funcionamiento normal como un Estado democrático representativo nacional-popular? En el marco de una teoría como la de Poulantzas que privilegia el momento estructural, el surgimiento de lo nuevo no parece tener lugar.

4. Sujeto/estructuras: la autonomía relativa del Estado en cuestión

El tratamiento poulantziano de la autonomía relativa del Estado no sólo evidencia la tensión relacional entre necesidad y contingencia; también involucra una respuesta específica a la antinomia sujeto/estructuras, fundamental en la historia del marxismo[35] y, más en general, del pensamiento social moderno. En

35 De acuerdo con Perry Anderson, el desarrollo de la teoría marxista estaría marcado por una oscilación permanente o una potencial disyunción "entre la atribución del primer motor del cambio histórico, por un lado, a la contradicción entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción (...) y, por otro lado, a la lucha de clases" (2004: 36). Ya en los escritos de Marx se apreciarían estos dos principios de explicación del materialismo histórico que remiten, respectivamente, a una realidad estructural y al enfrentamiento de fuerzas subjetivas en los procesos históricos. Esta oscilación habría dado lugar a una disputa a lo largo de toda la historia de esta tradición de pensamiento acerca de la naturaleza de las relaciones entre estructuras y sujetos en las explicaciones de la sociedad y sus transformaciones. Desde los marxismos economicistas frente

efecto, su comprensión del vínculo entre Estado y clases sociales se presenta como una alternativa a las desviaciones instrumentalistas del marxismo según las cuales el Estado sería un instrumento controlado por la clase dominante, y subjetivistas, que verían en el Estado a un sujeto con poder y racionalidad propios, que tendrían en común el concebir aquel vínculo como una relación de exterioridad. Al suscribir a la crítica teórica del sujeto como principio de explicación, Poulantzas elabora su concepción de la autonomía relativa desde un enfoque crítico de las explicaciones que reducen al Estado a las relaciones interpersonales entre los individuos que componen el aparato de Estado. Por eso es que, en sintonía con los escritos de Lenin, distingue a este último (al personal del Estado) del poder del Estado (esto es, el poder de la/s clase/s a cuyos intereses corresponde) y propone pensar las relaciones entre Estado y burguesía como un sistema objetivo de conexiones regulares. De este modo, no sería la participación efectiva de miembros de esa clase en el aparato de Estado lo que haría que este funcione privilegiando sus intereses y reproduciendo la dominación de clase. Para el autor, si esta función del Estado coincide con los intereses de las clases dominantes es en virtud del propio sistema (Poulantzas, 1991a).

Si Poulantzas insiste en elaborar teóricamente el problema de la autonomía relativa es en la medida en que encuentra aquel tipo de desviaciones, que tendrían serias consecuencias políticas, en teóricos contemporáneos a él. Particularmente, en los escritos de Ralph Miliband, quien publica en 1969, casi a la par que el griego, *El Estado en la sociedad capitalista*, un trabajo dedicado al igual que PPCS

---

a los voluntaristas, a los marxismos de la praxis frente a los deterministas, la antinomia sujetos/estructuras dividiría al materialismo histórico entre aquellos que privilegian en sus explicaciones el momento estructural y quienes favorecen la acción de los sujetos. Sin embargo, como sostiene Anderson, es quizás durante los años '60 que esta disputa logra su máxima expresión, cuando los intentos sostenidos por Sartre, Merleau-Ponty y De Beauvoir de replantear las relaciones entre sujetos y estructuras como especie de síntesis entre el marxismo y el existencialismo fueron duramente cuestionados por la corriente estructuralista. La consigna proclamada por Lévi-Strauss en *El pensamiento salvaje* -"el fin último de las ciencias humanas no es constituir al hombre, sino disolverlo" (1972: 357)- pretendía romper el vínculo entre estructura y sujeto expulsando a este último del campo del conocimiento científico. Althusser fue el encargado de trasladar al marxismo el ataque estructuralista al humanismo teórico. De acuerdo con el filósofo francés, los análisis marxistas de la historia y de la sociedad no parten de un sujeto humano libre de autodeterminarse sino de una relación entre agentes de la producción que serían soportes [*Trägger*] de las estructuras. De este modo, según Althusser, el hombre como noción teórica desaparecería en los escritos tardíos de Marx, dando lugar a un análisis de la historia en términos de un *proceso sin sujeto*, en tanto los agentes actuarían en y bajo una serie de determinaciones históricas derivadas de las formas sociales de producción y de su reproducción (1985).

a analizar la dimensión política en el capitalismo. La publicación de la reseña crítica de esta obra que Poulantzas escribe para la *New Left Review* (1991a) da inicio a un célebre debate entre esos dos autores al que se sumaron otros, como el argentino Ernesto Laclau, desarrollado a lo largo de siete años (desde 1969 hasta 1976). Este debate se dio en el paradójico contexto definido por las rebeliones políticas que se multiplicaban a escala global a fines de los años '60 y el dominio que en las ciencias sociales del momento ocupaban las preocupaciones por el equilibrio del sistema y por el pluralismo (Barrow, 2002). De tal forma que la disputa se concentró no tanto en una discordia sobre la naturaleza del Estado capitalista como en una discusión epistemológica en torno al método más adecuado para darle un soporte riguroso a las investigaciones sobre lo político y sobre las luchas en desarrollo en esa época.[36] Miliband aseguraba que la estructura conceptual de la teoría política marxista ya había sido elaborada por los clásicos, de manera que no era necesario reformularla sino realizar un estudio histórico comparativo a partir de Estados existentes en el capitalismo avanzado que diera contenido concreto a esas tesis. Poulantzas, por el contrario, cercano a Althusser, insistía en la importancia de la producción de conceptos, pues consideraba que la teoría marxista no se ocupa de objetos reales y concretos (o de hechos) sino de objetos formales-abstractos (o de conceptos). Por eso es que pretendía construir teóricamente la noción de Estado capitalista como parte de la teoría particular del

36 En efecto, desde el comienzo Poulantzas enfoca el debate en el problema del método en la teoría política marxista. Por eso, una de las críticas que le hace al libro de Miliband es que en ningún momento trata la teoría marxista del Estado como tal sino que ataca concepciones burguesas del Estado y del poder político acomodando rigurosamente datos empíricos para combatir las afirmaciones de la ideología liberal pluralista-democrática (Poulantzas, 1991a). De manera que el texto de Miliband funcionaría como una crítica ideológica que desmitifica las pretensiones de la ciencia social burguesa, pero que no elabora propiamente hablando la teoría marxista del Estado. Para Poulantzas no basta yuxtaponer hechos empíricos contra conceptos teóricos; más bien, los conceptos de la ciencia social burguesa deben ser desplazados en un nivel filosófico y teórico por otros conceptos situados en una problemática diferente, en tanto aquellos hechos solo se vuelven concretos al tener un nuevo significado conferido por su lugar en una teoría alternativa. De acuerdo con el autor griego, entonces, la construcción teórica debe preceder la crítica ideológica por dos razones: por un lado, porque la segunda emplea conceptos teóricos del adversario ideológico, legitimándolos y permitiendo que persistan a pesar de exponer su inconsistencia con la realidad empírica; por otro lado, porque existe un riesgo de contaminar subrepticiamente los propios conceptos por los principios epistemológicos del adversario al colocarse en su terreno (Poulantzas, 1991a). Por el contrario, Miliband entiende que el momento de la confrontación empírica de la teoría es fundamental para combatir los presupuestos de las concepciones pluralistas. Por lo tanto, la crítica que le hace a Poulantzas tiene que ver con el carácter teoricista de sus argumentos, que en ningún momento proveen una validación empírica de su modelo (Miliband, 1991a).

modo de producción capitalista. Mientras el primero concebía dicha tarea como respuesta a los teóricos de la democracia liberal que negaban la posibilidad de una efectiva dominación de clase, bajo la idea de la existencia de una pluralidad de élites económicas y políticas en constante competencia entre sí[37], el segundo polemizaba con los abordajes historicistas, subjetivistas e instrumentalistas del Estado, presentes en toda una tradición del pensamiento marxista. Sin entrar en los detalles del intercambio entre Miliband y Poulantzas -de las que ya existe una vasta bibliografía-,[38] me interesa destacar aquí las aproximaciones opuestas de ambos autores al problema de la autonomía relativa del Estado, con el propósito de mostrar cómo se problematizan las relaciones entre estructuras y sujetos en la teoría poulantziana y qué desplazamientos empieza a haber en la misma casi inmediatamente después de la publicación de PPCS.

En la reseña del libro de Miliband, Poulantzas advierte que las reflexiones del primero serían deudoras de una problemática subjetivista como consecuencia de sus compromisos epistemológicos con la ideología burguesa, con la que no sería capaz de romper teóricamente aunque presente datos empíricos para discutirla. Esto se haría patente en su supuesta reducción de las clases sociales a los individuos que las componen y en su tendencia a dilucidar la naturaleza del Estado a través de las relaciones interpersonales entre miembros de la élite estatal y de la élite económica. En sus propios términos, la creciente intervención del Estado en la economía conlleva "una relación constante entre hombres de empresa y servidores públicos, no como antagonistas o siquiera como representantes de unos intereses diferentes y divergentes sino como socios al servicio de un "interés nacional" que

37 "Esta concepción ha sido más ampliamente desarrollada en los Estados Unidos, y en relación con este país. Pero también, en una u otra forma, ha llegado a dominar la ciencia y la sociología políticas y dicho sea de paso, la propia vida política en todos los demás países capitalistas avanzados. Su primer resultado es suprimir, por definición, la noción de que el Estado podría ser una institución algo especial, cuya finalidad primordial sería defender el predominio en la sociedad de una clase particular. En las sociedades occidentales no existen tales clases, intereses o grupos predominantes. Existen únicamente bloques de intereses que compiten entre sí, y cuya competencia, sancionada y garantizada por el propio Estado, garantiza la difusión y el equilibrio del poder, y que ningún interés particular pesará demasiado sobre el Estado" (Miliband, 1978: 5). Para Miliband el peligro de esta concepción reside en que erradica de la teoría la lucha entre clases dominantes y clases dominadas, imprescindible para comprender los procesos sociales y la posibilidad de un régimen socialista, al diluir el antagonismo de clase en una pluralidad de intereses en competencia -que resguardarían el carácter autónomo del Estado en tanto impedirían que sea acaparado por uno de ellos en particular-.

38 Ver: Tarcus, H. 1991; Barrow, C. 1993, 2002, 2011; Holloway, J. y Picciotto, S., 1978; Jessop, R., 2007; Thwaites Rey, 2007; Clarke, S., 1991.

los servidores públicos, lo mismo que los políticos, pretenden definir en términos congruentes con los intereses a largo plazo del capitalismo privado" (Miliband, 1978: 261). Así, el teórico inglés analiza el vínculo entre explotación económica y dominación política partiendo de la alianza que el Estado en las sociedades capitalistas avanzadas promovería entre dos tipos de sujetos: aquellos *hombres de empresas* y los *servidores públicos*. Lejos de la repartición del poder estatal entre una multiplicidad de bloques de intereses que propone el pluralismo democrático, Miliband encuentra en la asociación de esos dos tipos de individuos el grupo predominante cuyos intereses el Estado asegura. El carácter de clase del Estado en las sociedades capitalistas estaría dado de esta manera, por la pertenencia a la clase burguesa de aquel grupo que bloquearía, por medio de diversos mecanismos institucionales, la transformación de las mismas hacia el socialismo.

Poulantzas discute en su artículo el instrumentalismo que esta tesis trae consigo al mantener que el aparato de Estado sirve a los intereses de la clase dominante dada la participación efectiva de miembros de esta clase en el mismo, el origen de clase común de la élite estatal y las económicas, y el poder de presión que estas últimas ejercen sobre aquel aparato. Al suponer, como Miliband, que existe una relación de exterioridad entre las clases sociales y el Estado, que sería un Estado de clase en la medida en que concentra en sus funciones a integrantes de la clase dominante y no porque en sus mismas estructuras esté inscrita la reproducción de la dominación burguesa, se arriesga para el teórico griego tanto la incomprensión de la naturaleza del Estado capitalista como la posibilidad de una transición al socialismo. En primer lugar porque en vez de examinar las coordenadas objetivas que determinan las contradicciones de clase en las formaciones sociales capitalistas que se expresan de manera específica en el Estado, los estudios que parten de la problemática de los actores sociales conducen a explicaciones finalistas, basadas en las motivaciones de conducta de los agentes, que no permiten esclarecer los aspectos teóricos singulares de todo Estado capitalista. En segundo lugar, la dificultad estratégica que tácitamente se encontraría en esas tesis instrumentalistas reside en que, al afirmar que el Estado capitalista se define como tal porque a él se incorporan individuos de la clase dominante del modo de producción capitalista, se sigue que es cambiando el personal del aparato de Estado, sacando a la burguesía y dándole participación a las clases populares, como se puede pasar de un Estado capitalista a uno socialista. Sin embargo, como indiqué anteriormente, para Poulantzas no basta con ese reemplazo del personal del Estado para dar inicio a una transición al socialismo;

en cambio, es necesario romper la unidad que caracteriza a la formación social en cuestión, quebrando la articulación existente entre sus estructuras y el modo en que determinan a las prácticas. Como "la participación directa de los miembros de la clase dominante en el aparato del Estado no es la *causa* sino el *efecto* -por lo demás un efecto casual y contingente-" de la coincidencia objetiva del interés de la clase dominante y la función del Estado (Poulantzas, 1991a: 81),[39] el relevo de la burguesía del aparato de Estado no garantiza que el poder del Estado no siga correspondiendo a esa clase.

Poulantzas traduce la designación de Marx del bonapartismo como religión de la burguesía al tema de la autonomía relativa del Estado, para señalar lo específico del tipo capitalista de Estado: el que solo puede servir verdaderamente a los intereses de la clase capitalista cuando sus miembros no participan directamente en el aparato de Estado, esto es, cuando constituyen la clase dominante y no la clase políticamente gobernante (1991a). El aparato estatal tiene para el teórico griego una estructura institucional, relacionada con las configuraciones específicas que adopta en formaciones sociales capitalistas la separación relativa de lo económico y lo político, que no puede ser reducida a la voluntad o interés de una clase determinada como si fuera su expresión directa e inmediata. El Estado debe ser relativamente autónomo de las diversas fracciones de la burguesía para organizar la hegemonía del conjunto de ésta. El efecto de aislamiento sobre las relaciones económicas, el efecto de unificación jurídico-política, los efectos ideológicos de legitimación y el monopolio del uso de la fuerza, son algunas de las estructuras del Estado capitalista que hacen posible su aparición como un Estado del conjunto de la sociedad y no con dirección hegemónica de clase.

En su réplica a Poulantzas, Miliband reconoce la necesidad de complementar el estudio del comportamiento de los actores sociales con el de las determinaciones estructurales, aunque entiende que aquél sobrestima el grado en que los sujetos están determinados por las fuerzas estructurales del sistema. El énfasis excesivo que el teórico griego pondría en el momento estructural (las relaciones objetivas) lo habría llevado a un *superdeterminismo estructural* en tanto las fuerzas estructurales del sistema serían tan determinantes que convertirían a quienes integran la burocracia estatal en meros funcionarios ejecutores de la política que el sistema impone (Miliband, 1991a).[40] Devuelve por lo tanto a Poulantzas la acusación de instrumentalismo: semejante determinismo lo llevaría a un rodeo teórico en el que

39 Las cursivas son de Poulantzas.

40 Las cursivas son de Miliband.

el Estado no es "manipulado" por la clase dominante para que cumpla sus órdenes sino que las lleva a cabo automáticamente debido a las relaciones objetivas que impone el sistema. Por más que rechace la tendencia instrumentalista, el marxista griego caería en ella justamente por su conceptualización de la autonomía relativa que elabora para evitar esa desviación. De hecho, su referencia al poder del Estado como el poder de una clase determinada compromete para Miliband la propia autonomía del Estado al convertirlo en un instrumento de la clase dominante (1991b). Al mismo tiempo, el teórico inglés califica de políticamente peligrosas las observaciones de Poulantzas por encontrar allí una inclinación ultraizquierdista "porque si la élite del Estado está completamente atrapada por estructuras objetivas como se sugiere, de ello se sigue que no existe ninguna diferencia entre un Estado dirigido, pongamos por caso, por burgueses constitucionalistas, (…) y uno dirigido, por ejemplo, por fascistas" (Miliband, 1991a: 100).

Con motivo de la publicación en 1973 de la edición inglesa de PPCS, Miliband relanza este debate acusando ahora a Poulantzas de un *abstraccionismo estructuralista*: el mundo de estructuras y niveles que despliega su teoría tendría tan pocos puntos de contacto con la realidad histórica que fracasaría en su mismo propósito de realizar un análisis político de coyunturas concretas. La lucha de clases aparecería como "un ballet de sombras evanescentes excesivamente formalizado", al que no se le concedería ningún papel relevante en el análisis social (Miliband, 1991b: 110). Acerca del tema de la autonomía del Estado, el marxista inglés sostiene que el tratamiento poulantziano impide una consideración más precisa de la misma, cómo y en qué grado es relativa, por no tener en cuenta el papel de los grupos predominantes en el Estado o, dicho de otra manera, por descuidar el impacto de la influencia que ejercen los grupos económicos poderosos (o los hombres de empresas) sobre el Estado. La importancia de distinguir entre poder de clase y poder del Estado radica, para Miliband, en que permite elucidar el grado de autonomía que tiene el Estado en la medida en que, cuanto más fuerte es el poder de aquellos grupos, menos autonomía tiene. Un análisis en términos de autonomía relativa debería centrarse por consiguiente, "en las fuerzas que hacen que sea mayor o menor, en las circunstancias en las que se da, y así sucesivamente" (Miliband, 1991b: 113).

La respuesta de Poulantzas no llega inmediatamente: el autor espera tres años para escribir su contestación y concluir la disputa. El resultado es un artículo que contiene numerosas líneas de autocrítica, en sintonía con las revisiones de sus teorías que los althusserianos venían desarrollando contemporáneamente, y que

hace alusión a sus textos publicados después de PPCS. Si bien concede que ésta involucra un cierto teoricismo, fruto de sus compromisos con la epistemología de Althusser -a la que califica de híper-rígida-, se defiende aludiendo al contexto teórico-político anterior a 1968 cuando predominaba en el marxismo europeo una corriente economicista y neopositivista que no le concedía importancia al problema del Estado. La pobreza en esta área lo habría llevado a ajustar sus observaciones a un riguroso marco teórico que pudiera discutir con argumentos sólidos las posturas en cuestión. No obstante, recalca la influencia que tuvieron los conflictos de clase en Europa en las rectificaciones de sus argumentos que empieza a esbozar en 1970 -con la publicación de *Fascismo y Dictadura* (en adelante, FD)-, algo que juzga inexistente en los trabajos posteriores de Miliband, paradójicamente por a su apego a lo real-empírico. "La historia real -sentencia Poulantzas- no puede dejar de afectar a las posiciones teóricas (y no solo a la mía), pero jamás modificará las posiciones empírico-positivistas, ya que para éstas los hechos no "significan" mucho: no prueban nada por la sencilla razón de que pueden ser reinterpretados *ad infinitum*" (1991b: 161). A continuación, rebate la acusación de estructuralista, inscribiéndola en la problemática humanista e historicista del sujeto. Si por estructuralismo se entiende un enfoque que no parte de los individuos concretos o del tema de la libertad humana y la capacidad de elección del hombre contraria a la necesidad, aprueba esa calificación. Mientras que si con ese término se alude a una concepción teórica que no le da el lugar primordial que amerita en la historia a la lucha de clases, entonces rechaza esa valoración.

Es exactamente contra este último tipo de estructuralismo con el que discute Poulantzas por medio de su noción de autonomía relativa. Una interpretación estructuralista de la misma sería para el teórico griego aquella que designa a las estructuras o las instituciones estatales como el terreno de aplicación de la noción de poder, atribuyéndoles el papel principal en la reproducción y transformación de las formaciones sociales. Como en el caso de Miliband, este enfoque haría del Estado un sujeto con mayor o menor poder dependiendo de la presión que recibe desde el exterior y relegaría la lucha de clases a un lugar secundario frente al aparato del Estado. Poulantzas, por el contrario, rompería con esta perspectiva al entender las relaciones entre clases como relaciones de poder. Si no es posible aplicar el concepto de poder al Estado es porque se refiere a la capacidad de las clases sociales para realizar sus intereses específicos en un campo definido por su antagonismo, por el conflicto entre clases dominantes y clases dominadas.

Cuando se abandona la idea positivista o naturalista de poder según la cual "A presiona para obligar a B a hacer algo que B no habría hecho sin la presión de A", es posible tratar a la autonomía relativa del Estado como una resultante de las contradictorias relaciones de poder entre las clases sociales de una formación social capitalista. "Al rechazar la aplicación del concepto de poder al aparato de Estado y a sus instituciones, uno rechaza también explicar la autonomía relativa del Estado en términos de un grupo formado por los agentes del Estado y en términos del poder específico de este grupo, como invariablemente hacen aquellas concepciones que aplican el concepto de poder al Estado", sea a la clase burocrática, sea a las élites políticas o a la tecnoestructura (Poulantzas, 1991b: 169). Ni simple mecanismo estructural, ni mera expresión directa de los intereses económicos o corporativos de una clase, la autonomía relativa del Estado remite en Poulantzas al campo complejo y variable de la lucha de clases en las formaciones sociales históricamente determinadas.

La antinomia sujeto/estructuras constituye así para el autor una discusión historicista que no permite situar correctamente la importancia de la lucha de clases en la historia ni dar cuenta de las modalidades de funcionamiento del Estado capitalista. Ante la pregunta de si son los sujetos los que producen las transformaciones históricas o las instituciones sociales en su interacción estructural, el teórico griego responde desplazando la discusión con un abordaje de la autonomía relativa como un efecto de las contradicciones de clase que constituyen cada formación social. Efectivamente, desde la perspectiva de Poulantzas se podría decir que los "hombres y mujeres hacen la historia" pero sólo en tanto fuerzas sociales (de clase) que se vinculan en relaciones de poder específicas en el seno de las limitaciones que marcan las articulaciones de las estructuras en una formación dada. El mayor énfasis que pone desde el debate con Miliband en la naturaleza coyuntural de la autonomía relativa lo lleva a revisar su concepción del Estado y de la política, a la luz de los acontecimientos históricos que se venían desarrollando en Europa.

Capítulo 2. El enfoque relacional del Estado

“Tal vez ya no tengamos la fe milenarista basada en las leyes de bronce de una revolución democrática y socialista inevitable, ni el apoyo de una patria del socialismo democrático. Pero una cosa es segura: el socialismo será democrático o no será tal”
(Nicos Poulantzas, *Estado, Poder y Socialismo*).

“Si pensamos como marxistas estamos necesariamente obligados a cuestionar la sociedad presente y a pugnar por transformarla”
(José María Aricó, Entrevistas 1974-1991).

La primera obra que Poulantzas dedica al Estado y la lucha política en el capitalismo (PPCS) tuvo un reconocimiento teórico significativo entre sus contemporáneos, que la acogieron como “el intento más completo [...] por construir una *teoría regional* partiendo de la problemática general de Althusser” (Laclau, 2015: 53).[1] Sin embargo, como sugerí en el capítulo anterior, la vinculación del teórico griego con la “escuela althusseriana” es discutible: aunque jamás formó parte del núcleo de jóvenes intelectuales más cercano a Althusser, reconoce haber compartido su proyecto filosófico -en virtud de su importante función crítica, no tanto de sus análisis propiamente dichos (Poulantzas, 1980)- y haber trabajado en el seno de la misma problemática. Sus escritos de los años '70, empero, si bien se presentan como prolongaciones del programa teórico iniciado en PPCS, intentan también desprenderse de esa asociación con el althusserianismo. Especialmente porque la coyuntura política francesa los oponía dentro de la misma tradición marxista: Althusser, en tensión con el PCF del que formó parte durante décadas, defendía la dictadura del proletariado como un concepto fundamental del materialismo histórico y como un momento clave

1 Las cursivas son de Laclau.

en el paso al socialismo (Althusser, 1976). El teórico griego, por el contrario, cercano a las posturas eurocomunistas de izquierda, consideraba que era necesario desprenderse de esa categoría y elaborar otro tipo de estrategia revolucionaria, a saber, la de una vía democrática al socialismo (Poulantzas, 1980, 2005).

¿Qué presentan de novedoso, entonces, sus textos de la década de 1970? En primer lugar, los estudios de Poulantzas se vuelcan más hacia el ámbito de la economía política porque integra en su teoría del Estado algunos temas económicos clásicos en el marxismo. Por ejemplo, el problema del imperialismo como un sistema de dominación económica, política e ideológica, y la cuestión de las crisis económicas como posibilidades de derrocamiento del sistema capitalista. Así, se pregunta por el papel económico del Estado, por las modificaciones del modo de producción capitalista (MPC) a escala nacional e internacional, y por la relación entre las crisis económicas, las crisis políticas y las crisis del Estado. Desde esta perspectiva, los blancos privilegiados de sus críticas siguen siendo el economicismo y el instrumentalismo, tanto en sus variantes clásicas en la tradición marxista como en sus expresiones contemporáneas; aunque ya no el humanismo y el historicismo, como en PPCS. En segundo lugar, las categorías que desarrolla en este último -como las de autonomía relativa del Estado, dirección hegemónica y bloque en el poder- aparecen ahora confrontadas con la realidad de formaciones históricas determinadas, pero no desde premisas historiográficas sino en función de la propia elaboración teórica: el fascismo y el nazismo en *Fascismo y dictadura* (FD, en adelante), las dictaduras militares española, griega y portuguesa en *La crisis de las dictaduras* (CD) y la Francia de su época en *Las clases sociales en el capitalismo actual* (CSCA). En este sentido, lo interesante y valioso de estos escritos es que localizan los problemas postulados por una sistematización de lo político a partir del estudio de situaciones históricas determinadas donde las formas "puras" no se manifiestan más que a través de articulaciones complejas. Son incluso estas mismas articulaciones históricas las que llevan al teórico griego a revisar sus categorías y a modificar su objeto de estudio en función de las transformaciones que observa. En tercer lugar, el tema central se desplaza desde la búsqueda de los elementos propios de lo político en el MPC a la indagación de las relaciones entre el Estado y la lucha de clases en el estadio imperialista-monopolista del mismo, donde esta última aparece como el factor primordial de esa relación. El carácter teoricista de PPCS, denunciado por sus colegas, intenta ser desplazado en estos textos a través de un enfoque que presenta a la lucha de clases en una posición de primacía, como el factor determinante de los procesos

históricos, y que se sitúa en las condiciones contemporáneas del capitalismo para dar inicio a sus investigaciones.

El estallido del mayo francés en 1968, la instauración de dictaduras militares en Europa y en América Latina y las nuevas articulaciones a escala global del capitalismo demostraban que, si la revolución estaba a la orden del día -por la acumulación de contradicciones en algunas formaciones sociales capitalistas-, también lo estaba la cuestión del fascismo, en la medida en que la política de los Estados existentes estaba virando hacia tendencias autoritarias. La intensificación de la lucha de clases en las potencias imperialistas (en Europa, Japón y Estados Unidos) tenía como contracara el incremento de la violencia estatal y el desarrollo exhaustivo de la vigilancia doméstica. Poulantzas vuelve su atención, entonces, hacia los Estados de excepción del fascismo, el nazismo y, más tarde, de las dictaduras griega, portuguesa y española. Analizar los errores de la estrategia del Komintern frente al fascismo y entender cómo pudieron ser derrocados esos regímenes de facto, era imperioso para situar estratégicamente a las clases populares frente a aquellas tendencias. No obstante, el autor griego también notaba que las mayores derrotas de la clase obrera y de los movimientos populares no estaban ligadas tanto a la represión directa como a ciertas reformas económicas que pretendían reconstituir las relaciones de producción en las formaciones nacionales, bajo el dominio del capital norteamericano (Barrow, 2011). Por eso es que Poulantzas plantea como urgencia teórico-política la necesidad de analizar las transformaciones del Estado y de la lucha de clases en la fase imperialista-monopolista del capitalismo, con el fin de comprender qué funciones nuevas asume el Estado para la reproducción de las relaciones capitalistas y cómo se articulan las coordenadas internacionales de este contexto imperialista mundial con las luchas en las formaciones sociales nacionales. Al mismo tiempo, establecer las particularidades del imperialismo le permite situar históricamente los Estados de excepción y estudiar esos regímenes en el marco más amplio de las determinaciones económicas, políticas e ideológicas que esta fase impone de forma específica en cada Estado-nación.

Mientras que en PPCS el interés de Poulantzas se concentraba en determinar los elementos característicos del tipo capitalista de Estado como objeto teórico específico, desde la publicación de FD en 1970 el autor se concentra en las formas de régimen a las que puede dar lugar este tipo de Estado. Particularmente, como ya mencioné, se ocupa de los regímenes de excepción. Por un lado, el examen del fascismo y las dictaduras militares como fenómenos límites le permite profundizar en el estudio de ciertos aspectos del Estado capitalista en su naturaleza misma.

Por otro, este proyecto teórico aparece ligado, de manera más explícita que en PPCS, a una evaluación de la importancia de esta investigación en la coyuntura política del momento. Para el teórico griego, la crisis mundial del imperialismo, que se manifestaría hasta en sus metrópolis o en sus "núcleos" fundamentales de reproducción, abriría una fase de exacerbación de la lucha de clases que postularía al mismo tiempo la cuestión de la revolución y la del Estado de excepción. Las tendencias autoritarias que encuentra incluso en los regímenes democráticos de la época, por el aumento de la vigilancia doméstica y la disposición del Estado a penetrar todos los ámbitos de la vida cotidiana (Poulantzas, 2005), llenan de sentido la tarea de explicar los regímenes de excepción en tanto fenómenos políticos específicos y en tanto formas particulares de régimen del tipo capitalista de Estado, no solo para determinar las condiciones de su surgimiento (y las posibilidades de su resurgimiento) sino también sus diferencias con los primeros. Respecto de esto, Poulantzas parece tomar en serio e intentar rebatir la acusación de *ultraizquierdismo* que Miliband lanza en su debate con él por su subestimación de las diferencias entre un Estado democrático y un Estado fascista (1991a). Porque si bien en ningún momento se hace explícita en PPCS esa tendencia ultraizquierdista, tampoco hay allí un desarrollo exhaustivo del tema de los regímenes de gobierno, lo que produce una cierta ambigüedad en su comprensión de la estrategia política de las clases dominadas: ¿qué tendría de distinto para ellas ser gobernadas por un régimen democrático o uno dictatorial, por ejemplo, cuando su único horizonte de lucha política sería la revolución? En otros términos, si sólo una destrucción frontal del Estado puede habilitar una transición al socialismo, como se sugiere en PPCS, ¿qué diferencia habría entre destruir un Estado democrático y un Estado de excepción?

La investigación de las condiciones económicas, políticas e ideológicas que posibilitaron el ascenso del fascismo al poder, así como la indagación en torno a la caída de las dictaduras europeas de mediados de siglo, le dieron a Poulantzas la clave para transformar su comprensión del lugar de las luchas de clase en la historia y de la estrategia adecuada hacia el socialismo con una perspectiva relacional del Estado. Aunque ya en PPCS se vislumbran elementos que permiten pensar al Estado como constituido por relaciones de fuerza entre clases, es a partir de CSCA que lo caracteriza como la condensación material de esas relaciones de fuerza (Poulantzas, 1976a). Esto quiere decir que el Estado, en vez de ser un bloque monolítico, está desgarrado internamente por las contradicciones de clase; que su propia materialidad es efecto de relaciones de poder y de luchas

cristalizadas en redes, aparatos e instituciones. Ahora bien, los comentadores de la obra de Poulantzas pocas veces subrayan hasta qué punto esta conceptualización del Estado está vinculada con una reflexión sobre la democracia como la vía privilegiada para una transformación social radical y como el horizonte irrenunciable de un proyecto político de izquierda o emancipatorio. Algo que a mi entender es fundamental para evaluar la pertinencia de la teoría poulantziana para pensar dilemas teórico-políticos contemporáneos. Si su enfoque relacional del Estado empieza a aparecer explícitamente en función de sus análisis sobre los regímenes de excepción, también lo hace su ponderación de la democracia. Luego de décadas de restricción de las libertades políticas en las dictaduras europeas, parecía urgente reclamar desde la izquierda el mantenimiento y la extensión de los derechos y de las instituciones democráticas. Sin embargo, desde algunas posiciones más tradicionales dentro del marxismo (y en la izquierda, en general) se tendía aun a identificar la democracia con el dominio de la burguesía. Esto vuelve sumamente valiosa a la teoría de Poulantzas en la medida en que ya en los años '70 establecía la necesidad de conservar las formas de la democracia representativa, en lugar de destruirlas, para una transición al socialismo.

Frente a las posturas que descalificaban a la democracia como una creación o instrumento de la burguesía, Poulantzas comprendió que las libertades formales y la democracia representativa son, en buena medida, resultado de las luchas populares, y que sólo a través de su ampliación es posible garantizar un paso al socialismo que no devenga en una nueva forma de estalinismo. La revelación de los horrores cometidos en la URSS había instalado en el clima político de la época la exigencia de respaldar el Estado de derecho con su orden legal democrático. En este marco, el teórico griego propone una idea de socialismo democrático (Poulantzas, 2005) que logre articular las instituciones de la democracia representativa con el desarrollo de nuevas formas de democracia directa de base. No obstante, las tensiones entre el proyecto socialista de extinción del Estado y el mantenimiento de aquellas instituciones democráticas propias del Estado moderno parecían difíciles de conciliar, pues la garantía de estas últimas supone una cierta permanencia del Estado. En la tradición marxista esta dificultad no es nueva:[2] estaba ya presente en los debates entre reformistas y revolucionarios acerca del modelo estratégico a seguir. O bien modificar las instituciones del Estado desde una perspectiva socialista, haciendo reformas que no afecten su

2 Desde la disolución de la Asamblea Constituyente Rusa en 1918, la pregunta por la relación entre democracia y socialismo en la transición al socialismo ocupó un lugar central en los debates del movimiento obrero internacional.

funcionamiento (el modelo socialdemócrata); o bien la destrucción del Estado burgués y su reemplazo por un contra-Estado, que sería un Estado en vías de extinción (el modelo leninista). A pesar de sus profundas diferencias, Poulantzas encuentra en los dos modelos la misma falla: una falta de articulación entre la democracia representativa y la directa. Así como la socialdemocracia se atiene únicamente a la primera, a la que le realiza modificaciones secundarias que no afectan su relación con el Estado capitalista, el modelo leninista se fundamenta exclusivamente en la democracia directa de base (o en el consejismo obrero), anulando todo tipo de representación política democrática. Contrariamente, el teórico griego apuesta por una coordinación entre ambas, retomando la crítica que Rosa Luxemburgo hace de la revolución rusa. El problema de apoyarse solamente en la democracia directa de base en un proceso revolucionario sería, de acuerdo con la dirigente e intelectual marxista, que se pierde "el movimiento vivo" de las masas que puede volverse un correctivo ante las derivas autoritarias del régimen (Luxemburgo, 1977). De este modo, la sentencia de Trotsky "nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal", significa en realidad para Luxemburgo que es necesario diferenciar el contenido social de la forma política de la democracia burguesa, porque bajo la igualdad y la libertad formales se esconden la desigualdad y la falta de libertad propias de la dictadura de clase de la burguesía (Luxemburgo, 1977). Mas no con el fin de eliminar completamente la democracia sino para impulsar a la clase obrera a conquistar el poder político y crear una democracia socialista.

Desde estas premisas heredadas de Luxemburgo, Poulantzas discutió asimismo una serie de tendencias teórico-políticas que dominaban el debate de la época. Particularmente, las que situaban por fuera de las redes estatales a las microresistencias sociales y cotidianas llamadas a transformar las normas existentes, las que reivindicaban a la democracia como un valor en sí mismo opuesto a la dominación, y las que defendían la destrucción de las instituciones democráticas en la transición al socialismo. Lo interesante de la posición del teórico griego es, a mi entender, su apuesta por pensar los desafíos de una construcción política popular formulada como alternativa a las condiciones cada vez más desiguales del capitalismo. En lugar de escapar del poder estatal renunciando al espacio por excelencia de la política, Poulantzas se hizo cargo de las dificultades que forzosamente atraviesa un proyecto socialista que pretende disputar el Estado para dar lugar a un cambio social profundo. Si y hasta qué punto pueden las instituciones democráticas apoyar procesos radicales de transformación no solo

a nivel político sino también a nivel económico e ideológico, es uno de los problemas más importantes que subyace en la apuesta del autor. Más allá de sus respuestas, que aquí me ocupo de desarrollar, su compromiso por repensar la democracia desde el marxismo es meritorio pues ha sido uno de los pocos en abordar ese tema dentro de esta tradición.[3] Del proceso de democratización de las dictaduras europeas al socialismo democrático y sus dilemas, este capítulo propone un recorrido teórico e histórico a la vez de los textos de Poulantzas de los años '70.

1. De la historia a la teoría: crisis, Estados de excepción y democracia

Como sugerí anteriormente, luego de la publicación de PPCS Poulantzas intenta darle a sus análisis teóricos en torno al Estado capitalista un asiento más histórico y empírico. Así, sus escritos inmediatamente posteriores están dedicados a examinar los rasgos históricamente específicos que el tipo capitalista de Estado asume y las formas de régimen que habilita. Por eso, en sus observaciones acerca del fascismo y de las dictaduras militares europeas, lo primero que el teórico griego observa es que se trata de formas de régimen de excepción de aquel tipo de Estado, porque se descubren en ellos las dos características esenciales del mismo: de un lado, la separación relativa de lo económico y de lo político; y de otro lado, la autonomía relativa del Estado respecto de las clases y fracciones dominantes. Además, asegura que el surgimiento de los mismos se debe a coyunturas particulares de la lucha de clases en las formaciones sociales en las que se dieron. Es decir que, si bien estarían situados en la fase imperialista-monopolista del capitalismo y serían un producto histórico de ésta, no constituirían una necesidad histórica, como si fuesen la única respuesta posible en este contexto, sino que corresponderían a un momento de profundización aguda de la lucha de clases.[4] Lejos de ser una

3 En el marxismo contemporáneo, Antoine Artous se ha ocupado del vínculo entre Estado y derecho en esta tradición y del problema de la democracia y la ciudadanía en una línea que retoma los aportes del "joven" Marx. Cf.: Artous, 2002, 2014, 2016.

4 Si bien el estudio del imperialismo constituye un tema clásico en el marxismo y en la teoría política del siglo XX, la novedad del análisis poulantziano de la fase imperialista -a la que define como un "estadio del conjunto del sistema capitalista" (1973a: 10)- radica en su interés por dar cuenta del modo singular en que se interiorizan e integran en cada formación social las relaciones capitalistas configuradas a nivel internacional. Ya a principios de siglo Lenin había esbozado un retrato de las tendencias que surgían en la fase imperialista del capitalismo por la concentración de los gigantes industriales de las grandes potencias en monopolios y por la expansión imperialista en las colonias de ultramar. En particular, señalaba la absorción de la competencia por parte de los monopolios, la red internacional de dependencia y sus vínculos con el capital financiero, la exacerbación de la lucha

respuesta automática ante las condiciones "externas" de la cadena imperialista, surgirían a partir de decisiones políticas dentro de la gama de posibilidades que la situación general imponía en cierta manera. De ahí que Poulantzas entienda que los factores considerados frecuentemente como las causas fundamentales *sine qua non* del fascismo -a saber, las crisis económicas que atravesaban Alemania e Italia en el momento de su establecimiento, las particularidades nacionales de estos dos países o las secuelas de la primera guerra mundial- solo revisten importancia "en relación con el estadio imperialista, como elementos de *una de las coyunturas posibles* de ese estadio" (1973a: 7).[5] Las modificaciones del capitalismo en esta fase son relevantes, entonces, únicamente en la medida en que circunscriben la coyuntura de la lucha de clases contribuyendo a la emergencia de las crisis políticas que dan lugar a aquellos regímenes de excepción. Crisis que se

---

de clases, y la exhaustiva socialización de la producción a pesar del mantenimiento de la propiedad privada (Lenin, 2012). Aunque sus comentarios eran mayoritariamente económicos, Lenin no habría concebido las transformaciones de esta fase del capitalismo solamente desde un punto de vista económico. En efecto, de acuerdo con Poulantzas, su teoría de la *cadena imperialista* supondría entender este fenómeno a la vez en el plano de lo económico, de lo político y de lo ideológico pues, al ser el capital una relación social, la circulación internacional del capital no implicaría meramente una interpenetración económica de capitales. Más bien, conllevaría una internacionalización de las relaciones capitalistas en todos sus niveles. Así, los eslabones de esta cadena no serían otros que las diferentes formaciones sociales que se insertan en el sistema capitalista a escala internacional. En palabras del teórico griego, "la *cadena imperialista* no es otra cosa que la reproducción del modo de producción capitalista en las formaciones sociales bajo condiciones económicas, políticas e ideológicas determinadas, constituyendo los *eslabones* de esta cadena –las formaciones sociales- los lugares de existencia de este proceso" (Poulantzas, 1976a: 47, las cursivas son del autor). Sin embargo, la integración de las mismas en la cadena no se daría de manera homogénea y equitativa. En cambio, por la forma específica en que se reproduce el MPC en cada una de ellas -en relación de dominio respecto de los demás modos de producción que coexisten en la formación social en cuestión-, los eslabones de la cadena revestirían un desarrollo desigual que permitiría hacer una demarcación entre formaciones dominantes o metrópolis imperialistas y formaciones dominadas y dependientes. No se trataría, como para Lenin, de una partición geográfica global en zonas más o menos definidas de influencia y de dominio imperialista. Lo que Poulantzas observa es que la creciente movilidad del capital supone una concomitante fluidez y movilidad de las bases económicas de explotación y de acumulación. Como la explotación directa del trabajo puede ser potencialmente perseguida por el capital simultáneamente pero bajo distintas condiciones en casi todos los países, los antagonismos interimperialistas se presentan ahora dentro de los países concernidos. Es decir, interiorizados en sus propias instituciones y en sus contradicciones de clase, más que como meras confrontaciones políticas interestatales (Tsoukalas, 2002). Los cambios que el estadio imperialista-monopolista del capitalismo trae aparejados se debatirían entonces, a la vez en cada formación social nacional y en las relaciones internacionales que establece cada una de ellas.

5 Las cursivas son de Poulantzas.

acompañan igualmente de profundas fisuras en el sistema institucional o en los aparatos de Estado.

El teórico griego define a la crisis política como una situación particular de condensación de las contradicciones: "en pocas palabras, la crisis política consiste en una serie de rasgos particulares que resultan de esta condensación de contradicciones en el dominio político y que afectan tanto a las relaciones entre clases en su lucha política como a los aparatos del Estado" (Poulantzas, 1977: 39). Sin embargo, aunque recubra una situación coyuntural específica, la crisis política no se reduce para Poulantzas a un momento determinado o a un estallido instantáneo. Se trata, por el contrario, de un proceso efectivo con ritmo propio (tiempos fuertes y débiles) que puede durar mucho tiempo. La crisis política consistiría, entonces, en una serie de modificaciones sustanciales en las relaciones de fuerza entre las clases que se expresarían al interior del Estado de manera específica y a través de mediaciones; esto es, no de forma directa o inmediata. Sin duda, no cualquier crisis política puede derivar en la instauración de un régimen de excepción. Esto dependerá, para Poulantzas, del balance de fuerzas de clase en la coyuntura particular de la formación social en cuestión, como probarían los regímenes fascistas de principios del siglo XX.

En el caso del proceso de fascistización en Alemania y en Italia, Poulantzas advierte que la exacerbación de las contradicciones entre las clases y fracciones dominantes del bloque en el poder repercutieron en una crisis de representación política y en una crisis ideológica que llevaron a que ninguna clase o fracción dominante fuera capaz de imponer su dirección hegemónica sobre las otras clases. En palabras del autor, "es la incapacidad de una clase o fracción para imponer su hegemonía, en una palabra, finalmente la incapacidad de la alianza en el poder de sobrepasar por sí misma sus propias contradicciones exacerbadas, lo que caracteriza la coyuntura de los fascismos" (Poulantzas, 1973a: 72). No fueron simplemente contradicciones económicas entre los distintos intereses de cada clase y fracción las que dieron lugar a esta crisis del bloque en el poder sino fundamentalmente el hecho de que ninguna lograra establecer una alianza al nivel de la dominación política que pudiera, de un lado, garantizar la dirección hegemónica del bloque por una de ellas y, de otro lado, ejercer hegemonía sobre el conjunto de la formación social. Esta *crisis de hegemonía*, como Poulantzas le llama (1973a), se manifestó en la ruptura del vínculo representantes-representados de los partidos políticos tradicionales que dejaron un vacío en la escena política que el fascismo vino a colmar. De ese modo, según el teórico

griego, la modificación en las relaciones de fuerza en el seno del bloque en el poder que obstaculizaba el establecimiento de una dirección hegemónica fue saldada, a través de la vía indirecta del fascismo, por la imposición de la hegemonía del gran capital monopolista en aquel bloque. Así, el partido fascista actuó como un factor de neutralización de las contradicciones entre aquellas clases y fracciones al perseguir, mediante un proceso de regulación, el dominio del gran capital: "si bien el gran capital estaba ya en vías de establecer progresivamente su *dominación económica*, se hallaba lejos de lograr el establecimiento de su *hegemonía política*", algo que solo fue posible por medio del partido, del Estado y de la ideología fascista (Poulantzas, 1973a: 108).[6] En cuanto a las clases dominadas, el teórico marxista observa que el proceso de fascistización está caracterizado por una serie de derrotas de la clase obrera relacionadas con una crisis ideológica de la misma y una crisis de las organizaciones revolucionarias en la época, que tuvieron por efecto una separación marcada entre los partidos comunistas alemán e italiano y las masas populares. A su vez, la profunda división al interior de estos partidos llevó a un repliegue de la ideología de la clase obrera (que Poulantzas caracteriza como ideología marxista-leninista), cuyo vacío fue colmado por las ideologías burguesa y pequeñoburguesa adaptadas a las condiciones de vida obreras (1973a).

El proceso de fascistización pondría así en evidencia que a veces la crisis política constituye la (única) vía para restaurar una hegemonía de clase inestable, "la vía […] de una transformación-adaptación, por medios específicos y 'en caliente', del Estado capitalista a las nuevas realidades de la lucha de clases" (Poulantzas, 1977: 38). Las transformaciones del capitalismo a nivel global, que ponían en una situación de dominio económico al capital monopolista, precisaban un correlato en el nivel político que, a la par, estaba fuertemente tensionado por la intensificación de contradicciones de clase en el bloque en el poder. Si ninguna clase o fracción era capaz de imponer su hegemonía, la crisis política que dio lugar al fascismo en Italia y al nazismo en Alemania durante los años '20 y '30 apareció como un medio para erigir al capital monopolista como hegemónico. Ahora bien, más allá del caso puntual del proceso de fascistización, Poulantzas advierte que aquélla es una característica general de las crisis políticas que tienen, por lo tanto, un papel orgánico en la reproducción de la dominación de clase. Casi como en la paradoja de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, "cambiar todo para que nada cambie", las crisis políticas se presentan aquí como la oportunidad para reconfigurar las relaciones de fuerza entre las clases en favor de la continuidad

6 *Ídem*.

de aquella dominación, a menos que la salida del conflicto desemboque en un proceso de transición al socialismo, observa el autor (Poulantzas, 1977). A su vez, como señala Poulantzas, estas crisis no deberían ser entendidas como momentos disfuncionales aunque supongan quiebres o cambios en las instituciones del Estado, sino como elementos inherentes a la reproducción misma del sistema político institucionalizado.[7]

Para volver al problema de los regímenes de excepción, una de las diferencias centrales que Poulantzas encuentra entre éstos y los regímenes democrático-parlamentarios está relacionada con el manejo de las crisis en lo que respecta a las contradicciones propias del bloque en el poder. Los Estados democráticos

7 De la misma manera, en contra de una tradición economicista, el teórico griego asegura que las crisis económicas no son momentos de desarticulación del sistema económico capitalista, que el Estado como una instancia racionalizante tendría por objetivo evitar. Contrariamente, en el capitalismo las crisis económicas serían momentos orgánicos de la reproducción del capital social, es decir, que posibilitarían su reproducción ampliada y su perpetuación. Sin caer en el fatalismo (economicista) de los que ven inminente el fin del capitalismo, ni de quienes se niegan a ver un horizonte posible más allá de ese sistema, Poulantzas admite que las crisis económicas pueden tener una traducción en el nivel político (en crisis políticas), dando lugar a situaciones revolucionarias que posibiliten un derrumbamiento del capitalismo, pero que generalmente funcionan como mecanismos para imponer contratendencias a la baja tendencial de la tasa de beneficio, fruto de la lucha de clases (1976a). No es entonces una crisis económica cualquiera la que podrá destruir automáticamente al capitalismo, a menos que se traduzca en una serie de crisis políticas que tengan como desenlace su derrumbe. Esto porque las crisis económicas son necesarias para la supervivencia y la reproducción del capitalismo, así como las crisis políticas lo son respecto del Estado capitalista. En otras palabras, porque "*los elementos genéricos de la crisis* (debidos a la lucha de clases) están constantemente en acción en la reproducción del capitalismo" (Poulantzas, 1977: 35, las cursivas son del autor). Ahora bien, esa traducción de las crisis económicas en crisis políticas (y viceversa) se daría en el marco de la separación relativa del espacio de lo económico y de lo político; en función de lo cual, no necesariamente se produce aquella traducción y, en el caso de que esto suceda, no se da automáticamente. Como el Estado no sería un simple reflejo de la economía sino un campo específico con una estructura organizativa propia, las crisis producidas en el espacio económico no siempre repercuten en aquél. Si logran hacerlo es a partir de las relaciones entre las luchas económicas y las luchas políticas que se manifiestan en los aparatos del Estado por medio de contradicciones entre distintas clases y fracciones. No obstante, esto no significa que haya una "concordancia cronológica, es decir, una contemporaneidad de las dos crisis y de sus procesos propios: a causa de la especificidad del campo político a menudo se verifican desfaces entre las dos crisis y sus ritmos respectivos" (Poulantzas, 1977: 41). Si, como plantea en PPCS, cada nivel de las formaciones sociales reviste una temporalidad propia con ritmos diferenciados, entonces no siempre una crisis económica va a traducirse en una crisis política (o viceversa). En caso de que eso suceda, puede producirse a su vez una *crisis estructural* que afecte al conjunto de las relaciones sociales en una formación determinada y que se manifieste en una coyuntura en el sentido de una condensación de contradicciones (Poulantzas, 1977).

contarían con ciertos mecanismos (como el sufragio universal, la pluralidad de partidos políticos, la libertad de expresión y la división jurídica de los poderes, entre otros) que permitirían modificaciones en las relaciones de fuerza en el seno del bloque en el poder sin alterar sustancialmente los aparatos del Estado. Este sería justamente el papel de la Constitución. Así, el Estado democrático evitaría el surgimiento de crisis políticas gracias a "un esqueleto organizativo que permite el funcionamiento y la circulación orgánica de la hegemonía entre las fracciones del bloque en el poder, indirectamente por medio de sus representantes políticos -e incluso hasta cierta ventilación regulada del poder en el seno de las clases y de las fracciones dominantes-" (Poulantzas, 1976b: 102). Sin embargo, la circulación orgánica de hegemonía en los regímenes democráticos no se reduciría a una lógica estructural ya que no son solamente aquellos mecanismos institucionales los que la habilitan sino la configuración misma de la lucha de clases en las democracias. Estas luchas "abiertas" y reguladas a través del sistema jurídico permitirían polarizar más fácilmente los intereses de las clases y fracciones a través de concesiones materiales y derechos que favorecerían la estabilidad política de la formación social. Contrariamente, los Estados de excepción carecerían de aquellos medios institucionales para administrar las crisis políticas y crisis de hegemonía a fin de prevenir procesos radicales de transformación; algo que pondrían en evidencia para Poulantzas las dictaduras militares europeas que analiza en CD. En contra de una idea muy difundida en la época, de "debilidad" de la democracia en relación con la "potencia" de los totalitarismos, el teórico griego asegura que las crisis políticas que marcan a los Estados de excepción son más peligrosas para estos Estados que para los regímenes democrático-parlamentarios (Poulantzas, 1976b).

En un contexto de intensificación de las luchas entre fracciones de la burguesía en Portugal, Grecia y España debidas a la internacionalización del capital y a las contradicciones entre Europa y Estados Unidos, estas dictaduras encontraron la dificultad de resolver la inestabilidad hegemónica de sus respectivos bloques en el poder al carecer de aquellos mecanismos de circulación regulada de la hegemonía. El proceso de industrialización dependiente que atravesaban estos países oponía cada vez más al régimen y a las fracciones de la burguesía que buscaban asegurar su dominio económico. Más allá de las características concretas de esas formaciones sociales y de sus diferencias, el teórico griego encuentra ciertos rasgos comunes entre ellas vinculados con su carácter periférico al interior de Europa y con su dependencia económica del capital extranjero. En los tres casos observa que, al mismo tiempo que el régimen privilegiaba la

fracción *compradora* de la burguesía (completamente subordinada al capital norteamericano), aquel proceso de industrialización imponía a la fracción de la burguesía *interna* (ni del todo subordinada, ni totalmente independiente del capital extranjero) como dominante (Poulantzas, 1976b).[8] Por consiguiente, esta última mantuvo una posición opuesta al régimen: persiguió el apoyo del capital de las potencias europeas y respaldó algunas demandas de la clase obrera. En lugar de una circulación orgánica de la hegemonía entre las clases y fracciones dominantes (como sucedería en los regímenes democráticos) hubo conflictos entre clanes verticales, feudos y camarillas que tuvieron por efecto políticas incoherentes y cambios de dirección abruptos y arbitrarios (Jessop, 1985). Así, de acuerdo con Poulantzas, los regímenes dictatoriales no permiten "la circulación orgánica de sus diversas fracciones en el seno del aparato del Estado, ni tampoco el establecimiento, sin sacudidas graves, del equilibrio de compromisos" elemental para la dominación política de la burguesía (Poulantzas, 1976b: 33). No habría una solución negociada y permanente a sus contradicciones internas por medio de la representación orgánica de las diferentes fracciones. Y esta debilidad institucional habría vuelto a aquellas dictaduras más vulnerables a su derrocamiento (Poulantzas, 1976b).

Sin embargo, Poulantzas considera que las masas populares tuvieron también una influencia decisiva (aunque indirecta) en la caída de esos regímenes. La misma industrialización dependiente, con su bajo nivel tecnológico y de productividad, con la expatriación de las ganancias al extranjero y con la destrucción de formas de producción precapitalistas (Poulantzas, 1976b), intensificó de la misma manera las luchas populares que tuvieron efectos *a distancia* en el Estado. Las luchas por la liberación nacional en las colonias portuguesas, la resistencia a la proletarización rural y el aumento de demandas sociales por la salud, la educación y la liberación de la mujer, por nombrar algunas, contribuyeron a exacerbar aquellas contradicciones de los regímenes dictatoriales europeos. Esto se explica para el teórico griego porque las divisiones entre las clases dominantes impidieron que las dictaduras implementaran una estrategia global respecto de las masas

8 En la tradición marxista, burguesía compradora es aquella fracción de la clase burguesa que no tiene una base propia de acumulación de capital sino que actúa, en cierto modo, como "intermediaria" del capital extranjero. Es decir, que está enteramente adscrita a este último en términos tanto económicos como políticos e ideológicos. Poulantzas diferencia la burguesía compradora de aquella fracción de la burguesía que se encuentra también imbricada, por múltiples lazos de dependencia, con el capital dominante extranjero pero que, a diferencia de la primera, posee un asiento económico y una base de acumulación propios, a la vez en el interior de la formación social y en el exterior. A esta fracción de la burguesía, el teórico griego le llama burguesía interna (Poulantzas, 1976a).

populares, dando lugar a que cada fracción dominante tuviera una estrategia política diferente frente a ellas.

El colapso de las dictaduras en Portugal, Grecia y España sorprendió a la izquierda europea porque no fue una movilización frontal masiva de las masas lo que precipitó esa caída sino más bien el agudizamiento de aquellas contradicciones internas entre las clases y fracciones dominantes, en el que las clases populares tuvieron un lugar marginal. ¿Cómo defender entonces la idea de que éstas pueden cambiar el curso de la historia cuando incluso en la teoría poulantziana parece que las crisis políticas se explican en buena medida por las contradicciones en el bloque en el poder? Es en este punto donde Poulantzas elabora un enfoque relacional del Estado para dilucidar de qué manera estas masas populares inciden efectivamente en las contradicciones internas del Estado y pueden desatar crisis políticas aun cuando no ocupan posiciones de poder real en sus aparatos. Aquellas dictaduras militares estaban particularmente alejadas de las masas: a diferencia de los regímenes fascistas que estudia en FD, no tendrían una base popular sólida.[9] "¿Cómo se hace sentir [por lo tanto] el peso de las masas populares *en el seno mismo* de los aparatos del Estado de los cuales están aparentemente "ausentes" (ya sea que estén excluidas, ya sea que se mantengan al margen)?" (Poulantzas, 1976b: 90).[10] Si éstas pueden tener efectos en el Estado es porque sus luchas están integradas de algún modo en él o porque los aparatos estatales materializan sus relaciones con las clases dominantes. En este sentido es que Poulantzas sostiene que el Estado es una relación "o más precisamente, la condensación de la relación de fuerzas entre las clases tal como se expresa, de manera específica, en el seno del Estado" (1976b: 91). Dicho de otro modo, el Estado constituye la condensación material de las relaciones entre las clases y las fracciones dominantes, y entre estas y las clases dominadas. En el Estado no se encuentran sólo las clases dominantes sino igualmente la relación entre clases dominantes y clases dominadas. El término *condensación* indica justamente esto: el hecho de que los dos aspectos de la contradicción (tanto las clases dominantes como las clases dominadas) están

9 No me ocupo aquí de las diferencias que Poulantzas establece entre las distintas formas de Estado de excepción que explicarían las estrategias diferentes de las clases populares en los mismos, así como su derrocamiento. La principal diferencia que el teórico griego encuentra es justamente el lugar que ocupan en ellas las masas populares y la clase obrera. Así, las dictaduras militares "se distinguen, en efecto, de los *regímenes fascistas* clásicos (del tipo nazismo alemán o fascismo italiano) por su incapacidad para convertirse en verdaderos *movimientos estructurados de masas*. Permanecieron aislados de las masas populares pero, sobre todo, de la clase obrera y nunca consiguieron implantarse seriamente" (Poulantzas, 1976b: 62, las cursivas son del autor).

10 Las cursivas son de Poulantzas.

presentes en el Estado, que está atravesado y conformado por la lucha de clases (Poulantzas, 1980). Por lo tanto, las clases dominadas no están por afuera del Estado, como si hubiera una relación de exterioridad entre Estado y lucha de clases. Están dentro de su campo estratégico puesto que sus contradicciones con las clases dominantes se manifiestan en los aparatos e instituciones del Estado como contradicciones internas que expresan siempre, en última instancia, las tácticas y modalidades diferenciales respecto de la dominación de las masas populares (Poulantzas, 1976b).

Con respecto a lo anterior, aparece una cuestión de suma importancia para entender la tesis poulantziana del Estado como relación social: si aquella lucha a distancia del Estado no es en rigor exterior al mismo, puesto que tiene efectos en las contradicciones que lo constituyen, entonces ¿qué cae exactamente dentro del Estado y qué queda por fuera de él? ¿Existe verdaderamente un afuera del Estado para Poulantzas? En primer lugar, el teórico griego explica que esta comprensión de las relaciones entre Estado y lucha de clases implica abandonar una cierta idea topológica del adentro y del afuera. Las luchas de las masas populares tienen efectos en los aparatos del Estado en la medida en que se interiorizan, mediadas por los procesos de selectividad estructural y por la representación política. Creer que aquéllas están afuera del Estado simplemente porque los individuos que forman parte de ellas no tienen ningún cargo en alguna rama o aparato estatal, sería caer nuevamente en la problemática del sujeto que Poulantzas critica. A raíz de lo cual, advierte que "el agudizamiento de estas contradicciones internas nunca es más intenso que cuando las masas populares mantienen una *lucha a distancia* de los aparatos del Estado tratando de *atraer hacia ellas* los elementos vacilantes de esos aparatos" (Poulantzas, 1976b: 96).[11] Si aquellas luchas tienen efectos en el Estado es porque están ya inscritas en su entramado institucional: como campo estratégico, el Estado condensa tanto las relaciones de fuerza de las clases dominantes como la de las clases dominadas. Sin embargo, no es un simple reflejo de ese balance de fuerzas; más bien, lo constituye y materializa en sus mismos aparatos. Aunque las luchas populares desborden al Estado, Poulantzas sostiene que en la medida en que son luchas propiamente políticas no son realmente exteriores a él: "incluso las luchas (y no solo las de clase) que desbordan al Estado no están, por ello, 'fuera del poder' sino inscritas siempre en sus aparatos de poder que materializan esas luchas y que condensan una relación de fuerzas" (2005: 175). Lo que no significa, empero, que las clases populares

11 *Ídem*.

puedan tener un poder propio en el seno del Estado capitalista sin antes haberlo transformado radicalmente, por su armazón material y por la unidad del poder de las clases dominantes en el Estado, que desplazan el centro del poder real de un aparato a otro cuando la relación de fuerzas en el seno de uno de ellos parece inclinarse a favor de las clases populares.

En segundo lugar, es la propia comprensión poulantziana del poder la que permite situar las luchas políticas -sean o no de clase, como desliza en EPS- en la órbita del Estado incluso aunque no estén directamente encerradas en sus límites institucionales. En PPCS Poulantzas define al poder en términos de capacidades de clase: inscrito en un sistema de relaciones entre clases sociales, el poder sería la capacidad de cada una de ellas para realizar sus intereses (objetivos) específicos; capacidad que se ejerce siempre en relación con las demás clases en lucha (1970). En lugar de una suma cero, en la que todo el poder que no tiene una clase lo tiene otra, el teórico griego piensa al poder inscrito en un sistema de relaciones entre clases. Estos poderes de clase tienen su expresión para el autor en el Estado, "un *lugar* y un *centro* de ejercicio del poder pero sin poder propio" (Poulantzas, 2005: 178).[12] Al no ser un sujeto, el Estado no puede ejercer por sí mismo un poder suyo; sin embargo, al no ser tampoco un instrumento de las clases dominantes, la realización de los poderes que condensa depende de la interacción de fuerzas sociales específicas localizadas dentro y a distancia del mismo en coyunturas particulares (Jessop, 1991). Mientras que en PPCS Poulantzas reduce esa interacción de fuerzas sociales a fuerzas de clase, en EPS intenta ampliar ese espectro de fuerzas al sostener que la divisón de clases no es el terreno exhaustivo de constitución del poder. Paradójicamente, empero, enfatiza que todo poder tiene una significación de clase que el propio Estado le daría. Las relaciones de poder, como cualquier relación social, requieren de aparatos e instituciones que las materialicen y reproduzcan. El Estado, como campo de ejercicio del poder, sería el encargado de otorgarles este soporte. Ahora bien, al tratarse de un Estado de clase cuya función principal es sostener el sistema de dominación de las clases dominantes, le daría a cualquier poder (ya sea heterogéneo al poder de las clases, como las relaciones hombre-mujer) una significación política de clase para convertirlo en eslabón y en apoyo de los poderes (económicos, políticos e ideológicos) de aquéllas. De este modo, la matriz estructurante del modo de producción capitalista -precisamente, la dominación de clase- se insinuaría para Poulantzas en todas las relaciones sociales, correspondiendo al Estado aquella

12 *Ídem*.

tarea de investir los diferentes lugares de poder de un rol de clase (Jessop, 2004). Cada vez más el Estado integra dominios de la vida social antes marginales (como la cualificación de la fuerza de trabajo, el transporte, el medioambiente, etc.) que ahora pasan a formar parte del espacio de reproducción y de acumulación del capital, observa el teórico griego. Esta intervención del Estado tendría como efecto "una politización considerable de las luchas de las masas populares en dichos campos. En adelante, esas masas se ven confrontadas directamente por el Estado" (Poulantzas, 2005: 260). Así, las luchas heterogéneas de las masas populares en diferentes ámbitos socio-económicos estarían incluidas en las redes estratégicas del Estado, por lo que no serían exteriores al mismo. De nuevo, no se sigue de esto para Poulantzas que aquellas luchas queden forzosamente integradas en el poder de las clases dominantes, convirtiéndose en otro mecanismo de dominación. Por el contrario, al estar ya inscritas en el campo estratégico del Estado, las luchas de las masas populares conforman los límites internos de este campo (Poulantzas, 2005).

Más que en una exterioridad radical, el Estado encontraría entonces esos límites definidos en su propia materialidad por la lucha de las masas populares; lucha que se interiorizaría en el Estado a través de las instituciones de la democracia representativa. Este último punto es fundamental para el teórico griego, pues permite comprender la necesidad imperiosa de mantener formas de democracia representativa en una transición al socialismo. En PPCS, Poulantzas establecía que lo característico del Estado moderno es el doble movimiento mediante el cual este individualiza el cuerpo social y crea individuos-sujetos jurídicos separados de sus relaciones de clase, a la vez que los reúne en la unidad formal del pueblo-nación, cuya voluntad representaría. Se trataría de dos caras de la misma moneda: por un lado, un efecto de aislamiento y, por otro lado, un efecto de representación y de unificación que constituiría la esfera de lo individual-privado como algo relativamente separado y distinto de la esfera pública-estatal (Poulantzas, 1970). Ahora bien, en EPS enfatiza que este doble efecto no se reduce al dominio jurídico-político, sino que se traduce en técnicas de poder concretas que el Estado ejerce sobre aquellos sujetos, para moldear inclusive su misma corporeidad.[13] Lo

13 Retomando algunas tesis de Michel Foucault en *Vigilar y Castigar*, Poulantzas señala que el cuerpo, entendido como institución política más que como naturalidad biológica, es el sitio privilegiado de una serie de técnicas de poder que van más allá del simple binomio represión-ideología. El Estado, a través de todos sus aparatos y redes de poder (no solamente en las instituciones que actualizan por excelencia la coerción, como el ejército o la prisión), impone así un "*orden corporal* que instituye y administra, a la vez, los cuerpos, conformándolos, moldeándolos y aprisionándolos en instituciones

individual-privado sería, de este modo, el canal de ejercicio del poder del Estado moderno, más que un límite para ese ejercicio. Si lo individual-privado es una creación del Estado, concomitante con su separación relativa de la sociedad, no existirían límites de principio y de derecho a la injerencia del Estado en esto. Dicho límite estaría dado, justamente, por las luchas populares y las relaciones de fuerza entre las clases. En palabras de Poulantzas,

> (…) si lo individual-privado no tiene una esencia intrínseca, que plantee como tal, barreras exteriores absolutas al poder del Estado, sin embargo limita ese poder como una de las figuras privilegiadas, en las sociedades modernas, de la relación de clase *en* el Estado. Este límite lo conocemos: se llama democracia representativa, que por muy mutilada que sea por las clases dominantes y por la materialidad del Estado, no deja de ser una inscripción, en el seno de esa materialidad, de las luchas y las resistencias populares. Probablemente no tiene significación absoluta, en el sentido de que nace en el terreno capitalista, pero constituye también una barrera al poder que conservará su importancia, sin duda, mientras duren las clases y el Estado (2005: 83).[14]

En el seno de un Estado de clase que permanentemente intenta desorganizar a las masas populares y que las aleja de los centros reales de poder, parece ser que solo a través de la representación política pueden tener efectos sus luchas e imponer límites a las técnicas de poder que aquel ejerce sobre los cuerpos. De hecho, el autor advierte que la propia manera en la que se modela a estos últimos, o en que se labra el espacio de lo individual-privado, está directamente vinculada con los retrocesos y los avances de las luchas y resistencias de las clases populares, cuando toman aquella forma política.

En aquella injerencia del Estado en lo individual-privado solamente limitada por la lucha de clases Poulantzas encuentra las raíces del totalitarismo moderno. El surgimiento del fascismo, como de cualquier Estado de excepción, no se reduciría a un fenómeno ligado a una coyuntura precisa de la lucha de clases.

---

y aparatos" (Poulantzas, 2005: 28, las cursivas son del autor). La eficacia del Estado para garantizar el consentimiento de los ciudadanos no estaría dada, por lo tanto, principalmente por su capacidad para reprimir, prohibir, excluir e inhibir (ni, a la inversa, por su capacidad para engañar, ocultar, mentir o hacer creer) sino por la instauración mediante la ley, del monopolio de la violencia física y de todas sus instituciones, de aquel ordenamiento de los cuerpos.

14 Las cursivas son de Poulantzas.

Si tales coyunturas pueden dar lugar al surgimiento de estas formas de Estado es porque en la propia armazón material del Estado moderno, y en el seno de la división del trabajo y las relaciones de producción, existen ya ciertos gérmenes del totalitarismo (Poulantzas, 2005). No obstante, como pretenden demostrar sus análisis de FD y CD, la emergencia efectiva de las formas totalitarias de Estado sólo pueden explicarse examinando la lucha de clases en todos sus niveles que se desarrolla en esas formaciones sociales, y no como expansión de esos gérmenes. De lo contrario, se estaría ubicando en un continuo a los regímenes democráticos y a los regímenes de excepción en la medida en que todos conllevarían rasgos totalitarios. Poulantzas, en cambio, entiende que existen diferencias decisivas entre estas formas del Estado capitalista, vinculadas con sus estructuras y con las relaciones de fuerza entre las clases a las que corresponden, que impiden pensar una evolución interna y progresiva de una forma de Estado a otra. En ese sentido, asegura que

> (…) así como una forma de Estado de excepción (fascismo, dictadura, o bonapartismo) no puede surgir de un Estado democrático-parlamentario por una vía continua y lineal y por etapas sucesivas, y en cierto modo, imperceptibles, tampoco puede surgir un Estado democrático-parlamentario de una forma de Estado de excepción (Poulantzas, 1976b: 101).

Esto se vuelve mucho más significativo para Poulantzas en el contexto de la emergencia de una nueva forma de Estado a la que llama *estatismo autoritario*, que se encaminaría, por un lado, al acaparamiento del conjunto de las esferas de la vida social y, por otro lado, a una decadencia de las instituciones democráticas y a una restricción de las libertades "formales". Sin embargo, no sería un nuevo Estado de excepción ni la forma transitoria hacia tal Estado sino que se trataría de la forma que adquieren los regímenes democráticos en la fase monopolista del capitalismo, de acuerdo con la coyuntura propia de cada formación nacional (Poulantzas, 2005). Como descubre a propósito de las dictaduras europeas, para el teórico griego la incorporación de las luchas populares en el Estado constituye un elemento genérico de crisis política que tiende a desafiar las estrategias de hegemonía de las clases dominantes. Por eso, uno de los rasgos característicos del estatismo autoritario sería la inestabilidad hegemónica permanente del bloque en el poder, fundamentalmente por dos razones: en primer lugar, debido a una crisis

económica profunda -pues la década de 1970 estuvo signada por el encarecimiento del precio del petróleo y el aumento de la inflación y el desempleo-, se harían cada vez más evidentes para Poulantzas los vínculos entre el Estado y los intereses del capital, generando un déficit considerable de legitimidad ante las clases populares. Las medidas económicas del Estado en favor de ciertas fracciones del capital,[15] representadas por las diversas fracciones de la burguesía, empezarían a entrar en conflicto con las demandas de las masas populares y mostrarían que incluso las "políticas sociales" del Estado servirían frecuentemente a aquellos intereses.

En segundo lugar, al estar mantenidas lejos de los centros de decisión política y los aparatos del Estado, las masas populares se inclinarían al ejercicio de formas de democracia de base, por su desconfianza de las instituciones representativas. Si bien estarían directamente confrontadas por el Estado debido a su injerencia cada vez mayor en todos los dominios sociales, las masas se plegarían a formas de autogestión para contrarrestar la distancia entre la democracia política y la democracia social. Poulantzas explica que el desarrollo del capitalismo, junto con las transformaciones en las instituciones democráticas, lejos de reducir las desigualdades no habría hecho sino reproducirlas e intensificarlas. Las representaciones jurídico-políticas de la igualdad y la libertad no coincidirían ya con las condiciones de vida reales de un gran conjunto de la población, y esto haría cada vez más aleatoria su participación en las instituciones de la democracia política (Poulantzas, 2005). Esta crisis de legitimación llevaría al Estado a pretender imponer nuevas medidas de participación (por eso su autoritarismo) y a implantar nuevas técnicas de poder tendentes a modelar de otra manera la materialidad del cuerpo social sobre la que se ejerce este poder. Para Poulantzas, otro tipo de cuerpo social estaría surgiendo con el estatismo autoritario, que sería radicalmente diferente de aquel de los individuos-ciudadanos libres e iguales ante la ley, fundamento de la democracia tradicional.

2. De la teoría a la historia: Estado, clases sociales y hegemonía

El enfoque relacional que Poulantzas incorpora en su teoría del Estado se fundamenta así en condiciones históricas concretas: el colapso de las dictaduras europeas entre 1974 y 1975, la aguda crisis económica que había estallado a principios de esta década y la exacerbación de las luchas que signaba el clima político del momento. Asimismo, otros acontecimientos marcaron estas reflexiones teórico-políticas, como la dictadura de Pinochet en Chile que había puesto fin a la

15 Acerca de las funciones económicas del Estado y de sus transformaciones en la fase monopolista del capitalismo, ver: Poulantzas, 1976a; 1977; 2005.

experiencia de la Unidad Popular de Allende en 1973 o la reconfiguración global de las relaciones capitalistas luego de la larga década de luchas de los años '60, que tuvo al mayo francés como símbolo. Es a la luz de estos sucesos históricos que se comprende el énfasis de Poulantzas en las contradicciones internas del Estado. El carácter ahistórico y teoricista de PPCS es revisado en sus escritos posteriores donde se manifiesta explícitamente el aspecto históricamente situado de sus reflexiones. Aunque el teórico griego pretende dilucidar el funcionamiento de todo Estado capitalista, en sus textos de los años '70 constantemente insiste en que los rasgos elementales de este tipo de Estado que había establecido en PPCS no pueden ser analizados más que en función de las condiciones específicas de la formación social que se estudia. Es decir, que no es posible pensar al Estado por fuera de la sociedad de la que forma parte y que una teoría del Estado necesariamente tiene que modificarse para dar cuenta de las transformaciones histórico-concretas de su objeto. Poulantzas descarta de esta manera la posibilidad de elaborar una teoría general del Estado y de lo político; tarea que en PPCS considera legítima por más que no la emprenda. ¿Cómo impacta a nivel conceptual entonces este cambio de enfoque? ¿Se modifican las nociones básicas de su teoría?

Al repasar algunas ideas de su libro de 1968, encontramos que los conceptos de hegemonía y de autonomía relativa tal como son desarrollados por Poulantzas conllevan una cierta perspectiva relacional. En efecto, el papel del Estado capitalista en la conformación de la burguesía como clase dominante requiere que éste establezca un cierto equilibrio (aunque inestable) entre los intereses de sus distintas fracciones bajo el liderazgo hegemónico de una de ellas. Casi como un partido político, el Estado sería el encargado de reformular los intereses de esas clases y fracciones de la burguesía de manera tal que garanticen la reproducción de su dominación en conjunto. Algo que sería posible solo si una clase o fracción polariza los intereses de las demás así como de otras clases sociales, en el nivel del pueblo-nación. No obstante, es preciso evitar la confusión de creer que el Estado sería una especie de sujeto-árbitro que intervendría en los conflictos entre las fracciones de la burguesía y los resolvería al imponer a una de ellas como hegemónica. Por el contrario, sería la propia lógica de la lucha de clases la que opera aquí: si una clase o una fracción es hegemónica, lo es en la medida en que logra conquistar esa posición al tomar en cuenta los intereses y las tácticas de las otras clases y polarizarlos hacia los suyos propios. La relación entre Estado, fracción hegemónica y el conjunto de la burguesía es justamente lo que Poulantzas designa con la autonomía relativa del Estado. Para el teórico

griego el Estado es relativamente autónomo de los distintos tipos de capital que coexisten en el bloque en el poder porque no refleja directa o inmediatamente el interés de uno de ellos. Más bien, condensa las relaciones contradictorias entre todos esos capitales. Solamente que para hacerlo necesita que una clase o fracción determinada articule y organice estos intereses contradictorios, por ejemplo, entre los que persiguen una acumulación nacional de capital y los que se vinculan con los capitales extranjeros. De esta manera, la fracción hegemónica es aquella que asume esta posición de liderazgo que le permite disponer los intereses del bloque en el poder como si encarnaran el interés general del pueblo-nación con el fin de garantizar la dominación política de toda la burguesía.

Sin embargo, es a partir de CSCA que Poulantzas define específicamente al Estado como la condensación de una relación de fuerzas. Esta nueva definición tiene consecuencias tanto al nivel de su estudio teórico como al nivel de su comprensión de la política. De hecho, la distancia entre estos dos niveles (teórico-abstracto e histórico-concreto) se ensancha progresivamente desde PPCS hasta EPS, donde la lucha de clases tiene primacía en la explicación de los procesos sociales. Es notable que mientras PPCS comienza con una revisión teórica de la epistemología althusseriana, todos sus textos posteriores empiezan advirtiendo el carácter urgente de esas investigaciones por la coyuntura en la que se sitúan. "Hoy menos que nunca -exclama en EPS- la teoría no puede complacerse en su torre de marfil" (Poulantzas, 2005: 1). Este desplazamiento sin duda enriquece sus observaciones a pesar de ir en desmedro de su sistematicidad teórica, como bien indica Laclau (1981).

Así, entre los efectos teóricos de la definición relacional del Estado se destacan en particular dos. Ante todo, esta idea de que los aparatos y las redes del Estado materializan la lucha de clases le permite a Poulantzas reforzar la relación intrínseca entre el Estado y las clases sociales. Más que un bloque monolítico y sin fisuras que luego es permeado por los conflictos de clase, el Estado estaría constituido esencialmente por estos conflictos. Sus instituciones, aparatos y organizaciones estarían conformados por constelaciones de conflictos de clase que tienen una expresión materializada (pero no inmediata ni directa) en ellos. No habría un conjunto de agentes capitalistas que controlarían el Estado desde afuera o que influenciarían su política, como si se tratase de dos entidades con poder propio. Antes bien, el Estado sería el lugar donde se condensan, materializan y manifiestan, en las formas que adopta y en las políticas que implementa, las relaciones contradictorias entre las clases. Esto implica que no existe un núcleo

fundamental del Estado que no esté atravesado ya por aquellas contradicciones. A diferencia de las posiciones más tradicionales dentro del marxismo con relación al Estado, como la del propio Althusser, Poulantzas sugiere que las instituciones, redes y aparatos estatales concentran las luchas de las clases y materializan ese balance de fuerzas. Esta materialidad del Estado no se reduciría empero a la correlación de fuerzas en una coyuntura particular sino que expresaría las luchas pasadas de las clases y su cristalización en aquellas instituciones. Como indica García Linera, "en el fondo, las instituciones nacen de luchas pasadas y, con el tiempo, olvidadas y petrificadas; en sí mismas son luchas objetivadas, pero además, sirven a estas luchas, expresan la correlación de fuerzas dominante de esas luchas pasadas que ahora, con el olvido, funcionan como estructuras de dominación sin aparecer como tales estructuras de dominación" (2015: 12). En este sentido, aunque el principio relacional es inherente al pensamiento marxista en general, el aporte novedoso de Poulantzas es la aplicación de este principio a las estructuras estatales que en su propia materialidad encarnan las luchas pasadas y presentes de las clases dominadas y de las clases dominantes. La simplificación del Estado en la que caen muchas corrientes marxistas al pensarlo exclusivamente como un instrumento al servicio de las clases dominantes olvida que el propio Estado es el soporte material también de las luchas populares.

Igualmente, se destaca la reelaboración del problema de la hegemonía desde posiciones más cercanas al postestructuralismo que al estructuralismo althusseriano. Con su acercamiento a las tesis epistemológicas de Althusser, Poulantzas había transformado el concepto de hegemonía tal y como aparecía anteriormente en el marxismo. De la misma manera, su alejamiento del proyecto filosófico althusseriano impactó también en su conceptualización de la hegemonía (Waiman, 2015). Entender al Estado como la condensación material de relaciones de fuerza entre clases tendría como efecto un desplazamiento de la cuestión de la hegemonía hacia otras problemáticas que permitirían discutir los límites y las posibilidades de la propia teoría poulantziana. Este desplazamiento se manifiesta, por ejemplo, en el problema de cómo llega una clase o una fracción a instaurar su hegemonía y qué mecanismos le permiten al Estado garantizar sus intereses económicos, unificar políticamente bajo su liderazgo a la burguesía y preservar a su vez la legitimidad de la dominación burguesa frente a las otras clases sociales. Problema que Poulantzas procura resolver con el concepto de *selectividad estructural* que toma de Claus Offe.

En un artículo publicado en 1974, Offe observa que el Estado capitalista funciona sobre un inmenso mecanismo de selección de decisiones y de las orientaciones posibles en un período dado. No se trata de que el Estado esté necesariamente dirigido por agentes estrechamente ligados con los grandes intereses capitalistas. Más bien, para Offe existe "una correspondencia innegable entre la base fundamental de existencia y de funcionamiento del Estado (la separación entre el poder y la gran masa de los administrados) y la base esencial de la producción (la separación entre los trabajadores y los medios de producción que se poseen como capital)" (Vincent, 1977: 116). Por eso las distintas instancias, redes y aparatos estatales retendrían preferentemente aquellas decisiones que favorecen directa o indirectamente la producción de capital o, si encuentran una fuerte resistencia de los trabajadores, aquellas que no se oponen tan abiertamente a la lógica de valorización del capital (Offe, 1974). La noción de selectividad estructural le permite profundizar a Poulantzas en la lógica hegemónica pues explica cómo es que el Estado privilegia estructuralmente a una fracción específica del capital en la competencia por la hegemonía burguesa y, por lo tanto, también la resistencia que el Estado ofrece a la persecución exitosa de estrategias promovidas por clases no privilegiadas estructuralmente como la clase obrera.

Como ya se dijo, más que una entidad monolítica gobernada por la voluntad racionalizante y unificadora de un grupo de agentes, el Estado es la condensación de relaciones contradictorias entre las clases sociales. Si incluso al interior de la alianza que mantiene el poder real en los aparatos del Estado (es decir, del bloque en el poder) existen contradicciones irreductibles, ¿cómo es posible que el Estado aparezca como unificado institucionalmente? ¿Qué hace que su política no se disuelva en un caos de medidas contradictorias cuando por su propia estructura él mismo está dividido? Según el teórico griego esas contradicciones entre clases y fracciones se encuentran materializadas en cada rama y aparato del Estado, que condensan los intereses de tal o cual fracción del bloque en el poder. De esta manera, a nivel micro el Estado reviste un carácter profundamente incoherente y caótico ya que no todos sus aparatos y ramas privilegian la misma fracción de la burguesía ni tienen la misma estrategia respecto de las clases dominadas. La unidad institucional del Estado aparece entonces a nivel macro por los procesos de selectividad estructural que se dan en sus aparatos en función de las medidas tomadas por los otros aparatos, redes e instituciones. En los términos de Poulantzas, de lo que se trata es

> (…) de un proceso contradictorio de decisiones y también de "no-decisiones" por parte de las ramas y de los aparatos de Estado; de una determinación inscrita en la armadura organizativa del Estado, de *prioridades* pero también de *contraprioridades*, cada rama y aparato cortocircuitando a menudo a los otros; de un conjunto de medidas puntuales, conflictivas y compensatorias ante los problemas del momento; de un proceso de *filtración escalonada* por cada rama y aparato de medidas tomadas por otros (1977: 56).[16]

Aunque en ningún momento deje en claro si este sistema de filtros y barreras tiene específicamente un carácter de clase, todo parece indicar que para el teórico griego la selectividad estructural trabaja transformando las demandas y los intereses de las distintas clases con el objeto de evitar exigencias que atenten contra la conservación de la dominación burguesa y de formular el interés político de la burguesía en conjunto. En este sentido, Poulantzas advierte que "todas las disposiciones adoptadas por el Estado capitalista, incluso las impuestas por las masas populares, se insertan finalmente a la larga, en una estrategia a favor del capital o compatible con su reproducción ampliada" (2005: 225). El Estado elaboraría políticamente entonces las medidas fundamentales a favor de la acumulación ampliada del capital teniendo en cuenta las relaciones de fuerzas con las clases dominadas para que éstas puedan, mediante ciertas concesiones (las conquistas populares), garantizar la reproducción de la hegemonía burguesa. Ahora bien, esto no significa que para Poulantzas esas conquistas populares sean un dispositivo de dominación más que victorias de las clases populares. En efecto, eso depende para el autor del balance de fuerzas en la coyuntura concreta de la que se trata y de la capacidad de aquellas clases para garantizarse lugares de poder en el Estado y dar lugar a una transformación radical de sus estructuras.

A pesar de que el Estado capitalista siempre reproduce a la larga la dominación burguesa, su naturaleza relacional evidente en los mecanismos de selectividad estructural pone de manifiesto una comprensión más coyuntural de la política, como cálculo estratégico sin un sujeto calculador. Según Jessop, si bien la unidad de la dominación política de clase se establece a través de la codificación estratégica de las relaciones de poder, puesto que ningún poder puede ser ejercido en este campo sin metas y objetivos específicos, no sería correcto suponer que alguno de los sujetos (individuales o colectivos) que participan del proceso deciden

16 Las cursivas son de Poulantzas.

racionalmente el desenlace de estos conflictos. Más bien, el liderazgo hegemónico que emerge de esas luchas micropolíticas sería un efecto del cálculo estratégico de las diferentes clases y fracciones en coyunturas concretas según cómo actúan las otras clases, y no de la voluntad racional y sistemática de cada una de ellas (Jessop, 1985). Poulantzas lo explica de este modo:

> (…) captar el Estado como condensación material de una relación de fuerzas, significa que hay que captarlo también como un *campo y un proceso estratégicos*, donde se entrelazan nudos y redes de poder, que se articulan y presentan, a la vez, contradicciones y desfases entre sí. De ello derivan tácticas cambiantes y contradictorias cuyo objetivo general o cristalización institucional toman cuerpo en los aparatos estatales. Este campo estratégico está atravesado por tácticas frecuentemente muy explícitas al nivel limitado de su inscripción en el Estado, tácticas que se entrecruzan, luchan entre sí, encuentran puntos de impacto en ciertos aparatos, son cortocircuitadas por otras y perfilan finalmente lo que se llama "la política" del Estado, línea de fuerza general que atraviesa los enfrentamientos en el seno del Estado. A tal nivel esta política puede ser, ciertamente, descifrable como cálculo estratégico, pero más como resultado de una coordinación conflictiva de micropolíticas y tácticas explícitas y divergentes que como formulación racional de un proyecto global y coherente (2005: 163-4).[17]

La política del Estado que privilegia a una fracción específica del bloque en el poder en la lucha por la hegemonía, no conlleva por lo tanto una decisión racional y medida sino que es efecto de lo que sucede en el mismo Estado, es decir, de aquellas luchas micropolíticas. Cada una de aquellas clases y fracciones elabora una estrategia determinada en función del accionar de las demás (que en PPCS Poulantzas define como *estrategia del adversario*) que lleva a cabo dentro de los límites señalados estructuralmente. El efecto que estas prácticas tengan en aquella "política estatal" dependerá de en qué medida pueden implementar sus tácticas.[18]

17 *Ídem*.

18 De acuerdo con Jessop, Poulantzas no termina de resolver el vínculo entre este conjunto de micropolíticas surgidas de las luchas entre distintas clases y fracciones en el Estado y la necesariedad de la dominación burguesa de clase a nivel macropolítico. Esto conllevaría una dificultad similar a la que analicé en el otro capítulo sobre la autonomía relativa del Estado, a saber: a la tensión entre la

Como sugiere Jessop, Poulantzas abodaría el problema de la hegemonía con un enfoque dual porque, por un lado, la trataría en tanto determinación estructural inscrita en una forma de Estado y, por otro, insinuaría que se trata también de una posición de clase de liderazgo ganado en y a través de la lucha política e ideológica (Jessop, 1985). Con respecto a lo primero, se trataría del privilegio estructural de una fracción determinada de la burguesía. Sería hegemónica aquella que mayor poder concentra en las diferentes ramas y aparatos del Estado y que consigue elaborar sus intereses de tal forma que alcanza un cierto equilibrio de compromisos con las otras fracciones de la burguesía. En cuanto a lo segundo, no sería sino otra cara de la misma moneda: la práctica política e ideológica de esa fracción que logra unificar al resto de las fracciones burguesas y que adquiere legitimidad frente a las demás clases de la sociedad. Esto permitiría comprender por qué para Poulantzas aunque cada forma de régimen privilegia estructuralmente una fracción determinada de capital en la competencia por la hegemonía burguesa, no asegura esta hegemonía. Algunas variaciones menores son posibles a largo plazo dentro de ese límite estructural, aunque existe mayor variación en el corto plazo (Jessop, 1985). El teórico griego asegura que en la fase imperialista del MPC el Estado moderno respalda la hegemonía del capital monopolista. Empero, las fracciones del capital bancario o industrial, interior o comprador, orientados hacia el capital monopolista norteamericano o europeo, pueden asegurar su hegemonía a largo plazo dentro de esa forma de Estado. Es el caso, por ejemplo, del capital interior en los procesos de democratización de las dictaduras en Europa. No obstante, eso sería imposible para el capital no monopolista y más aun para las clases populares. A corto plazo, en cambio,

necesidad y la contingencia o entre determinación e indeterminación causal. Para Jessop se trataría del mismo problema que encuentra Althusser en la explicación de Engels sobre la determinación en última instancia de lo económico. En una carta a Joseph Bloch, Engels afirma que la necesidad del movimiento económico acaba por imponerse sobre una serie infinita de azares (prácticamente irrastreables), efectos de las superestructuras, que actúan y reaccionan unos sobre otros (1974). Sin embargo, para el filósofo francés esta aseveración no solucionaría la cuestión porque no se terminaría de comprender cómo surge la determinación de lo económico a partir del conjunto de causalidades infinitas. Al presentar "la *necesidad* misma como algo totalmente *exterior* a estos azares (como un movimiento que logra abrirse paso *entre* una infinidad de azares)", no queda claro "si *esta necesidad es justamente la necesidad de estos azares, y si lo es, por qué*" (Althusser, 1975: 98, las cursivas son de Althusser). De modo similar, Poulantzas presentaría la dominación burguesa como un desenlace necesario (porque el Estado capitalista sólo podría reproducir a la larga esta dominación), desde la infinidad de micropolíticas que se establecen en las ramas y aparatos del Estado. Mas no lograría demostrar qué provoca que, a partir de esa serie de elementos de carácter contingente, surja necesariamente aquella dominación.

habría más posibilidades de variación porque puede haber períodos de hegemonía inestable, disociaciones entre la hegemonía dentro del bloque en el poder y la hegemonía sobre el pueblo-nación, o crisis de hegemonía. Qué fracción se vuelve hegemónica dependerá, como asegura insistentemente el autor, de la lucha de clases política e ideológica (Poulantzas, 1973a; 1976ab).

Que la hegemonía sólo pueda tener variaciones considerables en el corto plazo lleva a pensar que Poulantzas hace hincapié efectivamente, aun en el marco de su enfoque relacional, en una idea estructural de hegemonía más que en su momento estratégico. Es decir, que el autor se concentra en las estructuras estatales que median la lucha por la hegemonía y no en las formas particulares que adopta esa lucha por el liderazgo hegemónico. Definir al Estado como una relación social no socava en la teoría poulantziana el carácter necesario de la dominación burguesa de clase en las sociedades capitalistas. Si bien la hegemonía emerge a través de los conflictos micropolíticos entre distintas clases y fracciones de clase que tienen un desenlace contingente, independientemente de cuál de ellas consiga asegurar su liderazgo hegemónico siempre el Estado capitalista va a reproducir la dominación de la burguesía. Los procesos de selectividad estructural no hacen más que asegurar de esta manera esa correlación de fuerzas favorable a la burguesía en tanto cristalizan el desenlace de la competencia por la hegemonía en las estructuras estatales. La hegemonía no puede reducirse para Poulantzas al nivel de los conflictos micropolíticos como si se tratara solo de conquistar posiciones políticas e ideológicas hasta alcanzarla, porque tiene un fundamento material preciso: la separación relativa de lo económico y lo político que reviste formas diferentes en cada estadio y fase del MPC, en función de los cambios que experimentan los dos espacios.[19] En el contexto europeo que el autor analiza, las modificaciones en las relaciones de producción y en la división del trabajo llevan a que esa separación se

---

19 En los escritos posteriores a PPCS, Poulantzas limita el uso de la expresión *autonomía relativa* a las relaciones entre el Estado capitalista y las clases y fracciones del bloque en el poder. Abandona, por lo tanto, su uso para referirse al vínculo entre las distintas instancias de un modo de producción (que, en adelante, va a llamar espacios o niveles). El cambio que supone el uso de la palabra *separación* en lugar de autonomía puede parecer sutil. Sin embargo, creo que refleja la preocupación creciente del teórico griego por pensar las relaciones intrínsecas entre los niveles de las formaciones sociales más allá de su especificidad propia. Por eso, paradójicamente, advierte que aquella separación relativa entre lo económico y lo político no es sino la forma que adopta la *presencia constitutiva* de lo político y de lo ideológico en las relaciones de producción. Como la misma reproducción del capital supondría la reproducción de las condiciones políticas e ideológicas bajo las cuales se da esa reproducción, las luchas políticas e ideológicas de clase estarían ya constitutivamente presentes en las relaciones de producción en el MPC.

manifieste en la intervención cada vez mayor del Estado en la economía al asumir nuevas funciones económicas. La integración en el proceso de producción de una serie de dominios antes marginales, como la cualificación de la fuerza de trabajo y la sanidad, tienen como efecto una reorganización de las operaciones del Estado alrededor de su papel económico. Poulantzas observa que en el Estado francés de fines de los años '70 todas sus medidas y sus acciones, incluso en lo que concierne a la normalización disciplinaria y a la estructuración del espacio y del tiempo, girarían en torno de la reproducción-acumulación de capital. Esto tendría efectos considerables en el conjunto de los aparatos del Estado y en la organización de la hegemonía. El ritmo propio de la acumulación capitalista le impediría al Estado evitar las consecuencias de esas funciones económicas y ajustarlas a su estrategia política de configuración de la hegemonía. La contradicción entre la adopción de las medidas necesarias para la reproducción del capital y las tácticas que implementa para reproducir la hegemonía burguesa es para Poulantzas una de las fuentes principales de las crisis que atraviesan en los '70 los Estados de las economías capitalistas avanzadas. "Tales disposiciones [esenciales para la reproducción del capital] agudizan precisamente las contradicciones en el seno mismo del bloque en el poder y entre éste y las clases dominadas, convirtiéndose en un factor considerable de crisis que, por esa razón, superan a las simples crisis económicas" (Poulantzas, 2005: 204).

De esta manera, se hace evidente que aunque el Estado no tenga una racionalidad propia que establezca la dominación de clase, ésta surge de la propia materialidad del Estado cuyo fundamento es la separación relativa entre lo económico y lo político. Poulantzas puede admitir la necesariedad de la hegemonía burguesa porque las propias estructuras del Estado capitalista blindarían el vínculo entre dominación política y explotación económica. Incluso aunque las clases dominadas llegaran a tomar posiciones de poder en el Estado, hasta tanto no transformen radicalmente sus estructuras no podrán quebrar la dominación burguesa. Ningún balance de fuerza, por más favorable que sea para éstas en uno o varios aparatos del Estado, puede romper con la hegemonía si no va acompañado de cambios profundos en el mismo Estado. De nuevo, el problema no sería quién controla al Estado u ocupa en él lugares de poder real sino la propia materialidad institucional del Estado capitalista que posibilita solamente la dominación burguesa. Si el concepto de hegemonía no puede usarse según el teórico griego para idear la estrategia de las clases populares es porque se limita a una forma de dominación política de la burguesía que depende de la permanencia

del sistema capitalista.[20] A la inversa, la persistencia de la acumulación capitalista a su vez estaría sujeta a la continuidad de esa dominación política. Si bien las clases populares no podrían consolidar una hegemonía popular en el Estado capitalista, sí podrían en cambio exacerbar las contradicciones entre las fracciones del bloque en el poder y polarizarlas para favorecer intereses populares, en una lucha al interior de los aparatos de Estado con el fin de vencer la resistencia estructural que éstos ofrecen a la persecución exitosa de las estrategias promovidas por clases y fracciones no privilegiadas estructuralmente. En ese sentido, creo que el concepto de hegemonía en lugar de ser “un concepto tranquilizador, que permite afirmar y dar coherencia al orden de la dominación capitalista más que poder cuestionarlo” (Waiman, 2015: 27), le sirve al teórico griego para fortalecer la idea de que solo un proceso efectivo de transición al socialismo puede quebrar esa dominación de clase y ofrecerle a las clases populares un Estado que favorezca realmente sus intereses.

Esto explicaría al mismo tiempo el hecho de que Poulantzas no se ocupe de las modalidades concretas de la lucha por el liderazgo hegemónico de la burguesía sino de las instituciones jurídico-políticas que median esta lucha por la hegemonía. Por más que no lo explicite, la ley parece tener un lugar determinante en la misma. En el Estado capitalista moderno, ésta constituye el discurso oficial que organiza la materialidad institucional del Estado por medio de un sistema de normas abstractas, generales, formales y axiomatizadas que tendrían la función de regular y organizar las relaciones de poder en la sociedad. De acuerdo con el teórico griego, el sistema jurídico permite a las clases cierta previsión, justamente al estar conformado por aquellas normas “universales” que regulan el acceso a los aparatos del Estado posibilitando la modificación de las relaciones de fuerza en el interior del bloque en el poder sin producir cambios radicales en el Estado

20 Como observa Panagiotis Sotiris en un sugerente artículo (2017), aunque Poulantzas pretende abordar las mismas cuestiones en torno a la hegemonía de clase que Gramsci, a diferencia de él, limita el uso de la noción de hegemonía a la relación entre las clases dominantes del bloque en el poder, es decir, a las prácticas políticas de estas clases en el capitalismo avanzado. Así, la hegemonía en Poulantzas indica cómo los intereses políticos de las clases dominantes se constituyen como representativos del interés general de la sociedad y cómo una clase o una fracción de clase se vuelve hegemónica en el bloque en el poder. Con esto, el teórico griego intentaría desprenderse de la referencia de Gramsci a la posibilidad de que una clase sea al mismo tiempo políticamente dominada e ideológicamente hegemónica. De acuerdo con Sotiris, para Poulantzas esta posibilidad respondería a una lectura incorrecta de la insistencia de Lenin en la organización ideológica del proletariado como un medio para combatir una ideología dominante que, incluso después de la conquista del poder por el proletariado, seguiría siendo burguesa (Sotiris, 2017).

(Poulantzas, 1973a). Esta previsión significa que el carácter sistemático del derecho, que comporta sus propias reglas de modificación, permite regular sus transformaciones dentro del mismo sistema para evitar que las crisis políticas se transformen en crisis efectivas del Estado (Poulantzas, 2005). Sin embargo, la ley (o el derecho) no se ocuparía solamente de organizar las relaciones entre las clases y fracciones dominantes, evitando que sus contradicciones alteren su dominación política; también aseguraría que las clases populares no accedan al poder "a la vez que les crea[ría] la ilusión de que tal acceso es posible" (Poulantzas, 1973a: 379). Es decir, la estructura legal admitiría formalmente, a través de sus reglas, que todos los sectores organizados legalmente alcancen el poder del Estado, pero efectivamente sólo beneficiaría a las clases dominantes. Por consiguiente, las clases dominadas estarían contempladas en el derecho capitalista de manera abstracta para ganar su consenso y evitar que sus luchas desestabilicen aquella circulación orgánica de hegemonía entre las clases dominantes. Para Poulantzas esta es la forma que toma la ley capitalista en un Estado que posee autonomía relativa respecto de las clases y fracciones del bloque en el poder o, dicho de otra manera, en un Estado en el que los agentes de la clase económicamente dominante (burguesía) no se confunden directamente con el personal del Estado.

Es discutible hasta qué punto es posible sostener en la actualidad una concepción de Estado semejante, que sin duda surgió en un momento de agudización de la conflictividad social a escala global. Las contradicciones entre diferentes clases y fracciones al interior del Estado ya no parecen tan evidentes, así como tampoco la capacidad de las clases populares de polarizar a su favor esas mismas contradicciones. Sin embargo, el mérito de Poulantzas a este respecto es haber resignificado el principio relacional propio del marxismo para dar cuenta del vínculo entre el nivel micropolítico de las luchas y su estabilización macropolítica en las estructuras del Estado. La incorporación del tema de la selectividad estructural es fundamental aquí porque le permite al autor explicar cómo se elabora la estrategia hegemónica y cómo el Estado logra aparecer como un Estado del conjunto del pueblo-nación más que como un Estado de clase. Por más que no defina al Estado específicamente como proceso social,[21] aquel principio

21 Como sí lo hace, por ejemplo, García Linera al revisar la noción poulantziana de Estado: "El Estado definitivamente es un proceso, un conglomerado de relaciones sociales que se institucionalizan, se regularizan y se estabilizan [...] pero con la siguiente particularidad: se trata de relaciones y de procesos sociales que institucionalizan vínculos de dominación político-económico-cultural-simbólica para la reproducción y naturalización de la dominación político-económico-cultural-simbólica" (2015: 12).

relacional parece poner de manifiesto el carácter procesual de la condensación de relaciones de fuerza en él. De ahí su idea de transición al socialismo como un proceso a largo plazo tendente a modificar la correlación de fuerzas dentro del Estado y sus propias estructuras.

Asimismo, otro de los méritos de la teoría de Poulantzas es su apuesta por reflexionar sobre los desafíos de una construcción política popular formulada como alternativa a las condiciones cada vez más desiguales del capitalismo. Como sugerí anteriormente, la adopción del enfoque relacional tuvo efectos en su comprensión de la política y de la estrategia revolucionaria. Ante todo, el rechazo del modelo leninista de revolución a partir de una situación de doble poder en la que el Estado (entendido como un bloque monolítico) es derrocado desde fuera por un contra-poder en una guerra de posiciones o de movimientos. De acuerdo con el autor, este modelo ya no sería aplicable en las condiciones del capitalismo avanzado. El problema no es solamente que ese modelo esté basado en una concepción instrumentalista del Estado. Para Poulantzas es implausible que en el capitalismo contemporáneo triunfe una estrategia de este tipo por distintos motivos. Entre éstos se destacan el rol activo del Estado en la gestión de las crisis con el objetivo de evitar que estas se conviertan en verdaderas crisis del Estado y el hecho de que las revueltas no se manifiestan (como en la crisis "salvaje" de los años treinta) bajo la forma de huelgas generalizadas ni bajo la forma de un proyecto político global alternativo sino de forma difusa en innumerables protestas (Poulantzas, 1980). Como el Estado es para Poulantzas una relación social, el modelo de transición al socialismo que propone es el de una lucha dentro del Estado para agudizar sus contradicciones y modificar la correlación de fuerzas que lo define, acompañada de una lucha a distancia del mismo pero no por ello externa que refleje la autonomía de las organizaciones de las masas populares. En sus propias palabras:

> (…) una vía democrática al socialismo consiste, esencialmente, en desarrollar, reforzar, coordinar y dirigir los centros de resistencias difusos de que las masas siempre disponen en el seno de las redes estatales, creando y desarrollando otros nuevos, de tal forma que estos centros se conviertan, en el terreno estratégico que es el Estado, en los centros efectivos del poder real (Poulantzas, 2005: 316).

Una simple modificación del balance de fuerzas que condensa el Estado no implica, sin embargo, como advierte Poulantzas, la transformación radical de sus aparatos porque su propia materialidad institucional opondría resistencia. Que las masas populares ocupen distintos aparatos del Estado no asegura que éstos dejen de funcionar favoreciendo a las clases dominantes, como si el mero relevo del personal del Estado comportara cambios en sus estructuras. Por esta razón, el teórico griego subraya la necesidad de llevar a cabo modificaciones esenciales. No readaptaciones secundarias ni impuestas desde arriba (el proyecto de la socialdemocracia), sino un largo proceso que se apoye en la intervención creciente de las masas en el Estado por medio de sus representaciones políticas y en sus iniciativas propias y que esté orientado hacia la extinción del Estado (Poulantzas, 2005). Es esta apuesta por la desaparición del Estado capitalista la que le da justamente un asidero revolucionario a la estrategia poulantziana y no sencillamente reformista.

Con todo, a fines de los años '70 parecía evidente dentro de la corriente eurocomunista que florecía en algunos partidos comunistas europeos que una transición democrática al socialismo implicaba forzosamente el mantenimiento de las instituciones de la democracia representativa del Estado y, por consiguiente, una cierta permanencia y continuidad del Estado. ¿Qué sentido adquiere entonces el clásico dilema de reforma o revolución? ¿Es posible sostener una revolución dentro de un Estado cuyo funcionamiento lo blinda ante cualquier intento de transformación profunda? Este compromiso por mantener las estructuras democráticas del Estado, ¿conlleva una renuncia de las aspiraciones emancipatorias? Estos y otros interrogantes estuvieron en el centro de los debates de la izquierda de la época entre aquellos que abogaban por una destrucción total del Estado capitalista y aquellos que veían en el Estado un espacio a disputar y a sostener para un cambio social radical.

3. Cuestiones estratégicas: el Estado y la democracia socialista

Estos debates de la izquierda europea de los años '70 se erigían en buena medida alrededor del núcleo problemático que planteaba el abandono por parte de los partidos comunistas europeos de la noción de dictadura del proletariado. El problema era que se trataba de una noción sumamente importante para la teoría política marxista porque permitía discutir, por un lado, la relación entre una política de la emancipación y el Estado. Y por otro, el vínculo entre la *hipótesis comunista* –o la idea de que "es practicable una organización colectiva

diferente que elimine la desigualdad en la distribución de la riqueza, e incluso la división del trabajo" (Badiou, 2007: 32) –[22] y las formas históricas de existencia del movimiento comunista. Acerca del primer punto, cabe recordar que la crítica clásica del Estado (Marx y Lenin) se dirige a su carácter de aparato separado que reproduce espontáneamente la desigualdad entre las masas y sus gobernantes. Al ser esta separación entre gobernantes y gobernados lo que imposibilita una genuina autodeterminación colectiva de las masas, la propuesta de una dictadura del proletariado consiste en quebrar no sólo el aparato de Estado burgués sino al Estado en sí mismo. Así, ésta se plantea como la forma de dominación de clase que puede quebrar la dominación burguesa en todos sus aspectos políticos, económicos e ideológicos, y destruir la maquinaria del Estado que sería precisamente la forma que adopta esa *dictadura de clase* burguesa (Althusser, 1976).[23] La dictadura del proletariado sería de este modo lo que vuelve posible librarse de la subordinación ideológica, de la dominación política y de la explotación económica propias del modo de producción capitalista. Y ésto la convertiría en la democracia de las más amplias masas, como exclamaba Lenin.

En cuanto al segundo punto, las formas históricas que adoptaron los intentos de instaurar una dictadura del proletariado, particularmente en la URSS, con la destrucción de las instituciones democráticas y de los derechos formales fruto de aquella desaparición de la forma estatal (incluso aunque esta no fuera efectivamente llevada a cabo), acarrearon una demonización de este concepto. La posibilidad de una transición al socialismo no podía desprenderse entonces de aquellas formas reales que adoptó la hipótesis comunista. Ya no era posible pensar al comunismo simplemente como un principio regulador y declarar como inauténticas las formas incluso catastróficas de su existencia (Cavazzini, 2008).

Uno de los grandes defensores del mantenimiento de esta noción en los partidos comunistas como una aspiración y como un programa político fue Althusser. Miembro del PCF desde 1948, el filósofo francés siempre mantuvo una posición discordante en el partido por su apoyo explícito al maoísmo y a la Revolución Cultural China. Empero, no fue sino cuando el Comité Central adhirió a la corriente eurocomunista que se posicionó contra la estrategia del partido (Motta, 2014). Veía en su elogio de las instituciones de la democracia representativa a la ideología burguesa actuando, con su ignorancia de las condiciones reales de vida de la clase trabajadora y con su confinamiento de la política al mero acto de

22 El resaltado es mío.

23 *Ídem.*

elección de los representantes políticos (Althusser, 1976). Esta misma ideología sería de hecho la que separó a la dirigencia del partido de las bases y condujo a la instauración de una alianza electoral desde arriba (la Union de la Gauche),[24] entre partidos de izquierda, que no supo interpelar a las masas (Althusser, 1978). Ante esta situación, Althusser defendió el valor científico de la dictadura del proletariado en la teoría marxista por su importancia para un estudio concreto de las relaciones entre clases, a la vez que sugirió una interpretación política de la misma contraria a la organización del partido.

Según el filósofo francés, la cuestión de la dictadura del proletariado está atravesada por un malentendido elemental: su asimilación con las diversas formas políticas de la dictadura. Sería esta identificación la que habilitaría la crítica de esa noción a partir de la historia de la URSS y de los horrores cometidos por Stalin. Cuando, en rigor, aquella se limitaría a designar la dominación de una clase en la lucha de clases y no impondría *a priori* de ninguna manera que la forma política de su realización sea una dictadura o el poder tiránico de un hombre o de un partido (Althusser, 1976). Hecha esta aclaración, Althusser propone una manera de entender la dictadura del proletariado en el contexto político de la época: más que conformar una alianza entre organizaciones de izquierda, para el filósofo francés era necesario perseguir una política de unión popular que integre las nuevas prácticas políticas de las masas, exteriores al partido, que existían alrededor de las cuestiones del medioambiente, la vivienda, el transporte, la salud, las condiciones de trabajo y la educación, entre otros (Althusser, 1978). De esta manera, la transición al socialismo implicaría una lucha constante de las masas en una ruptura radical con el Estado para evitar el mantenimiento y

24 Cabe destacar que si bien Poulantzas compartió con el PCF la apuesta eurocomunista por una transición democrática al socialismo, dirigió una crítica similar a la de Althusser a la alianza conformada por los partidos socialista y comunista bajo un Programa Común. El teórico griego respaldaba la necesidad de un frente de unidad entre las organizaciones de izquierda. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedió con la Union de la Gauche, consideraba que esta alianza electoral no debía ser perseguida sólo desde arriba sin referencia a las masas ni agotarse en demandas económico-corporativas conducidas a través de luchas sindicales bajo el control del partido de vanguardia (Poulantzas, 1980). La cuestión central para Poulantzas de hecho no era tanto la de las alianzas entre organizaciones políticas sino la de las alianzas entre las clases y las capas sociales que esas organizaciones pretenden representar. Por eso es que resultaba imperioso para el autor favorecer la creación de organizaciones populares de masas que desbordaran el partido, que fueran autónomas. La emergencia de diferentes movimientos sociales habría puesto en evidencia así no sólo que las formas de lucha y de protesta social estaban cambiando sino también que el rol centralizador del partido no lograba ya capturar las demandas, los intereses y las necesidades tan diversas de aquellos (Poulantzas, 1980).

la reproducción (incluso dentro del partido) de las viejas prácticas ideológicas y políticas burguesas. Esto supondría, además, una transformación del propio partido para incorporar las iniciativas y necesidades de las masas e impulsar desde sus actividades en la base la destrucción del Estado. El partido debería permanecer, por lo tanto, siempre en el exterior del Estado y ser autónomo respecto del mismo para poder extinguirlo y no simplemente transformarlo (Althusser, 1977). Si la dictadura del proletariado debe mantenerse para Althusser, es en tanto involucra esta distancia entre el Estado y el partido (junto con las masas populares) necesaria para destruirlo.

En una serie de entrevistas, Poulantzas problematiza esta tendencia de Althusser a pensar la lucha de las masas populares por fuera del Estado (1980). En primer lugar, porque supondría una idea instrumental y hasta esencialista del Estado que, como una fortaleza, sólo podría ser penetrado desde fuera de sus muros. El problema no sería sólo que el planteo althusseriano no iría más allá de una estrategia de doble poder sino que recaería en una concepción "purista" de la lucha de clases. O bien las masas estarían integradas en el Estado y, por consiguiente, en la estrategia de la burguesía, o bien permanecerían "puras" al situarse afuera de él obrando como un anti-Estado para constituir un segundo poder que lo sustituya y que destruya el propio aparato de Estado (Poulantzas, 1980). En segundo lugar, de acuerdo con el teórico griego la perspectiva de Althusser impediría considerar una cuestión primodial para la transición hacia el socialismo que es la del mantenimiento necesario bajo este régimen de las libertades políticas, que forzosamente requiere de instituciones específicas para garantizarlas (precisamente, las de la democracia representativa). Así, un proceso de transición democrática al socialismo no acarrearía la desaparición total del Estado, como presupone la noción de dictadura del proletariado. De algún modo este seguiría existiendo para poder garantizar aquellas libertades, que no serían meramente formales y abstractas. Tal como Poulantzas sugiere,

> (…) si la vía democrática al socialismo y el socialismo democrático significan también pluralismo político (de partidos) e ideológico, reconocimiento del papel del sufragio universal, extensión y profundización de todas las libertades políticas, incluidas las de los adversarios, etc., no se puede emplear ya el término de rotura o de destrucción del aparato del Estado, a menos que se quiera jugar con las palabras (2005: 320-1).

La cuestión del Estado de derecho no puede ser reducida para Poulantzas al carácter burgués de la democracia representativa. El desafío del proyecto eurocomunista es precisamente demostrar que esta también es una conquista de las masas populares y que a través de su participación en el Estado es posible luchar por la ampliación de derechos y de libertades que respalden las transformaciones a nivel económico, político e ideológico que se produzcan en su seno. Aunque no deja de subrayar las contradicciones inherentes a la democracia (especialmente el hecho de que su figura privilegiada, la ciudadanía, oculte el carácter de clase del Estado), Poulantzas parece concebirla como el horizonte irrenunciable de un proyecto político emancipatorio.

Empero, la crítica poulantziana de la dictadura del proletariado no se limita a esta discusión de las nociones de Estado, democracia y transición al socialismo implícitas en ella. Principalmente, su crítica se dirige a la función histórica que la cuestión de la dictadura del proletariado habría cumplido en el seno del marxismo: la de ocultar el tema de la articulación entre una democracia representativa transformada y la democracia directa de base. La transición al socialismo ha sido tradicionalmente un problema para la teoría y la política marxista porque Marx sólo habría dejado una serie de indicaciones vagas a este respecto que no profundizarían en una idea positiva de democracia, por más que efectivamente se orientaran hacia una relación estrecha entre el socialismo y la democracia. Fue Lenin el primero que tuvo que resolver históricamente este problema. Tanto su práctica política como sus análisis teóricos tenían como línea principal la destrucción en bloque del Estado por medio de una lucha frontal de masas en una situación de doble poder y su reemplazo por un segundo poder (el de los soviets) que ya no sería un Estado propiamente dicho sino un Estado en vías de extinción. Esta extinción del Estado burgués supondría igualmente la destrucción de las instituciones de la democracia representativa, que Lenin reduciría a una emanación de la burguesía (de modo que serían sinónimos de democracia burguesa y, en consecuencia, de la dictadura de la burguesía), y su reemplazo por la sola democracia directa de base (Poulantzas, 2005). Sin embargo, inmediatamente después de la revolución rusa, ya Rosa Luxemburgo habría advertido que el apoyo exclusivo de la revolución a la democracia directa y la eliminación de la democracia representativa conllevarían el peligro del autoritarismo. El asunto no sería para Luxemburgo suprimir toda forma de democracia sino originar una democracia socialista que reemplace la democracia burguesa y que vaya más allá de la envoltura formal de la libertad y la igualdad (1977).

Poulantzas, como buena parte de los eurocomunistas, retoma el legaado de Rosa Luxemburgo y asegura que la dictadura del proletariado ha consagrado en los debates de la izquierda una falsa dicotomía (2005): o bien mantener al Estado existente y atenerse exclusivamente a la democracia representativa a la que se le realizarían modificaciones secundarias (lo que llevaría al estatismo de la socialdemocracia), o bien aferrarse únicamente al movimiento autogestionario o a la democracia directa de base (lo que inevitablemente llevaría a la dictadura de los expertos o al despotismo estatista). Es decir que habría anclado aquellas discusiones en la tradicional oposición entre reforma o revolución y habría ocultado la cuestión más importante para la vía democrática al socialismo, que sería "*cómo emprender una transformación radical del Estado articulando la ampliación y profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades* (que fueron también una conquista de las masas populares) *con el despliegue de las formas de la democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios*" (Poulantzas, 2005: 313).[25]

Si bien Poulantzas no avanza significativamente en las formas de articulación entre estos dos tipos de democracia, asegura que no existiría una sino varias formas de articulación y que la forma adoptada es un elemento central del proyecto de socialismo democrático. A su vez, señala que sería necesario evitar dos formas de articulación ineficaces para este proyecto. Primero, la que establece una coexistencia paralela entre ambas en una disputa por el dominio sobre el modo de ordenación social. Segundo, la que subordina e integra una forma a la otra (que históricamente ha tendido a ser la democracia directa a la democracia representativa) (Poulantzas, 2005). En cambio, Poulantzas sugiere una articulación entre una democracia representativa que exprese los intereses generales y una democracia de base para solucionar los problemas determinados de cada sector. En palabras del teórico griego, "*una transformación del aparato de Estado orientada hacia la extinción del Estado* sólo puede apoyarse en una intervención creciente de las masas populares en el Estado por medio, ciertamente, de sus representaciones sindicales y políticas, pero también por el despliegue de sus iniciativas propias en el seno mismo del Estado" (Poulantzas, 321 :2005).[26] De este modo, más que una síntesis entre las tradiciones estatista y de autogestión, la apuesta pasaría por una transformación que reúna la potencialidad revolucionaria de la participación y la movilización populares desde la base, con la necesaria articulación democrática y plural desde la conducción política del Estado.

25 Las cursivas son de Poulantzas.

26 Las cursivas son de Poulantzas.

La experiencia soviética habría demostrado que la estrategia leninista de destrucción del Estado burgués no había dado paso a una sociedad más democrática (la verdadera dictadura del proletariado imaginada por Marx y Lenin) y que la democracia constituía un tema fundamental que el marxismo debía afrontar. No obstante, en los debates de la izquierda de los años '70 este énfasis en la democracia (por contraposición al estalinismo) tenía inscrito el peligro de una adaptación al sistema capitalista. Primero porque, como sugiere Poulantzas, "si la vía democrática al socialismo garantiza las libertades, ofrece también a la burguesía [...] mayores posibilidades para el sabotaje económico de una experiencia de la izquierda en el poder" (2005: 243). Además, porque desde otras variantes del eurocomunismo, se tendía a contraponer (y no a asimilar como Lenin) democracia y dominación burguesa, despojando a la primera de cualquier contradicción de clase. Así, por un lado, desde las posiciones marxistas más ortodoxas se pensaba a la democracia como un reflejo de los intereses de las clases dominantes y se llamaba a una destrucción de las instituciones de la democracia representativa. Por otro, desde algunas corrientes eurocomunistas se sostenía una suerte de concepción suma-cero de la democracia que consideraba que la expansión de la democracia representativa por las luchas de las clases populares implicaría un retraimiento de la dominación burguesa. Desde su enfoque relacional del Estado capitalista, "Poulantzas rechazó tanto a quienes concebían la democracia como instrumento-creación de la burguesía, como a quienes la despojaban de contradicciones para pensarla como deseable en sí misma" (Abal Medina, 2011: 296). Según el autor, las instituciones de la democracia representativa expresan las tensiones y los antagonismos irreductibles de la lucha de clases en el capitalismo, por lo que no serían solamente un reflejo de los intereses de la burguesía. Aunque siempre bajo la constante de la primacía y el privilegio estructural de la burguesía. Si esas instituciones son la resultante de relaciones de fuerza entonces es al interior de ellas donde es necesario intensificar las luchas de las clases populares a fin de inclinar el balance de fuerzas a su favor.

A diferencia de la estrategia de la socialdemocracia, la vía democrática al socialismo no se agotaría para Poulantzas en un camino parlamentario electoral. Por más importante que sea la adquisición de una mayoría electoral en el parlamento o en la presidencia, no sería este el punto más importante de rupturas dentro del Estado. La modificación de la relación de fuerzas que lo constituye concierne al conjunto de sus aparatos, redes y dispositivos. Por eso tiene que haber necesariamente una crisis para el teórico griego, pues ciertamente las clases

dominantes van a oponer resistencia a aquellas modificaciones. Más que en una vía pacífica de transformación gradual, el eurocomunismo al que Poulantzas suscribe hace hincapié en el proyecto revolucionario de transformación social. En este sentido, la defensa de la democracia política está íntimamente vinculada con el llamado a producir cambios profundos en los espacios económicos, políticos e ideológicos del capitalismo (Poulantzas, 1980).

Es significativo que Poulantzas hable de un proceso de transición al socialismo, más que de una situación revolucionaria o una deflagración instantánea en la que las clases populares se unirían para tomar el poder del Estado. El mayo francés de 1968 había puesto en evidencia que la estrategia de disputa del poder en las calles, con una alianza obrero-estudiantil espontánea, no bastaba para un cambio social radical. La lucha en los propios aparatos del Estado aparecía como inevitable. Así, en sus escritos más tardíos, al proponer una comprensión del Estado en términos relacionales el teórico griego replantea el tema de la ruptura o la crisis que puede dar lugar a aquella transición. No sería, como en PPCS, un momento actual en el que la clase obrera logra revertir el balance de fuerzas concentrado en el Estado a su favor, en una lucha dirigida por su partido, sino un proceso a partir de una lucha articulada entre dos frentes: “dentro” y “fuera” del Estado. Como todas las ramas, redes y aparatos del Estado condensan para Poulantzas relaciones de fuerzas, no sería factible tomarlos uno por uno, cual engranajes de una maquinaria. En cambio, sería necesaria una lucha de resistencia en el Estado diseñada para agudizar sus contradicciones internas, al mismo tiempo que una lucha por fuera de esos aparatos que haga lugar a diversos instrumentos, medios de coordinación y órganos de poder popular en la base (Poulantzas, 2008c). Cómo lograr esta articulación entre los dos tipos de lucha para la transformación de las estructuras estatales va a depender, para el teórico griego, de cada coyuntura particular. Sin embargo, Poulantzas insiste en la necesidad de una ruptura o de un momento de confrontación decisivo en el Estado:

> (…) los órganos de poder popular en la base, las estructuras de la democracia directa, serán los elementos que van a generar una diferenciación en los aparatos del Estado, una polarización por el movimiento popular de una fracción de esos aparatos. Esta fracción, aliada con el movimiento, va a confrontar con los sectores reaccionarios, contrarrevolucionarios del aparato de Estado apoyados por las clases dominantes” (2008c: 341).[27]

27 La traducción es propia.

Esta confrontación se manifiesta en los escritos de Poulantzas en un período extendido, a largo plazo. Vinculada con su noción de crisis como condensación de contradicciones, la ruptura del Estado no se reduce para el autor a un estallido repentino. De lo contrario, al identificar la crisis revolucionaria con ese estallido espontáneo se subestimaría la materialidad propia del Estado y la resistencia que impone el funcionamiento de sus aparatos a las tentativas transformadoras. Ese punto crítico de ruptura (la crisis revolucionaria) se daría bajo la forma de una crisis profunda del Estado provocada por la modificación de las relaciones de fuerza en su interior. Al igual que en el paso de los Estados de excepción a los Estados democráticos que analiza en CD, el paso de un Estado capitalista a uno socialista requiere no simplemente un cambio del poder del Estado (las clases populares reemplazando a la burguesía) sino transformaciones radicales en su estructura organizativa misma (Poulantzas, 1976b).

El compromiso de Poulantzas con la elaboración teórica de la vía eurocomunista no tuvo como único frente de disputa a las perspectivas que defendían la estrategia de la dictadura del proletariado sino igualmente a las que consideraban que únicamente es posible escapar de las redes del poder del Estado a través de microrevueltas sociales. Para el teórico griego, el representante más significativo de esta corriente es Michel Foucault que (junto con Gilles Deleuze y Félix Guattari) en su análisis de los movimientos sociales de la época privilegió las formas de microresistencia a las diferentes prácticas de poder. Dentro de la tradición marxista, Poulantzas sería uno de los primeros en tomarse en serio el desafío que representa la microfísica del poder foucaultiana, que permitiría abandonar una concepción del Estado deudora del binomio represión/ideología para entender su dimensión positiva de formación de la realidad social (Keucheyan, 2013). La influencia de Foucault en EPS es innegable: el teórico marxista llegó a compartir con él supuestos elementales sobre el poder (Jessop, 1985), e inclusive a subrayar sus aportes valiosos para "un análisis materialista de ciertas instituciones de poder" (Poulantzas, 2005: 75). Empero en EPS esta concepción foucaultiana del poder constituye también un eje problemático que habilita a Poulantzas a discutir el problema de la resistencia, del consentimiento y del fundamento de las luchas en el Estado.

El punto fundamental de divergencia entre ambos pensadores está precisamente en el rol que ocupa el Estado en un examen de las técnicas de poder. Mientras que Poulantzas lo toma como el objeto clave de sus análisis teóricos, el otro prácticamente evita su tratamiento teórico como se evita una comida

indigesta (Foucault, 2007).[28] Abandonar una noción de poder como sustancia y una idea de Estado como Leviatán parecía haberlos dejado ante una difícil elección: o bien afirmar que el Estado está en todos lados, o bien asegurar que no está en ninguno (Green, 2013). En el caso de Foucault, su reducción del Estado a un "efecto móvil de un régimen de gubernamentalidades múltiples" (2007: 96) parece abonar, si no su inexistencia, al menos su falta de importancia para un análisis de los mecanismos de poder. Al modificar la problemática del poder tal como era planteada en términos de soberanía o de los aparatos del Estado para pensar las técnicas o tácticas de poder diseminadas por toda la sociedad, Foucault parece considerar al Estado como un obstáculo para pensar el ejercicio del poder en las sociedades contemporáneas. Es decir, como si la identificación de la cuestión del poder con la del Estado fuera un escollo para examinar la pluralidad de micropoderes que pueden ser ejercidos como resistencia a los regímenes de gubernamentalidad. Para Foucault, pensar el poder supone dejar de lado una perspectiva que lo ubica en un punto central ya sea en la soberanía estatal, en la ley o en un sistema general de dominación ejercida por un grupo sobre otro, en tanto el poder estaría en todas partes. Esta omnipresencia propia del poder, no porque reagrupe todo bajo su unidad "sino porque se está produciendo a cada instante, en todos los puntos, o más bien en toda relación de un punto con otro" (Foucault, 1998: 113), explicaría el desinterés del filósofo francés por buscar sus mecanismos de funcionamiento en el Estado como foco único del que irradiarían las formas del poder. En cambio, insistiría en su pulverización o su dispersión en un juego de innumerables relaciones móviles y no igualitarias.

Por el contrario, en el caso de Poulantzas, dada la primacía que le otorga a la lucha de clases en el ejercicio del poder en las sociedades capitalistas y el rol que le da al Estado en la constitución de las relaciones entre las clases, el Estado abarcaría tendencialmente a todas las relaciones sociales. De hecho no sería pensable "una realidad social cualquiera (un saber, un poder, una lengua, una escritura) que represente un estado primigenio respecto al Estado; sólo es pensable una realidad social siempre en relación con el Estado y la división en clases" (Poulantzas, 2005: 40-1). Esto es así no porque el Estado sea el lugar del que emergen todas las relaciones de poder sino porque, en una sociedad dividida en clases, el Estado es para el autor el sitio donde se condensan los múltiples poderes de clase que existen en relaciones de lucha y oposición, y donde los poderes que desbordan a

28 En su curso en el Collège de France de 1978, Foucault declara: "me ahorro, quiero y debo ahorrarme una teoría del Estado como podemos y debemos ahorrarnos una comida indigesta" (2007: 95).

las relaciones de clase son reconfigurados para volverse eslabones de aquellos. La paradoja del Estado, como sugiere Jessop (2015), estaría en que si bien este es solo un orden institucional entre muchos otros en una sociedad, es también el encargado de asegurar la cohesión y la integración de la formación social. De este modo, para Poulantzas sería erróneo poner entre paréntesis el Estado al reflexionar sobre el poder puesto que en las sociedades contemporáneas éste centralizaría y extendería los diversos regímenes de poder y de saber que se imponen. "No deja de ser notable –ironiza– que este discurso [el foucaultiano], tendente a hacer invisible el poder, al pulverizarlo en la capilaridad de microrredes moleculares, tenga el éxito sabido en un momento en que la expansión y el peso del Estado alcanzan un grado sin precedentes" (Poulantzas, 2005: 47).

Si bien Poulantzas coincide con Foucault en una serie de puntos a propósito de la noción de poder (al definirla ambos en términos relacionales), a diferencia de él le da un fundamento material preciso a las relaciones de poder. A saber, la división social del trabajo y la explotación en las formaciones sociales capitalistas. En las sociedades de clase, explica el teórico griego, todo poder reviste una significación de clase. Es decir que remite al lugar objetivo que ocupan las distintas clases en las relaciones económicas, políticas e ideológicas, o a sus prácticas en relaciones no igualitarias de dominio/subordinación ancladas en la división del trabajo (Poulantzas, 2005). Por lo tanto, en cuanto a la lucha de clases, el poder se basaría en la explotación, en el lugar que ocupan las clases en los diversos aparatos y dispositivos del poder y en el aparato del Estado. Aunque no todo poder sea un poder de clase, para Poulantzas es la lucha de clases la que permite a las luchas populares desplegarse, ofreciéndole una base objetiva. Es la lucha de clases la que habilitaría pensar las resistencias en las sociedades de clase. Poulantzas resuelve la pregunta de qué poder y para qué a partir de las relaciones de poder de clase, cuyo campo de constitución es la división social del trabajo, que se condensan y materializan en el Estado (2005). Esto no significa que el poder emane de allí como si fueran núcleos primigenios de poder. Más bien, las relaciones entre las clases serían el sostén del poder porque en sus límites se dirimiría el equilibrio inestable de compromisos de las fuerzas sociales. Mientras que Foucault asegura que el poder se ejerce "en el juego de relaciones móviles" (1998: 114) donde la resistencia es siempre inmanente respecto del mismo, Poulantzas restringe esa movilidad al situarla en el campo relacional de las fuerzas de clase.

El problema que el teórico marxista encuentra en esta ausencia de fundamento del poder en Foucault es que no permite entender cómo y de dónde surgen las

resistencias que aparecen como el otro polo de las relaciones de poder. Pues según el filósofo francés "donde hay poder, hay resistencia, y no obstante [...], ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder" (Foucault, 1998: 116). De acuerdo con Poulantzas, existe un deslizamiento permanente en la forma en que el filósofo francés da cuenta del poder, unas veces designando una relación (aquella relación de poder) y otras veces uno de los dos polos de la relación poder/resistencia. ¿Cómo sería posible la resistencia –pregunta– si toda situación de poder es inmanente o si éste parece ser esencializado y absolutizado convirtiéndose en un polo frente a las resistencias? (Poulantzas, 2005)? Para Poulantzas, en Foucault habría solamente una salida a esta aporía nodal: "hay que salir de ese poder hecho sustancia, redescubrir a toda costa algo distinto de esas resistencias inscritas en el poder, algo que esté, por fin, fuera del poder, radicalmente exterior al poder convertido en un polo esencializado y absolutizado de la relación" (2005: 181). Y ese algo Foucault lo encontraría en la *plebe*, que estaría presente en el cuerpo social, en los grupos y en los individuos como el reverso o el límite del poder. En una entrevista para la revista *Révoltes Logiques* Foucault define a la plebe como una forma de resistencia local, concreta y situada a un ejercicio de poder. La plebe no sería una realidad sociológica sino una falla en las identidades dadas conformada por todo aquello que se resiste a ser capturado en los regímenes de saber y de poder. El filósofo francés sugiere que siempre

> (…) hay algo en el cuerpo social, en las clases, en los grupos, en los mismos individuos que escapa en cierto modo a las relaciones de poder; algo que no es la materia prima más o menos dócil o resistente sino el movimiento centrífugo, la energía inversa, la huida. Sin duda "la" plebe no existe, aunque "hay" plebe. Hay plebe en los cuerpos, en las almas, en los individuos, en el proletariado y también en la burguesía, pero con una extensión, unas formas, unas energías y unas irreductibilidades diversas. La plebe es menos el exterior de las relaciones de poder que su envés, su límite, su contrapunto; es aquello que responde a cualquier avance del poder con un movimiento para deshacerse de él (Foucault, 1977: 92).[29]

En definitiva, el problema estaría en la incapacidad de Foucault para dar cuenta de aquellas resistencias que van más allá de las microrevueltas u hostigamientos dispersos frente al poder. Se trata de una crítica recurrente de

29 La traducción es propia.

las tesis foucaultianas,[30] cuyo aspecto más discutido suele ser aquella falta de fundamento de las resistencias. No obstante, Poulantzas va más allá porque señala en esa imposibilidad de pensar la resistencia una consecuencia política más grave: el llamado a huir del poder o a invocar algo que escape de sus redes dejaría librado al Estado como terreno de disputa política. En otras palabras, este planteamiento "hace de lo estatal el problema y, en una suerte de reacción fóbica, re-localiza lo político en una ruptura absoluta con lo estatal" (Abal Medina, 2011: 302). Foucault abandonaría así la apuesta por una transformación radical del Estado (Poulantzas, 2005). Más allá de las diferencias entre su perspectiva y la de Althusser, ambos caerían para Poulantzas en el error de pensar la lucha y la resistencia de las masas populares por afuera del terreno estratégico del Estado (1980).

El peligro de este tipo de estrategias políticas antiestatales parecía volverse más evidente a fines de la década del '70 en el contexto de mutación de los regímenes democráticos en los países europeos, que tendían hacia un control exhaustivo del conjunto de las esferas de la vida social y hacia un declive de las instituciones de la democracia representativa y las libertades formales. El estatismo autoritario que estaba surgiendo en respuesta a las crisis políticas de aquellos países de Europa dejaba claro el riesgo de un Estado separado de las masas populares y gobernado casi exclusivamente por una burocracia estatal al servicio de los intereses del capital monopolista. Es por ello que el teórico griego enfatiza en este marco la necesidad de dar una lucha dentro del Estado para transformar sus aparatos, su funcionamiento y alterar su propia materialidad institucional, a la par que una lucha a distancia de sus aparatos. Como sostiene en una entrevista, si una ruptura revolucionaria es posible, sólo podrá darse a través del Estado (Poulantzas, 2008). Acercar a las masas populares a los centros de decisiones políticas y a los aparatos estatales constituiría una parte esencial de ese proceso porque ellas portan exigencias democráticas y cargan con la pretensión de extender los derechos y las libertades.

---

30 Al respecto, Foucault aclara: "Muchas veces se dijo -los críticos me hicieron este reproche- que yo, al poner el poder por doquier, excluyo cualquier posibilidad de resistencia. ¡No, es todo lo contrario! Me refiero a que las relaciones de poder suscitan necesariamente, exigen a cada instante, abren la posibilidad de una resistencia, y porque hay posibilidad de resistencia, y resistencia real, el poder de quien domina trata de mantenerse con mucha más fuerza, con mucha más astucia cuanto más grande es esa resistencia. De modo que lo que trato de poner de manifiesto es la lucha perpetua y multiforme, más que la dominación lúgubre y estable de un aparato unificador" (2012: 77). Resulta claro aquí, a pesar de que el filósofo francés no lo explicite, que está discutiendo con el marxismo.

4. El Estado y la democracia (con y) más allá de Poulantzas

A casi cuarenta años de la muerte de Poulantzas y luego de décadas de hegemonía neoliberal en buena parte del mundo, lejos se encuentra la posibilidad de un ascenso de las masas populares al poder estatal bajo la forma del socialismo democrático tal como él lo imaginaba. Si su propuesta de transición al socialismo parece implausible actualmente no se debe solamente a las modificaciones que experimentaron el capitalismo y los Estados capitalistas a nivel global sino igualmente al hecho de que se trataba de temas demasiado actuales en su momento para ser tratados a fondo. Al calor de la coyuntura política en la que pensaba, donde la izquierda disputaba en Francia el acceso al Estado por vía electoral en la víspera de un rotundo cambio de época, la elaboración teórica en EPS prácticamente terminó subordinada al análisis político-estratégico. Esto se vuelve evidente por ejemplo en su idea de socialismo democrático. En el contexto del ascenso del estatismo autoritario en los países europeos, y sobre todo en Francia, Poulantzas intentó conciliar el proyecto socialista con la defensa de la democracia. Ahora bien, en su planteo no queda claro qué tendría de diferente una democracia socialista respecto de una democracia parlamentaria burguesa, más allá de la incorporación de formas de autogestión y de democracia directa. Si ambas se fundamentan en la garantía de las libertades y los derechos político-sociales, ¿en qué sentido podría ser "socialista" la democracia representativa transformada? ¿Cómo se manifestaría su carácter anticapitalista? Porque el mantenimiento de las instituciones de la democracia representativa conlleva la permanencia del propio Estado capitalista. Si el paso de este tipo de Estado a uno socialista necesariamente implica rupturas institucionales radicales en distintos niveles de la sociedad, ¿es posible habilitar un proceso revolucionario en el marco democrático? Poulantzas busca distinguirse del reformismo de la socialdemocracia alegando que es preciso llevar a cabo transformaciones profundas y no solamente reformas secundarias en las estructuras del Estado para dar lugar a aquella transición, y que ese proceso debe estar acompañado de la autoorganización y de la movilización de las masas más allá del propio Estado. La crítica del dilema de reforma o revolución tiene que ver con esta insistencia en llevar adelante modificaciones radicales al interior del Estado en un marco democrático. Una transición al socialismo democrático presupone revolucionar las estructuras sociales (no meramente reformarlas) pero sin abandonar el horizonte democrático ni el Estado como lugar fundamental de disputa estratégica. Sin embargo, la solución de Poulantzas a aquel dilema se establece casi exclusivamente a nivel político y no avanza considerablemente

en su contraparte económica, que sería de hecho la que podría avalar el carácter anticapitalista de la democracia que sugiere.

En el marco de la separación relativa del Estado y de la economía, el autor observa que "la acción del Estado se constituye, en gran medida […] como un *bricolage* de medidas puntuales que responde a unas condiciones ya establecidas del proceso de valorización del capital, proceso que no es controlable, consiguientemente, por el Estado" (Poulantzas, 2005: 234).[31] El Estado no podría por lo tanto intervenir en la economía más allá de un cierto límite sin provocar crisis económicas serias. En el caso de que la izquierda llegue al poder no podría entonces transgredir estos límites sin correr el riesgo de un hundimiento de la economía. Para Poulantzas las transformaciones en el aparato económico no pueden revestir el mismo ritmo ni las mismas formas que las transformaciones de los otros aparatos del Estado. En la medida en que el aparato económico realiza funciones esenciales para la reproducción de las relaciones de producción y la acumulación capitalista en su conjunto, la destrucción total del mismo llevaría a una crisis económica tal que estaría en peligro la continuidad de esa experiencia de la izquierda en el poder. Independientemente de las rupturas que provoque en el espacio de valorización del capital, la economía seguirá siendo capitalista en alguna medida durante mucho tiempo (Poulantzas, 2005). "La vía democrática al socialismo designa un *proceso largo* cuya primera fase implica la impugnación de la hegemonía del capital monopolista, pero no la subversión radical del núcleo de las relaciones de producción" (Poulantzas, 2005: 242).[32] Quedarse cortos, como en el caso de Chile en el gobierno de Allende, o ir demasiado lejos en las rupturas económicas, como en Portugal luego de la Revolución de los Claveles, conduce efectivamente para el teórico griego al fracaso de las experiencias socialistas. Si tanto a nivel político como a nivel económico la transición al socialismo requiere una permanencia de las estructuras capitalistas para garantizar los derechos y libertades del conjunto del pueblo-nación y para contrarrestar el sabotaje económico de la burguesía a ese paso, ¿hasta qué punto es anticapitalista el socialismo poulantziano? ¿Cuál sería la base de una economía socialista más allá del momento de transición?

La escasez en los años '70 de estudios exhaustivos acerca de los procesos económicos que experimentaron los "socialismos realmente existentes" se hace patente en estas dificultades. Aun así Poulantzas provee algunas indicaciones generales para pensar en términos económicos aquel paso al socialismo. En

31 Las cursivas son de Poulantzas.

32 *Ídem.*

primer lugar, asegura que las transformaciones en el aparato económico del Estado son fundamentales para poder realizar una política diferente. Si bien la planificación económica, la nacionalización (más que la simple estatización) de los medios de producción, el control de precios y de la inflación, y los impuestos a las fortunas y al capital son imprescindibles para una política de izquierda, no son suficientes. Porque, en segundo lugar, este proceso no debería apoyarse solamente ni principalmente en el Estado sino que debería apelar también a las iniciativas propias de las masas populares y a sus focos autogestionarios (Poulantzas, 2005). De nuevo, al igual que en el caso de las democracias representativa y directa, el problema que surge es cómo articular estas iniciativas de la base con las modificaciones conducidas por y en el Estado. Si Poulantzas no avanza mucho en esta articulación es porque tampoco puede hacerlo ya que ésta dependerá de cada situación concreta. No existiría una fórmula de transición al socialismo aplicable a todos los casos, independientemente de sus diferencias. ¿Qué haría entonces de una articulación de este tipo, entre las iniciativas populares y las reformas profundas en el Estado, una vía al socialismo? Precisamente su carácter disruptivo de las relaciones capitalistas de producción dominantes, aunque ese carácter solo se manifieste (en un principio) en la impugnación de la hegemonía del capital monopolista. Los tiempos de la revolución no son breves según el teórico griego: no va a ser una huelga masiva, una movilización frontal de las masas frente al Estado o un cambio abrupto en las relaciones de producción lo que va a terminar con el capitalismo de un momento al otro. Sus reflexiones pioneras sobre la internacionalización de las relaciones capitalistas (que hoy llamamos globalización) sugieren que no es posible derrocar ese sistema de producción, circulación y consumo aisladamente en un solo país. Aunque sea necesario atender a las condiciones específicas del capitalismo en cada formación social para plantear una vía al socialismo concreta, al tratarse de un sistema que se reproduce mundialmente es a escala mundial donde hay que disputarlo. Por eso la transición hacia el socialismo que Poulantzas plantea es a largo plazo y conlleva un esfuerzo constante por transformar el Estado y las relaciones sociales a partir de las iniciativas de las masas.

El clima político europeo (y más particularmente francés) de finales de los años '70 tuvo una influencia decisiva en el tratamiento de estas cuestiones por parte del autor. Frente a las tendencias autoritarias del Estado, la cuestión primordial para la izquierda europea era lograr llegar al poder del Estado con una coalición de partidos y organizaciones y con un fuerte apoyo de las masas con el fin de

instalar un proyecto político distinto, socialista. Esta vía electoral democrática era irrenunciable. Para construir una mayoría política consistente la izquierda forzosamente debía presentarse como una alternativa viable ante las condiciones cada vez más desiguales del capitalismo. De ahí surge la tendencia eurocomunista en los partidos comunistas europeos, no como una corriente unificada sino bajo una pluralidad de formas y posturas que compartían la defensa del camino democrático. Hacer política, disputar el Estado como lugar de condensación de las relaciones de fuerza, era elemental en esa línea. Como observa Aricó (que retomó la apuesta de Poulantzas de un socialismo democrático), la lucha socialista,

> (…) para ser verdaderamente una lucha de masas y tener probabilidades de éxito, debe ofrecer soluciones viables para los problemas de hoy de cada uno de los países. Si es capaz de mostrarle al ciudadano que hay una alternativa a lo que hoy está pasando, si es capaz de ofrecer frente al programa económico del gobierno uno alternativo, pero viable en los términos actuales que hoy se debate el problema, esta izquierda hace entonces política, interviene en la política, puede construir una política de masas (2014: 198).

Entre el reformismo y la corriente revolucionaria, la propuesta de Poulantzas pone de manifiesto la necesidad de un realismo político para poder comprender los procesos que atraviesan las sociedades en cada etapa de su historia y las líneas posibles a explorar para su transformación. En este sentido, sus preguntas y sus respuestas conducen a un marxismo heterodoxo que cuestiona los tradicionales preceptos de la izquierda revolucionaria y que asume los debates y las contradicciones de su época. Por más que nunca haya abandonado el horizonte emancipatorio de su propuesta, entendió que una política socialista solo puede empezar a hacerse lugar dentro del Estado capitalista (y no fuera de él) como una tendencia y una lucha de largo aliento que modifique sustancialmente sus estructuras. Lo interesante del planteamiento poulantziano es la agudeza con la que considera (al menos en el plano político) los obstáculos que enfrenta una construcción política de izquierda en el contexto global del capitalismo. Entender cómo se interiorizan y se reproducen en cada formación social nacional las contradicciones internacionales del capital, analizar los procesos económicos y políticos que signan al capitalismo a escala mundial y a escala local y estudiar la composición de las relaciones de fuerza en aquellas, son algunas de las tareas que Poulantzas cree necesarias para advertir esas dificultades.

No obstante, la deriva histórica de los proyectos socialistas democráticos como el del teórico griego (quien no vivió para conocer este desenlace) no fue la esperada. Lejos del advenimiento de la izquierda con un proyecto de transformación radical, en las décadas siguientes el neoliberalismo se impuso como respuesta a la crisis del Estado de bienestar y a la creciente conflictividad social. Con el ascenso del neoliberalismo como una solución política global para restaurar los parámetros de la acumulación capitalista y el poder de las élites dominantes (Harvey, 2007) y con el derrumbe de la URSS, los procesos revolucionarios se clausuraron. E incluso cuando formaciones socialdemócratas lograron acceder al Estado, como en Gran Bretaña con el laborismo y en EEUU con los demócratas, no pudieron modificar en lo fundamental la construcción neoliberal del Estado y de las relaciones sociales. La trágica paradoja, por retomar las palabras con las que García Linera describe la obra del autor (2015), que marcó este proceso histórico es que aquellas formaciones fueron en buena medida fruto de las batallas políticas y teóricas dentro del marxismo a las que hice referencia y sucumbieron al peligro de integración en el capitalismo que las corrientes revolucionarias advertían. Pese a que el socialismo democrático de Poulantzas no haya triunfado y que hoy el Estado parezca disputarse más entre élites y fracciones de una misma clase que entre proyectos alternativos de distintas clases, creo que es posible extraer de su teorización algunas claves para un pensamiento político contemporáneo que porte un horizonte emancipatorio.

Uno de los aspectos más importantes del legado poulantziano es precisamente el hincapié en disputar el poder del Estado. Aunque las experiencias de gobiernos socialdemócratas y progresistas en las últimas décadas hayan demostrado que en las condiciones actuales del capitalismo existe un margen de maniobra limitado para llevar a cabo procesos radicales de cambio, sin duda confirman también que es a nivel del Estado donde pueden combatirse las desigualdades y los constreñimientos impuestos como resultado de las transformaciones del capitalismo. Comprender el funcionamiento y la naturaleza del Estado en los regímenes neoliberales parece urgente. Por un lado, en tanto como sugiere David Harvey "el neoliberalismo no torna irrelevante al Estado"; "más bien, y con el objeto de hacerlo más funcional a sus intereses, produce una reconfiguración radical de las instituciones y de las prácticas estatales" (2007:105). Por otro, porque en la situación actual de internacionalización y de deslocalización de los flujos de capitales no parece factible que una serie de microrresistencias puedan ampliar el piso común de derechos en una formación social, ni menos

aun enfrentar aquellas desigualdades crecientes. En cambio todo indica que sólo la construcción de mayorías políticamente sólidas en proyectos colectivos que disputen la hegemonía del poder del Estado pueden lograrlo. Hoy más que nunca parece tener razón el teórico griego respecto de la continuidad del capitalismo incluso en un proceso de transición hacia el socialismo. La mejora del nivel de vida de las masas, el postulado central de una política de izquierda, requiere una economía en marcha. De lo contrario, se abren mayores posibilidades para que las fuerzas conservadoras retomen el poder del Estado.

Las reflexiones de Poulantzas sobre la democracia también merecen atención. La defensa de las instituciones democráticas resulta primordial en cualquier proyecto político progresista que debe estar acompañado de la ampliación de los espacios deliberativos y ejecutivos de la sociedad para la gestión de los asuntos públicos. En esto consiste justamente la articulación de democracia de base y democracia representativa que el teórico griego sugería. Sin embargo, en sintonía con su propuesta, se deberían tener presentes las tensiones entre democracia y capitalismo. ¿Hasta qué punto puede la democracia representativa (inclusive si está acompañada por la democracia directa) apoyar aquellos procesos de cambio social radical? ¿Cómo acotar la distancia entre representantes y representados para una mayor democratización de las decisiones? Más aun, en un momento en el que globalmente los Estados toman decisiones políticas y económicas en función de las coordenadas internacionales del capitalismo, ¿qué efectos pueden tener las masas por medio de sus representantes en el rumbo que toma la política económica de un país? Si la historia demostró que por medio de la democracia parlamentaria característica del Estado capitalista no fue posible socavar las bases de este sistema ¿es posible hoy una vía democrática al socialismo? ¿Cómo habría que resignificar las nociones de socialismo y democracia actualmente para que remitan a un proyecto socialista viable?

Por más que la teoría de Poulantzas no pueda darnos respuestas infalibles a estas cuestiones, a mi entender apunta correctamente a las paradojas que presenta un pensamiento político realista y emancipatorio. Su muerte temprana le impidió seguir la continuidad, en las décadas posteriores, de los procesos económicos y políticos que atravesaron Europa y América Latina, sitios privilegiados de sus reflexiones. Es imposible saber cómo habría evolucionado su trabajo si hubiera presenciado esos cambios, pero algo es seguro: no habría abandonado la pregunta por una transformación social. Como reconoce García Linera, "él supo mirar más allá de la derrota temporal que se avecinaba para proponer los puntos nodales del

resurgimiento de un pensamiento socialista" (2015: 33). La obra de Poulantzas tiene la cualidad de abrir e iluminar de otra manera la historia, a la vez que esta modifica y esclarece a la primera. Si contemporáneo es el que mantiene la mirada fija en su tiempo, no para percibir sus luces sino para ver en su oscuridad (Agamben, 2011), de algún modo Poulantzas nos es contemporáneo. Lo es en el encuentro desfasado con sus textos al que asistimos como unos lectores actuales interpelados por la tarea de transformar nuestro propio espacio y tiempo. Pues "ser contemporáneos es ante todo una cuestión de coraje porque significa ser capaces, no sólo de mantener la mirada fija en la oscuridad de la época sino también de percibir en esa oscuridad aquella luz que, dirigida hacia nosotros, se nos aleja infinitamente" (Agamben, 2011: 23). Quizás el socialismo sea esta luz que se nos aleja infinitamente pero que no deja de interrogarnos por nuestro presente. La herencia que nos lega Poulantzas es entonces el trabajo de seguir estudiando nuestras condiciones de existencia para descubrir allí las tendencias de ruptura y de transformación posibles. Si el Estado es aquí el objeto teórico por excelencia es porque todo indica que esas tendencias pueden desarrollarse efectivamente solo si se encarnan en un proyecto político que asuma la conducción estatal y desborde de luchas al propio Estado.

Conclusión. El giro realista de Poulantzas

A lo largo de estas páginas me propuse desarrollar los aspectos más relevantes del estudio de Poulantzas en torno al Estado y a la política, estableciendo las variaciones que pueden registrarse en su aproximación a este objeto de estudio. Sin embargo, si es posible hablar de la *obra* poulantziana es en la medida en que sus investigaciones y sus escritos están atravesados por un mismo problema, por una mirada aguda sobre un mismo fenómeno (que, empero, nunca es idéntico a sí mismo) y por una serie de preguntas fundamentales que recorren sus sucesivos acercamientos a este tema. Desde PPCS hasta EPS, la propia definición de Estado que el teórico griego ofrece cambia: de concebirlo como el factor de cohesión de una formación social pasa a caracterizarlo como una condensación de relaciones de fuerza. Ahora bien, ¿hasta qué punto esta modificación altera sustancialmente la idea que maneja Poulantzas del Estado? Éste sigue apareciendo como el orden institucional privilegiado para analizar la sociedad y también como el encargado de asegurar la integración de los diferentes espacios sociales. De ahí la insistencia en EPS de que, una vez supuesto el Estado, no es posible dar cuenta de una realidad social que no esté vinculada de alguna manera con él (Poulantzas, 2005). Si el lugar y el funcionamiento del Estado no cambian, el avance que presenta la segunda definición es reforzar su relación intrínseca (y no de exterioridad) con las clases sociales, es decir, mostrar que la lucha de clases (con su contradicción entre clases dominantes y clases dominadas) atraviesa de lado a lado el Estado y constituye su propia materialidad.

De hecho, en los libros posteriores a PPCS se repiten algunas dificultades que aparecían ahí. Por ejemplo, la tensión entre la necesidad y la contingencia que se manifestaba en aquél a propósito de la autonomía relativa y que luego puede registrarse en el problema de la hegemonía. Poulantzas no logra abandonar del todo el reduccionismo de clase que presentan sus análisis, por más que en EPS intente abrir el abanico de fuerzas sociales para integrar en su teoría a los

movimientos sociales que habitaban el escenario político de la época y reconozca que no todo poder es un poder de clase. Otras cuestiones son revisadas y enriquecidas a la luz de nuevas influencias teóricas, como la de Foucault. Este es el caso de la explicación de los mecanismos jurídico-políticos del Estado en la conformación de la ciudadanía y del tema de la resistencia, ampliados en EPS a través del recurso a las técnicas de poder que se ejercen sobre los propios cuerpos de los individuos. Lo mismo sucede con el problema de cómo consigue el Estado privilegiar efectivamente los intereses de la clase o de la fracción hegemónica y a la vez presentarse como el representante del interés general del pueblo-nación, que es reconsiderado a partir de la noción de *selectividad estructural* de Offe, que vendría a reemplazar la de *causalidad estructural* heredada del althusserianismo. De igual manera, el teórico griego ahonda en la relación entre lo económico y lo político, alejándose del esquema althusseriano de la sobredeterminación, pero ampliando la idea de que estos niveles no pueden ser entendidos por separado como si fueran completamente autónomos. En EPS habla de una presencia constitutiva del Estado en las relaciones de producción que, paradójicamente, en el capitalismo, se mostraría bajo la forma de una separación relativa de ambos espacios. Con esto, Poulantzas pretende subrayar que el vínculo entre el Estado y la economía no se reduciría a la simple reproducción de las relaciones de producción sino que indicaría, ante todo, la forma en que las contradicciones económicas existen en el Estado o cómo son condensadas en él (1980). Si se presta atención, incluso este señalamiento ya estaba presente en PPCS -por eso sus diferencias con Étienne Balibar, que tendería a reducir la política a la economía- en la premisa de que el Estado es el nivel sobredeterminante de las formaciones sociales.

En ese sentido, como sugiere Clyde Barrow (2011), parece haber una notable continuidad en el tratamiento conceptual de Poulantzas sobre el Estado capitalista. No obstante, es innegable que el enfoque cambia en las obras posteriores a PPCS: la necesidad de darle primacía a la lucha de clases para evitar el teoricismo que signaría ese libro lo lleva a emprender estudios más concretos acerca del Estado, en los que descubre su naturaleza relacional. En adelante, enfatizará el carácter histórico de su objeto de estudio, asegurando que no es posible comprender al Estado por fuera de la sociedad en la que se erige y, por consiguiente, que una teoría del Estado forzosamente tiene que acompañar las metamorfosis del mismo a la luz de las coyunturas particulares que se examinan. El ámbito de la determinación estructural retrocede después de PPCS y convierte a la lucha de clases y, en especial, a la lucha política de clases, en el factor determinante del

proceso histórico (Laclau, 1981). El punto donde más impacta esta variación es en la comprensión poulantziana de la estrategia política. PPCS no va más allá de una estrategia leninista del tipo de doble poder. Si las clases dominadas no pueden ocupar posiciones de poder real en el Estado, todo indica que éstas deben tomarlo por asalto cuando logren condensar en su práctica política las contradicciones de los demás niveles de las prácticas de clase. Es a partir de CD que se produce un quiebre: la estrategia ya no consistirá en tomar el Estado desde fuera con un partido de vanguardia que condense aquellas contradicciones; la revolución va a estribar para Poulantzas en un proceso de intensificación de las contradicciones internas del Estado, para inclinar el balance de fuerzas a favor de las clases dominadas y, al mismo tiempo, en un proceso de transformaciones radicales en sus aparatos e instituciones. Si las masas no contaban con posiciones de poder en el Estado en el primer libro, en el último se les concede su presencia en él como focos de resistencia y se las llama a transformarlo por medio de una lucha dentro de sus aparatos y a distancia de los mismos.

A mi entender, uno de los aspectos más significativos de este desplazamiento estratégico es el cambio en su valoración de las instituciones democráticas. Mientras que Poulantzas reproduce en PPCS la crítica marxista-leninista a la democracia como la forma normal del Estado capitalista, garante de la dominación burguesa, en EPS apoya el mantenimiento (siempre y cuando suponga una transformación profunda) de las instituciones de la democracia representativa, entendidas como una conquista de las clases populares y no simplemente como reflejo de la burguesía. Si la instauración de regímenes dictatoriales en Europa y en América Latina había puesto en evidencia la necesidad de repensar el estatuto del Estado de derecho en el marxismo, el ascenso del estatismo autoritario traía como contracara la exigencia de repensar la democracia. Superar el debate de reforma o revolución en las discusiones de la izquierda parecía urgente a la hora de plantear alternativas políticas viables de cara a las elecciones. La insistencia de Poulantzas en reforzar y ampliar la democracia al integrar las formas de la democracia directa de base y al reducir las desigualdades económicas que alejan a las masas cada vez más del imaginario moderno de libertad e igualdad, podría leerse entonces como un giro realista en la comprensión política del autor. Una política a la altura de un enfoque teórico relacional del Estado sería aquélla que se proponga construir una mayoría popular que articule las demandas, los intereses, las necesidades y las expectativas de las masas en un proyecto político realizable. Ubicarse por fuera del Estado para tomar uno a uno sus aparatos no sería, por

lo tanto, una opción factible. Según Poulantzas, la única revolución posible en el capitalismo contemporáneo es aquella que se asienta en la democracia (en el sufragio universal, en la pluralidad de partidos y en la alternancia) como el horizonte político deseable de un proyecto de transformación social. Sólo la democracia podría asegurar la permanencia de las libertades formales y otorgar el espacio para su extensión; pero una democracia que supere las formas limitantes que adquiere en la configuración actual del capitalismo. En este sentido, el realismo que registro como un momento práctico-político en la obra de Poulantzas estaría al mismo tiempo atravesado por una idea normativa de democracia que apelaría a esa dimensión política que ésta adquiere en las luchas populares que excede al Estado y le marca sus límites.

Más allá del cambio de enfoque evidente desde la primera obra sobre el Estado y la política hasta la última, creo que la mayor mutación de Poulantzas tiene que ver con este tratamiento situado de las posibilidades de transformación social. Lo caracterizo como *realista* porque el socialismo no se presenta de manera utópica o como un futuro deseable sino a partir del contexto específico en el que el autor escribe, en un momento en que la izquierda disputaba el poder del Estado en Francia y en otros países de Europa. Poulantzas expone de manera aguda las dificultades y los obstáculos que una experiencia socialista democrática enfrenta en el seno de un mundo capitalista globalizado donde los distintos países están íntimamente vinculados por redes de dependencia y dominación; donde los Estados nacionales cada vez están más restringidos en su soberanía político-económica mientras que las luchas populares siguen manteniéndose en el plano nacional; y donde las demandas y exigencias de las clases populares son rápidamente capturadas por la lógica del capital y despojadas de su cariz emancipatorio. Así, del teoricismo de PPCS (1968), pasando por los análisis históricos de FD (1970) y CD (1975), por los estudios sobre las dinámicas político-económicas del capitalismo avanzado en CSCA (1974) y por la urgencia que plantea el estatismo autoritario en EPS (1978), lo que el autor privilegia es la observación de las relaciones conflictivas que definen el estado de cosas presente.

Este giro realista pone en tensión la identidad marxista del trabajo de Poulantzas (aunque sin duda no la traspase) porque problematiza el carácter anticapitalista o, más bien, postcapitalista del socialismo en el horizonte actual. La crisis del marxismo que tuvo en esa época su punto álgido adquiere una nueva dimensión en la obra del autor: la cuestión no es deshacerse del marxismo ni renegar de sus principios sino resignificarlos de forma creativa. En eso consiste

básicamente todo el trabajo intelectual del teórico griego, en reelaborar los conceptos, los temas y las perspectivas del marxismo en cuanto al Estado y a la política para darles actualidad. El marxismo es creativo para Poulantzas "cuando tiene éxito en transformar, o incluso abandonar, en línea con los desarrollos históricos y teóricos aunque siempre dentro de los límites de su propia estructura teórica, ciertos conceptos (por ejemplo el de dictadura del proletariado) y crear otros nuevos" (2008d: 382)[1]. Así, tensionar el marxismo supone una labor activa de revisión de sus postulados básicos que gravite alrededor de la cuestión del cambio social y de la discusión del capitalismo. A pesar de las limitaciones de la tradición marxista, constituye una corriente de pensamiento ineludible para cualquier estudio de la política y de la sociedad, ya sea para retomar categorías de su acervo conceptual o para mantenerla como un punto de referencia crítico. Porque además de ofrecer elementos conceptuales valiosos para comprender la realidad, la teoría marxista porta la exigencia de transformar esta última o, en palabras de José María Aricó, "nos arrastra violentamente hacia ésta para ver allí lo que efectivamente está cambiando" (2014: 224). Es decir que aquélla está íntimamente comprometida con un horizonte emancipatorio que, si no como aspiración política, debe existir al menos como un cierto termómetro para medir las desigualdades y las contradicciones que atraviesan a nuestra sociedad.

Cómo ser marxistas hoy, qué es factible de ser retomado y qué debería ser desechado del marxismo, es un tema a debatir. Sin embargo, una serie de preguntas y de problemas que el marxismo trae a colación merecen ser abordados hoy más que nunca. Sólo por nombrar algunos de mi interés, se encuentran la relación problemática entre la democracia y el capitalismo, el lugar del Estado para una transformación social profunda y su relación con las luchas populares y el vínculo entre economía y política en el capitalismo actual (en América Latina, en particular). La validez relativa de los principios teóricos elementales del marxismo no debe dejar de ser contrastada y enriquecida a la luz de las realidades históricas cambiantes. Si leer a Poulantzas sigue siendo relevante para comprender los procesos sociales y políticos que atravesamos en nuestra realidad socio-histórica es precisamente en la medida en que su propia teoría es un pensamiento en continuo desarrollo que excede sus sistematizaciones. La tarea que nos lega el autor es la de seguir pensando el presente en términos político-estratégicos para encontrar allí aquello que expresa otra realidad posible.

1 La traducción es propia.

Anexo.
Poulantzas en América Latina/
América Latina en la obra de Poulantzas

La obra de Nicos Poulantzas no ha pasado desapercibida en América Latina, ni cuando el autor aún vivía ni en la actualidad. Sus escritos ingresaron en nuestra región a finales de los años '60: puntualmente, en 1969 con la traducción de PPCS, publicada por la editorial Siglo XXI. A su vez, ese mismo año se publicaron en los célebres *Cuadernos de Pasado y Presente* cuatro artículos de Poulantzas anteriores a este libro, que el marxista griego escribió entre 1965 y 1967 (1973cdef), a propósito de los vínculos entre el derecho moderno y la dominación política de clases, en relación con las estructuras objetivas del Estado. Estas publicaciones tuvieron una gran recepción entre los intelectuales de izquierda latinoamericanos que encontraban en las reflexiones de Poulantzas un nexo entre las tradiciones *althusseriana* y *gramsciana* en el marxismo porque sus textos recuperaban la noción de hegemonía y la introducían en un marco epistemológico estructuralista que reconfiguraba su significado. Asimismo, junto con las publicaciones contemporáneas de textos claves de Louis Althusser en los mismos medios, los escritos de Poulantzas constituían un aporte fundamental a la renovación de la teoría marxista que florecía en esa época. Renovación de la que pensadores como José María Aricó, Oscar del Barco y Juan Carlos Portantiero, entre tantos otros, formaban parte activa. Fueron estos mismos quienes, desde su exilio en México a causa de la dictadura militar en Argentina, siguieron de cerca las publicaciones posteriores del marxista griego, sobre todo su último libro (EPS) en el que lanzaba la advertencia (¿o más bien la esperanza?) de que el socialismo "será democrático o no será tal" (Poulantzas, 2005: 326). Mantra que Aricó, por ejemplo, reformuló incansablemente en libros y entrevistas, como prueba el siguiente pasaje de una entrevista de 1980 acerca del vínculo entre socialismo y democracia:

> Dentro de la concepción marxista, un problema arduo y complicado es el de la relación entre movimiento democrático y movimiento socialista porque el grueso del movimiento socialista hoy está atravesado por una idea instrumental, utilitaria de lo que es la democracia. Vale decir, utilizamos los métodos democráticos, en la medida de lo posible, para conquistar el socialismo, pero el socialismo tiene una legalidad propia que no tiene por qué referirse de ninguna manera a todo el sistema conceptual de lo que aparece como la democracia burguesa. Esta es un poco la idea. Pero el problema de la democracia y el socialismo no está vinculado solamente al de las instituciones. El problema es previo, es el de cómo un conjunto de sectores que aspiran al mejoramiento de su situación, a una transformación del país, a la superación de los grandes conflictos que impiden el avance de ese país, y que agudizan tensiones, contradicciones, etc., cómo esos sectores que piensan en términos de la nación puedan no estar separados hoy de otro movimiento que se caracteriza fundamentalmente por un proyecto de transformación social (2014: 197).

De esta manera, Aricó y el equipo de la revista *Pasado y Presente*, reconvertida en el exilio en la revista *Controversia*, tradujeron al contexto latinoamericano este dilema teórico-político de la articulación entre democracia y socialismo asumiendo, al igual que Poulantzas, la dimensión democrática como el horizonte necesario y estratégico para una transformación social radical. La referencia geográfico-política de México no es menor si se tiene en cuenta que este país se configuró como el lugar de encuentro entre los intelectuales latinoamericanos exiliados de sus respectivos países, y que ese encuentro conforma uno de los hitos del pensamiento político de nuestra región. México es también el sitio donde Poulantzas pudo discutir, en el marco de un seminario sobre las clases sociales en la ciudad de Mérida en 1973, con algunos referentes de la teoría social y política latinoamericana, como Florestan Fernandes, Fernando H. Cardoso, Edelberto Torres Rivas, Enzo Faletto y Francisco C. Weffort (Fernandes, 1973).

Un aspecto que prácticamente no ha sido subrayado por los comentaristas de la obra de Poulantzas es la profunda influencia que ejercieron en ella las teorías latinoamericanas de la dependencia y del desarrollo, de la cual aquellos referentes mencionados fueron algunos de sus principales exponentes. El diagnóstico clave que atraviesa todos los escritos del autor durante los años ’70 es que el

capitalismo está atravesando a nivel mundial una crisis grave que abre un período de agudización de la lucha de clases y que pone de relieve nuevamente la cuestión del Estado de excepción y del fascismo (Poulantzas, 1973a). La instauración de dictaduras militares en Europa y en América Latina, hacía evidente que estos problemas, lejos de ser propios de una historiografía académica, revestían una actualidad política y teórica indiscutible. De este modo, con el propósito de situar este momento de crisis en el marco del capitalismo actual, con sus configuraciones nacionales e internacionales, Poulantzas recurre a la teoría del imperialismo de Lenin. De acuerdo con el teórico griego, Lenin habría demostrado que las modificaciones que introdujo el imperialismo en el sistema capitalista a escala internacional afectaron no solamente al plano económico sino también al político y al ideológico en cada formación social nacional –o en cada eslabón de la *cadena imperialista*– (Poulantzas, 1973a). Como cada una de ellas se integraría de diferente manera a esta cadena (que no es más que el sistema mundial de relaciones capitalistas), sus eslabones no tendrían un desarrollo homogéneo y equitativo. Por el contrario, existirían relaciones de dominio y de dependencia entre ellos, que trazarían una demarcación entre las *formaciones dominadas y dependientes* y las *metrópolis imperialistas* (o formaciones dominantes). Las primeras son para Poulantzas las que en la articulación de su propia estructura económica, política e ideológica expresan "unas relaciones constitutivas y asimétricas con una o varias formaciones sociales que ocupan, en relación con la primera, una situación de poder" (1976a: 40). Esto significa que en la organización de sus relaciones de clase y de los aparatos del Estado reproducen las relaciones de dominación que las vinculan con aquellas formaciones dominantes; dominación que según el autor corresponde a formas de explotación directas a la vez que indirectas "de las masas populares de las formaciones dominadas por las clases en el poder de las formaciones dominantes; explotación conjugada con la que éstas sufren por parte de sus propias clases en el poder" (Poulantzas, 1976b: 40). De la misma manera que los teóricos latinoamericanos de la dependencia, Poulantzas observaba que el imperialismo no condiciona desde el exterior a los procesos históricos de los países dependientes sino por medio de su inscripción en las coordenadas políticas, ideológicas, sociales y económicas internas y propias de esos países. En sus palabras, "plantear de este modo la supremacía de los factores internos significa que las coordenadas "exteriores" de la cadena imperialista en cada país –relación de fuerzas mundial, papel de tal o cual potencia, etc.– *no gravitan sobre esos países más que por su interiorización*, articulándose con sus contradicciones propias"

(Poulantzas, 1976b: 24-5)[1]. Exactamente lo mismo que señalaban Faletto y Cardoso en su tan citado estudio *Dependencia y desarrollo en América Latina*:

> (...) el concepto de dependencia (…) pretende otorgar un significado a una serie de hechos y situaciones que aparecen conjuntamente en un momento dado y que busca establecer por su intermedio las relaciones que hacen inteligibles las situaciones empíricas en función del modo de conexión entre los componentes estructurales internos y externos. Pero lo externo, en esa perspectiva, se expresa también como un modo particular de relación entre grupos y clases sociales en el ámbito de las naciones subdesarrolladas. Por eso precisamente tiene validez centrar el análisis de la dependencia en su manifestación interna, puesto que el concepto de dependencia se utiliza como un tipo específico de concepto "causal-significante" –implicaciones determinadas por un modo de relación históricamente dado– y no como concepto meramente "mecánico-causal", que subraya la determinación externa, anterior, para luego producir "consecuencias" internas (1970: 19-20).

La insistencia de esos autores en explicar los procesos de dependencia a partir de las situaciones concretas y particulares de cada uno de los países concernidos –con sus propios equilibrios de poder y alianzas de clase, con la estructura de su sistema productivo nacional y su vinculación con el mercado externo– (Cardoso y Faletto, 1970) se traducen en los escritos de Poulantzas en su análisis de las relaciones de dependencia características de los países periféricos dentro del área europea: Portugal, Grecia y España. El tipo de dependencia propia de estos países no es para el teórico griego la misma que la de los países latinoamericanos (aunque compartan ciertos rasgos comunes) por su historia de acumulación originaria colonial y por su vinculación con las metrópolis imperialistas y con su "centro dominante", Estados Unidos (Poulantzas, 1976b). Sin embargo, al igual que algunos países latinoamericanos, aquéllos habrían atravesado un proceso de *industrialización dependiente* bajo la égida del capital extranjero (y en particular, del capital norteamericano) que habría modificado considerablemente la estructura socio-económica de esos países, permitiendo el surgimiento de una nueva fracción de la burguesía (una burguesía *interior* de carácter principalmente industrial). En CD Poulantzas estudia, por lo tanto, la alianza de clases y la

1 Las cursivas son de Poulantzas.

configuración de relaciones de poder al interior de aquellas formaciones sociales que tuvieron como efecto la puesta en marcha de un proceso de industrialización dependiente. Al igual que los teóricos de la dependencia latinoamericanos, el marxista griego se enfocó en la construcción interna de los grupos sociales que lograron definir las relaciones hacia fuera que la dependencia supone ya que, como aquellos enfatizaron, la dominación externa no es posible si no existe una articulación entre los intereses dominantes en los centros hegemónicos y los intereses dominantes en los países dependientes (Dos Santos, 1978; Cardoso y Faletto, 1970).

No solamente Poulantzas comprendió la naturaleza complementaria de las teorías de la dependencia y de la teoría leninista del imperialismo; también los pensadores latinoamericanos referidos señalaron ese vínculo (Dos Santos, 1978; Cardoso, 1985). En la medida en que Lenin se enfocó en las potencias imperialistas y en las economías monopolistas, no estudió los países dependientes en profundidad. Sin embargo, como observa Cardoso, "no existe una teoría de la dependencia independiente de la teoría del imperialismo", pues "las situaciones de dependencia surgen de la existencia de algún tipo de expansión del capitalismo" (1985: 144). Ahora bien, como las relaciones capitalistas se han transformado desde la época en que Lenin escribió, su teoría del imperialismo resulta a su vez *insuficiente* para explicar las situaciones de dependencia "que se dan en los países cuya industrialización se realiza bajo el control del capital financiero internacional" (Cardoso, 1985: 148). Así, las reflexiones de los teóricos de la dependencia se expandieron por toda América Latina, donde constituyeron "una suerte de *marco interpretativo común* para gran parte de la intelectualidad crítica latinoamericana de la época" (Svampa, 2016: 195),[2] y al mismo tiempo por los países europeos centrales donde moldearon las nuevas ideas sobre la internacionalización del capitalismo y sus efectos dentro y fuera del continente –como en el caso de Poulantzas–.

Asimismo, América Latina estuvo presente de otra forma en la teoría poulantziana en tanto el marxista griego estaba atento a los acontecimientos sociales, económicos y políticos de nuestra región. La caída del gobierno de la Unidad Popular y la consiguiente instalación de la dictadura de Augusto Pinochet en Chile, en particular, tuvo una importancia significativa en sus reflexiones. Porque el gobierno conducido por Salvador Allende demostraba los alcances y los obstáculos de una coalición de izquierda en los Estados capitalistas

2 Las cursivas son de Svampa.

contemporáneos. La vía chilena al socialismo, que contemplaba la construcción de un Estado popular con una economía planificada y en buena medida estatizada en la que los trabajadores tuvieran el control de los medios de producción, sirvió de faro para otros intentos de creación de Estados socialistas y para pensadores de izquierda que, como Poulantzas, veían en ese experimento las claves para concebir una transición democrática al socialismo propia de cada país. El último libro que el autor publica en 1978 (EPS) recoge las enseñanzas de aquella trágica caída para pensar esa transición. En especial, el problema de las transformaciones en la economía en una vía al socialismo:

> En fin, si la vía democrática al socialismo garantiza las libertades, ofrece también a la burguesía –es la otra cara de la moneda– mayores posibilidades para el sabotaje económico de una experiencia de la izquierda en el poder. Si bien la transformación del aparato económico del Estado resulta necesaria para prevenir y contrarrestar eficazmente ese sabotaje, conviene saber por adelantado que se avanza por una cuerda floja. Dicha transformación no debe, en ningún momento, conducir a un efectivo desmantelamiento del aparato económico que lo paralice, aumentando en la misma proporción las posibilidades de boicot por parte de la burguesía. Aquí se presenta también, esta vez a propósito de las transformaciones del aparato económico del Estado, el dilema: quedarse corto (Chile) o ir demasiado lejos (Poulantzas, 2005: 243-4).

Aunque sin duda es discutible esta valoración de las modificaciones en la economía en el caso chileno, donde pioneramente se pusieron en práctica experimentos de planificación económica controlada en tiempo real empleando los principios de la cibernética (el proyecto Cybersyn o Synco) (Srnicek y Williams, 2017), el hecho de que sea el ejemplo privilegiado de Poulantzas da cuenta de la importancia que le otorgaba a los procesos políticos latinoamericanos.

Finalmente es preciso destacar una apropiación contemporánea de la teoría poulantziana en América Latina que contribuyó a la difusión de su pensamiento en toda la región, a saber: la de Álvaro García Linera, vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia, quien operativiza en sus ensayos la noción relacional del Estado de Poulantzas. Lo interesante del caso de Linera es que recupera al marxista griego tanto desde un punto de vista teórico, para pensar el vínculo entre las luchas sociales y la configuración material del Estado como un campo de fuerzas

con unidad temporal de intereses en conflicto, como desde un punto de vista práctico, es decir, para analizar sus propias prácticas de gobierno. Por ejemplo, en la articulación de los cambios en las instituciones – que, como la geografía, son para Linera "solidificaciones temporales de luchas, de correlaciones de fuerza entre distintos sectores sociales" (2015: 12) – y los intereses de las fuerzas políticas bolivianas, que muchas veces entran en conflicto con las decisiones estatales. Dicho de otro modo, Linera recupera las tesis de Poulantzas para enfrentar el desafío que supone la contradicción entre la hegemonía estatal y el pluralismo político (Mayorga, 2014) o, en los términos del vicepresidente boliviano, la "dimensión paradojal" del Estado, que es al mismo tiempo un "proceso de concentración y de monopolización de las decisiones" y "un proceso de universalización de funciones, conocimientos, derechos y posibilidades" (2015: 14). Si vuelve sobre la teoría poulantziana es porque el marxista griego sentó las bases para una renovación del pensamiento socialista en el que la posibilidad de emancipación se busca en los intersticios del Estado, en los huecos de su construcción hegemónica, y en la articulación de un proyecto estatal diferente con las más diversas luchas dentro y fuera de sus límites. El socialismo para el siglo XXI que Linera encuentra en el aporte de Poulantzas es uno que precisa superar la "trampa instrumentalista del Estado" (2015: 22). Un socialismo que no abdica del poder del Estado sino que construye y reafirma las propias identidades y saberes colectivos, las luchas populares y las mayorías políticas *ante* y *en* el Estado. En definitiva, un socialismo que no cae en la melancolía del fin de las utopías donde toda resistencia parece carecer de horizontes sino que articula las expectativas y las necesidades colectivas de los sectores populares para convertirlas en realidad.

Referencias bibliograáficas

ABAL MEDINA, P. (2011). "Escritos urgentes. Nikos Poulantzas y el eurocomunismo de izquierda." Revista *Andamios* Vol. 8 Nº 17, septiembre-diciembre, p. 287-322.

AGAMBEN, G. (2011). *Desnudez*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

ALTHUSSER, L. (1966). "Matérialisme historique et matérialisme dialectique." *Cahiers Marxistes-Léninistes* Nº 11, p. 123-89.

____________ (1974). *Montesquieu: La política y la historia*. Barcelona: Ariel.

____________ (1975). *La revolución teórica de Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI.

____________ (1976). "Conférence sur la dictature du prolétariat à Barcelone". *Révue Période*, Disponible en: http://revueperiode.net/un-texte-inedit-de-louis-althusser-conference-sur-la-dictature-du-proletariat-a-barcelone/ Fecha de consulta: 25/04/2017.

____________ (1977). *Seis iniciativas comunistas. Sobre el XXII Congreso del PCF*. Madrid: Siglo XXI.

____________ (1978). *Lo que no puede durar en el Partido Comunista*. Madrid: Siglo XXI.

____________ (2008). "Defensa de Tesis en la Universidad de Amiens", en: La soledad de Maquiavelo: Marx, Maquiavelo, Spinoza, Lenin. Madrid: Akal.

ANDERSON, P. (1987). *Consideraciones sobre el marxismo occidental.* México D.F.: Siglo XXI.

____________ (2004). *Tras las huellas del materialismo histórico*. México D.F.: Siglo XXI.

ARICÓ, J.M. (2014). *Entrevistas 1974 – 1991*. Córdoba: Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.

ARTOUS, A. (2002). "Citoyenneté, démocratie, communisme." *Contretemps* Nº 3, febrero, p. 78-67.

____________ (2014). "Marx y el derecho igual: retorno crítico." *Contra-tiempos* Nº 1, *Marxismo, Estado y política*, julio, p. 197-233.

____________ (2016). *Marx, el Estado y la política*. Barcelona: Sylone Editorial.

BADIOU, A. (2007). “De quoi Sarkozy est-il le nom?” *Circonstances* Nº 4, París: Nouvelles Éditions Lignes. Traducción al castellano inédita (“La hipótesis comunista”). Disponible en: *http://www.reflexionesmarginales.com/pdf/19/Documentos/5.pdf.* Fecha de consulta, 02/02/17

BARROW, C. (1993). *Critical Theories of the State. Marxist, Neo-marxist, Post-marxist.* Wisconsin: The University of Wisconsin Press.

____________ (2002). “The Miliband-Poulantzas Debate: An Intellectual History”, en: Stanley Aronowitz y Peter Bratsis (eds.), *Paradigm Lost. State Theory Reconsidered*. Minneapolis: University of Minnesota Press. pp. 3-52.

____________ (2011). “(Re)Reading Poulantzas: State Theory and the Epistemologies of Structuralism”, en: Alexander Gallas, Lars Bretthauer, John Kannankulam e Ingo Stützle (eds.), *Reading Poulantzas*. Pontypool: The Merlin Press. pp. 27-40.

BETTELHEIM, C. (1974). *La transition vers l'économie socialiste*. París: Maspero.

BUTLER, J. (2004). “Reescinificación de lo universal: hegemonía y límites del formalismo”, en: Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

CARDOSO, F.H. (1985). *Estado y sociedad en América Latina*. Buenos Aires: Nueva Visión.

CARDOSO, F.H. y FALETTO, E. (1970). *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. México D.F.: Siglo XXI.

CAVAZZINI, A. (2008). “Crise du marxisme et critique de l'état. Le dernier combat d'Althusser”. Séminaire du GRM 2007-2008 "Rélectures et réinterprétations du marxisme en France et en Italie dans les années 1960". Disponible en: http://orbi.ulg.ac.be/bitstream/2268/112399/1/GRM_1_annee_Cavazzini_Althusser.pdf. Fecha de consulta, 17/08/17

CLARKE, S. (1991). *The State Debate*. Londres: Macmillan.

CODATO, A. (2008). “Poulantzas, o Estado e a revoluçao.» *Revista Critica Marxista* Nº 27, p. 86-65.

DELEUZE, G. (2004). “How do we recognize structuralism?”, en: *Desert Islands and Other Texts (1953-1974)*. Los Angeles: Semiotext(e).

DOS SANTOS, T. (1978). *Imperialismo y dependencia*. México D.F.: Era.

FERNANDES, F. (1973). *Las clases sociales en América Latina: problemas de conceptualización* (Seminario de Mérida, Yuc). México D.F.: Siglo XXI.

FOUCAULT, M. (1977). “Pouvoir et stratégies. Entretien avec Michel Foucault.” *Les Révoltes Logiques* Nº 4, p. 97-89.

___________ (1998). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.

___________ (2007). *El nacimiento de la biopolítica. Curso en el* Collège *de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

___________ (2012). *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*. Buenos Aires: Siglo XXI.

FUCHS, C. y TROTTIER, D. (eds.) (2014). *Social Media, Politics and the State: Protests, Revolutions, Riots, Crime and Policing in the Age of Facebook, Twitter and YouTube*. Londres: Routledge.

GARCÍA LINERA, Á. (2008a). *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*. Buenos Aires: CLACSO-Prometeo.

___________ (2008b). “El Estado en transición. Bloque en el poder y punto de bifurcación”. Texto inédito, Disponible en: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/coedicion/linera/7.4.pdf. Fecha de consulta, 13/02/17.

___________ (2015). *Forma valor y forma comunidad. Aproximación teórica-abstracta a los fundamentos civilizatorios que preceden al Ayllu universal.* Madrid: Traficantes de sueños.

GODELIER, M. (1969). “Sistema, estructura y contradicción en *El Capital*”, en: Jean Pouillon, Marc Barbut, Algirdas J. Greimas, Maurice Godelier, Pierre Bourdieu y Pierre Macherey, *Problemas del estructuralismo.* México D.F.: Siglo XXI. pp. 93-50.

GRAMSCI, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel*. México D.F.: Ediciones Era.

GREEN, C.M. (2013). “State, space and self: Poulantzas and Foucault on governmentality”. Texto inédito, Disponible en: https://www.academia.edu/4926146/State_space_and_self_Poulantzas_and_Foucault_on_governmentality. Fecha de consulta: 18/12/16

HARVEY, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.

HIRSCH, J. (1977). “Observaciones teóricas sobre el Estado burgués y sus crisis”, en: Nicos Poulantzas (ed.), *La crisis del Estado*. Barcelona: Editorial Fontanella. pp. 123-151.

HOLLOWAY, J. y PICCIOTTO, S. (eds.) (1978). *State and Capital. A marxist debate*. Londres: Edward Arnold.

JESSOP, R. (1977). “Recent theories of the capitalist state.” *Cambridge Journal of Economics* Nº 1, p. 373-353.

___________ (1982). *The Capitalist State: Marxist Theories and Methods*. Oxford: Blackwell.

___________ (1985). *Nicos Poulantzas. Marxist Theory and Political Strategy*. Londres: Macmillan.

___________ (1991). "On the Originality, Legacy and Actuality of Nicos Poulantzas." *Studies in Polical Economy* Nº 34, p. 107-75.

___________ (2004). "Pouvoir et stratégies chez Poulantzas et Foucault." *Actuel Marx* Nº 36, Presses Universitaires de France, p.107-89.

___________ (2007). "Dialogue of the Deaf: Some Reflections on the Miliband-Poulantzas Debate", en: Paul Wetherly, Clyde Barrow y Peter Burnham (eds.), *Class, Power and State in Capitalist Society: Essays on Ralph Miliband*. Palgrave: Basingstoke. pp. 132-157.

___________ (2014). "El Estado y el poder." *Utopía y praxis latinoamericana. Revista internacional de filosofía iberoamericana y teoría social* año 19 Nº 66, p. 35-19.

___________ (2015). *The state. Past, present, future*. Cambridge: Polity Press.

KEUCHEYAN, R. (2013). "Lénine, Foucault, Poulantzas", en: Nicos Poulantzas, *L'État, le pouvoir, le socialismo*. París: Les praires ordinaires. pp. 7-36.

LACLAU, E. (1981). "Teorías marxistas del Estado: debates y perspectivas", en: Norbert Lechner (comp.), *Estado y política en América Latina*. México D.F.: Siglo XXI. pp. 25-59.

___________ (1991). "La especificidad de lo político", en: Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre el Estado capitalista*. Buenos Aires: Imago Mundi. pp. 123-157.

___________ (2015). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

LEFEBVRE, H., SÁNCHEZ VÁZQUEZ, A., CASTRO, N., LUPERINI, R. (1970). *Estructuralismo y marxismo*. México D.F.: Grijalbo.

LENIN, V.I. (2012). *Imperialismo: la fase superior del capitalismo*. Madrid: Taurus.

MACCIOCCHI, M.A. (1987). *Dos mil años de felicidad*. Madrid: Espasa Calpe.

MAO, T. (1968). "Sobre la contradicción", en: *Obras escogidas de Mao Tse-tung*. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras.

MARX, K. (1990). *El Capital*. México D.F.: Siglo XXI.

___________ (2003). *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Fundación Federico Engels.

___________ (2007). *La guerra civil en Francia*. Madrid: Fundación Federico Engels.

MAYORGA, F. (2014). *Incertidumbres tácticas. Ensayos sobre democracia, populismo y ciudadanía*. La Paz: Plural Editores.

MILIBAND, R. (1978). *El Estado en la sociedad capitalista*. México D.F.: Siglo XXI.

___________ (1991a). "Réplica a Nicos Poulantzas", en: Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre el Estado capitalista*. Buenos Aires: Imago Mundi. pp. 95-106.

___________ (1991b). "Poulantzas y el Estado capitalista", en: Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre el Estado capitalista*. Buenos Aires: Imago Mundi. pp. 108-122.

MOTTA, L.E. (2010). "Poulantzas e o Direito." *Dados. Revista de Ciências Sociais* VOL 53 Nº 2, Rio de Janeiro, p. 367-403.

___________ (2014). "Acerca de la cuestión de la democracia en el marxismo de Althusser y Poulantzas." *Demarcaciones. Revista latinoamericana de estudios althusserianos* Nº 2, p.153-130.

OFFE, C. (1974). "Structural Problems of the Capitalist State: Class Rule and the Political System. On the Selectiveness of Political Institutions." *German Political Studies* VOL 1, p. 31-54.

POUILLON, J. (1969). "Presentación: un ensayo de definición", en: Jean Pouillon, Marc Barbut, Algirdas J. Greimas, Maurice Godelier, Pierre Bourdieu y Pierre Macherey, *Problemas del estructuralismo.* México D.F.: Siglo XXI. pp. 1-24.

POULANTZAS, N. (1965). *Nature des choses et droit: Essai sur la dialectique du fait et de la valeur*. París: Librairie générale de droit et de jurisprudence.

___________ (1968). "Sartre y Lévi-Strauss: una problemática común", en: José Sazbón (ed.), *Sartre y el estructuralismo*. Buenos Aires: Editorial Quintana. pp. 21-33.

___________ (1970). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México D.F.: Siglo XXI.

___________ (1973a). *Fascismo y dictadura: La Tercera Internacional frente al fascismo*. Madrid: Siglo XXI.

___________ (1973b). "Teoría e historia en la interpretación de *El Capital*", en: Maurice Dobb, Giulio Pietranera, Nicos Poulantzas, Vittorio Rieser y Rodolfo Banfi, *Estudios sobre El Capital*. Madrid: Siglo XXI.

___________ (1973c). "Introducción al estudio de la hegemonía en el Estado", en: *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, Cuadernos Pasado y Presente n.48, Buenos Aires: Siglo XXI.

___________ (1973d). "La teoría política marxista en Gran Bretaña", en: *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, Cuadernos Pasado y Presente n.48, Buenos Aires: Siglo XXI.

___________ (1973e). "La teoría marxista del Estado y del derecho y el problema de la "alternativa"", en: *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, Cuadernos Pasado y Presente n.48, Buenos Aires: Siglo XXI.

___________ (1973f). "Marx y el derecho moderno", en: *Hegemonía y dominación en el Estado moderno*, Cuadernos Pasado y Presente n.48, Buenos Aires: Siglo XXI.

___________ (1976a). *Las clases sociales en el capitalismo actual*. México D.F.: Siglo XXI.

___________ (1976b). *La crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia, España*. México D.F.: Siglo XXI.

___________ (1977). "Las transformaciones actuales del Estado – La crisis política y la crisis del Estado", en: Nicos Poulantzas (ed.), *La crisis del Estado*. Barcelona: Editorial Fontanella. pp. 33-76.

___________ (1980). *Repères: Hier et aujourd'hui. Textes sur l'État*. París: Maspero.

___________ (1991a). "El problema del Estado capitalista", en: Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre el Estado capitalista*. Buenos Aires: Imago Mundi. pp. 73-94.

___________ (1991b). "El Estado capitalista: una réplica a Miliband y Laclau", en: Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre el Estado capitalista*. Buenos Aires: Imago Mundi. pp. 158-183.

___________ (2005). *Estado, poder y socialismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

___________ (2008a). "Towards a Marxist Theory", en: James, M. (ed.), *The Poulantzas Reader. Marxism, Law and the State.* Londres: Verso. pp. 139-165.

___________ (2008b). "Interview with Nicos Poulantzas", en: James, M. (ed.), *The Poulantzas Reader. Marxism, Law and the State.* Londres: Verso. pp. 387-402.

___________ (2008c). "The state and the transition to socialism", en: James, M. (ed.), *The Poulantzas Reader. Marxism, Law and the State.* Londres: Verso. pp. 334-360.

___________ (2008d). "Is there a crisis in marxism?", en: James, M. (ed.), *The Poulantzas Reader. Marxism, Law and the State.* Londres: Verso. pp. 376-386.

Saes, D. (1998a). *Estado e Demoracia: Ensaios teóricos*. Campinas: Instituto de Filosofia e Ciencias Humanas UNICAMP.

___________ (1998b). "A questão da autonomia relativa do Estado em Poulantzas." *Critica Marxista* Nº 7, p. 66-46.

SOTIRIS, P. (2017). "Althusser and Poulantzas: Hegemony and the State." *Materialismo Storico. Rivista de filosofia, storia e scienze umane* VOL 2, p. 115-163.

SRNICEK, N. y WILLIAMS, A. (2017). "Manifiesto por una Política Aceleracionista", en: Armen Avanessian y Mauro Reis (comps.), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra. pp. 33-48.

SVAMPA, M. (2016). *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*. Buenos Aires: Edhasa.

TARCUS, H. (1991). "Estudio preliminar", en: Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau, *Debates sobre el Estado capitalista*. Buenos Aires: Imago Mundi. pp. 10-50.

THWAITES REY, M. (2007). *Estado y marxismo. Un siglo y medio de debates*. Buenos Aires: Prometeo.

TSOUKALAS, C. (2002). "Relative Autonomy and Its Changing Forms", en: Stanley Aronowitz y Peter Bratsis (eds.), *Paradigm Lost. State Theory Reconsidered*. Minneapolis: University of Minessotta Press. pp. 221-244.

VINCENT, J-M. (1977). "El Estado en crisis", en: Nicos Poulantzas (ed.), *La crisis del Estado*. Barcelona: Editorial Fontanella. pp. 109-122.

WAIMAN, J. (2015). "Itinerarios de la hegemonía gramsciana en la obra de Nicos Poulantzas". Ponencia presentada en el XII Congreso Nacional de Ciencia Política, organizado por la Sociedad Argentina de Análisis Político y la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 12 al 15 de agosto de 2015, Disponible en: https://kmarx.wordpress.com/2015/09/02/itinerarios-de-la-hegemonia-gramsciana-en-la-obra-de-nicos-poulantzas. Fecha de consulta, 02/05/18.

WOOD MEIKSINS, E. (1998). *The Retreat from Class. A new "true" socialism*. Londres: Verso.

Sobre la autora

Jacinta Gorriti. Licenciada en filosofía desde diciembre de 2017 por la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC). Actualmente se desempeña como adscripta en la materia "Teoría Sociológica II" de las carreras de Sociología y Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales (UNC). Integra desde hace cuatro años un equipo de investigación en teoría social latinoamericana radicado en el CIECS. Contacto: jasgorriti@gmail.com



Imagen de tapa: Silvia Manca, "Sin título"

En la teoría social y política contemporánea, Nicos Poulantzas (Atenas, 1936 – París, 1979) es reconocido como uno de los pensadores marxistas más importantes del siglo XX. Su principal aporte es haber elaborado una teoría del Estado capitalista en la que las prácticas de clase o, más bien, las relaciones de fuerza entre clases, fracciones de clase y grupos sociales, conforman la materialidad misma de los aparatos, redes y organizaciones estatales. Idea que resume en su noción de Estado como relación social, íntimamente vinculada con la crítica marxiana de la economía política capitalista. En el marco de esta teoría del Estado, que desarrolla entre 1968 y 1978, Poulantzas se ocupó además del problema de la configuración de las clases sociales y de las alianzas de clase, de las tensiones entre democracia y socialismo y las transformaciones en las democracias europeas de fines de los años '70, de las estrategias revolucionarias factibles en el contexto del capitalismo tardío y de las dictaduras militares de la época.

Este libro, perteneciente a la Colección Tesis de ESEditora, se sitúa en las tensiones y paradojas que subyacen al concepto de Estado de Nicos Poulantzas y propone una aproximación crítica a su obra, a través de un recorrido por sus principales escritos. Asimismo, reconstruye los debates teóricos, políticos y sociológicos en los que se inserta el trabajo del marxista griego y señala algunos puntos fundamentales para una reactualización de su pensamiento.

